

Selecta

EL PUENTE
DE LOS SUEÑOS
OLVIDADOS



VANESSA ARRABAL

El puente de los sueños olvidados

Vanessa Arrabal

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A ti, que comienzas esta historia, gracias.
Sin ti, nada de esto tiene sentido.*

A mi familia, siempre.

A veces la vida te conduce por recovecos que jamás querías haber explorado. Me llamo Diana Aranda y esta es mi historia.

El día que encontraron muerta a Sandra Rueda, la niebla había invadido cada rincón de Zumaque. La bruma helada se había apoderado del pueblo y sus características casas construidas con pizarra emergían de las densas nubes, a ras de suelo, como gigantes de piedra engullidos por el humo. Resultaba cuanto menos curioso que, en aquellas condiciones de visibilidad prácticamente nula, esos niños hubieran atisbado su cuerpo junto al arroyo, bajo el puente de piedra que era imagen de las postales y folletos informativos del pueblo: el Puente de los Sueños Olvidados. Cuentan que fue un famoso escritor norteamericano quien, sobrecogido por la belleza del lugar y de la antigua construcción, dio nombre al puente hace más de un siglo atrás. Los más incrédulos aseguran que nunca ningún escritor visitó Zumaque, que fue el borracho del pueblo quien, en una noche de parranda, despertó a todos los habitantes recitando poesías desde el puente y, en un alarde de inspiración etílico, lo bautizó con la famosa denominación. Sea como fuere, el Puente de los Sueños Olvidados había ganado fama gracias a su romántica designación y no eran pocos los turistas que se atrevían a subir la angosta carretera de montaña, cámara en mano, con el fin de inmortalizarse junto a él. Yo misma me había hecho varias *selfies* con el puente en segundo plano al tercer día que había llegado a Zumaque, tan solo cuatro meses antes.

La temperatura del mercurio apenas rondaba dos escasos grados sobre cero esa mañana del 9 de enero. No nevaba, pero el suelo estaba mojado y resbaladizo a causa de la niebla. Yo me había calzado las botas de montaña, mi inseparable abrigo blanco con pelo por dentro y las orejeras rosas que tantas críticas me habían granjeado entre los locales. Había bajado al pueblo andando, escuchando música a través de los auriculares —protegidos por las

orejeras—, recordando episodios de la noche anterior. Necesitaba ver a Dani y contarle mis impresiones sobre todo lo sucedido. Alexander me vio justo cuando salía de la casita y se ofreció a bajarme en coche. Rechacé su oferta, no quería complicaciones; empezaba a no fiarme de él después de lo que había visto. Durante el trayecto me alegré de haber bajado andando. Ir en coche con aquella niebla era una temeridad; también lo era descender a pie, pero tuve la precaución de bajar por el arcén izquierdo junto a la montaña. La probabilidad de que algún coche subiera en dirección contraria era casi inexistente, así que me dejé atrapar por mis pensamientos con tranquilidad mientras me abría paso entre la densa bruma.

Nada más llegar a Zumaque, percibí que la rutina inquebrantable del municipio había sido modificada. Los zumaqueños habían dejado sus puestos de trabajo y, a pesar del frío y la niebla, se arremolinaban en corrillos de diversos tamaños sobre las calles empedradas. Pude oírlos antes que verlos; su parloteo los anticipaba mucho antes de que la niebla los hiciera visibles. Todos parecían contrariados, aturdidos. Me deshice de las orejeras con el fin de aguzar el oído y enterarme del motivo de su excitación, pero había tantas lenguas funcionando a la vez que apenas pude distinguir un par de palabras sueltas: horrible e inaudito. Si hubiera estado en mi pueblo, no habría dudado ni dos segundos en preguntar qué había ocurrido, pero en Zumaque me sentía aún una extraña y el carácter sombrío de algunos lugareños no invitaba precisamente a la sociabilización. Estimé que lo más oportuno era esperar a que Dani me contara lo sucedido. Por suerte El Alquimista estaba a tan solo unos pasos; en realidad en Zumaque todo estaba a unos pocos pasos. Bajo el letrero verde con letras moradas que rotulaban el nombre de la cafetería, un grupo compuesto por dos mujeres y tres hombres formaban un nuevo corrillo. Una de las mujeres se llevaba las manos a la boca en señal de espanto y pude escuchar a otra diciendo: «Es espeluznante, ¿cómo ha podido suceder?». La curiosidad me carcomía y me apresuré a entrar en El Alquimista ávida de información.

Empujé con ansia la puerta de cristal con molduras de madera blanca y la campanilla que colgaba del techo tintineó avisando de mi llegada. Para mi sorpresa no había nadie a quién avisar. Lo normal a esa hora —la del desayuno tardío de los sábados— era que encontrar un sitio libre para tomar un café y comer uno de los deliciosos bollitos de canela marca de la casa fuese una misión complicada, pero estaba claro que ese no era un sábado normal. Todas las sillas estaban vacías; en las mesitas blancas de madera, algunas tazas con restos de café y platos con migas de pan delataban que lo que quiera que hubiese sucedido esa mañana en el pueblo había acelerado el desayuno de los clientes habituales de El Alquimista. Ni siquiera Dani estaba apostado tras la barra, como era habitual.

—¿Holaaaaaaa? ¿Hay alguien aquí? —pregunté acercándome a la barra, reparando en que los adornos de Navidad aún decoraban las paredes.

Al instante Dani salió tan apresuradamente de la cocina que olvidó agacharse y se golpeó la cabeza con el marco del hueco en la pared que hacía de puerta de acceso entre las dos estancias. Dejé escapar un silbido que evidenciaba mi empatía con su dolor.

—Ah, hola, Diana. Perdona, no había oído la campanilla.

No era el saludo que esperaba de él y menos después de lo de la noche anterior. Parecía distraído, ensimismado, pero al instante recobró la percepción de dónde se hallaba o eso me pareció. Cambió el semblante distante de su rostro por uno que reflejaba su asombro y consternación y, como si me hubiera vuelto a ver por primera vez esa mañana, me preguntó:

—¿Te has enterado ya? ¿Sabes lo que ha pasado?

—No, pero esperaba que tú me lo contaras. ¿Qué demonio ha pasado esta mañana en este pueblo?

Me abrazó de improviso. En cualquier otra circunstancia, era muy probable que yo hubiera tomado el gesto como una señal clara de sus sentimientos hacia mí y se lo habría devuelto. Aún más, habría acercado mis labios entreabiertos al lóbulo de su oreja de proporciones perfectas acabadas en punta, como la de

los duendecillos traviesos, y lo habría mordido suavemente para probar el sabor de su piel con la punta de mi lengua. Pero en aquellas extrañas circunstancias, su abrazo solo parecía lo que era: el prelude de una terrible noticia. Deshizo el nudo de sus brazos para cogerme con dulzura de los míos. Sentí calor, en parte porque aún no me había quitado el abrigo y en parte porque los nervios elevaban mi temperatura corporal. Me miró a los ojos sin pestañear y soltó la bomba sin artificios ni rodeos:

—Han encontrado muerta a Sandra.

El suelo se resquebrajó bajo mis pies como si, en lugar de estar posados sobre las losetas de cuadros blancos y negros de El Alquimista, lo estuvieran sobre un lago helado. Esas cinco palabras habían originado en mi mente un batiburrillo de pensamientos que pugnaban entre ellos para sacarme de la conmoción. Mientras luchaba con las diversas imágenes que mi cerebro proyectaba, intenté ganar tiempo para procesar lo ocurrido con una pregunta absurda cuya respuesta era más que evidente.

—¿Qué Sandra?

—Sandra Rueda —contestó Dani con voz grave, con sus pupilas fijas en las mías y con sus brazos, que todavía me sujetaban.

—Pero no puede ser, yo estuve anoche con ella. Estaba bien, estaba...

Me interrumpí al ser consciente de lo ridículo de mis palabras, como si el hecho de haberla visto estando viva poco antes imposibilitara la tragedia, como si no fuera justamente la vida la que hace posible la muerte.

Me senté ayudada por Dani en una de las sillas verdes de la cafetería.

—¿Cómo ha sido? —me atreví a preguntar.

—Unos chicos la han encontrado temprano esta mañana. —Dani hablaba de manera pausada intentando transmitirme calma, pero era evidente que luchaba por contener el nudo de su garganta—. El hijo del carnicero y su primo... Los pobres no tienen más de nueve o diez años. Menudo mal trago.

Dani hizo una pausa para tomar aliento, pero debió notar la impaciencia en mis ojos y prosiguió raudo con el relato:

—Se dirigían al bosque y, al cruzar el puente, se detuvieron para jugar un rato en la orilla del arroyo cuando tropezaron con algo. A esas horas la niebla era espesa en ese punto y al principio creyeron que habían topado con un animal muerto. Incluso se quedaron jugando allí un poco hasta que a uno de ellos le pareció ver una mano. Regresaron asustados a casa y se lo contaron a sus padres.

Me costaba asimilar la información; todo parecía irreal. No podía ser que Dani estuviera contándome esa historia, que bien parecía el comienzo de una novela negra.

—Pero ¿seguro que es Sandra?

—Sí, es Sandra. —Me tomó las manos al afirmarlo y sentí, para mi propia sorpresa dadas las circunstancias, que se me erizaban los vellos de los brazos—. Los padres avisaron al jefe de policía y con él se dirigieron al puente para comprobar la historia de los chicos, aunque no se lo habían tomado muy en serio. Me han dicho que se quedaron petrificados al ver el cuerpo. La reconocieron de inmediato; todo el pueblo conoce a Sandra. ¿Y sabes qué es lo peor?

Lo miré resignada, convencida de que no podía haber nada peor que aquello que me relataba, pero Dani prosiguió sin poder contener por más tiempo la amargura en su tono de voz.

—Lucía, la madre de Sandra, estaba aquí desayunando café solo y tortitas con mermelada. Jamás voy a poder olvidarlo; fue su último desayuno siendo una persona feliz. —Se enjugó una lágrima con la manga de su jersey—. Y entonces vinieron, vinieron todos. El jefe de policía, el carnicero, su hermano y algunos otros que se habían ido enterando en el trayecto del puente a la cafetería. Se acercaron a su mesa y uno de los policías le pidió que por favor lo acompañara fuera. Pude ver el terror en el rostro de la madre de Sandra. No quería salir, no quería oír nada, como si fuera consciente de que, si escuchaba lo que querían decirle, su vida se rompería para siempre. El jefe de policía le dijo algo en voz baja y ella estalló en lágrimas. La ayudaron a levantarse de la

silla y salió de aquí escoltada por algunos vecinos. No tardé en enterarme de toda la historia. Sigo en *shock*. Es terrible.

«Es algo más que terrible —pensé—; es imposible». Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, pero una parte de mí quería contenerlas en el lagrimal. Si daba rienda suelta a las emociones que me invadían, aquello se convertiría en real. Y no podía ser cierto. Sandra, mi Sandra, me negaba a creerlo. Era tan extraño. ¿Qué había podido sucederle en unas pocas horas? Eran las tres de la madrugada cuando la dejé como una rosa en la puerta de su casa y, apenas unas horas después, unos chavales encontraban su cuerpo junto al puente, en las afueras del pueblo, en dirección opuesta a su casa. No tenía sentido. Escenas de la noche anterior desfilaban por mi mente intentando recabar información. Entonces caí en la cuenta de que Dani no había mencionado la causa de la muerte. ¿Se había dado un golpe?, ¿había sufrido un desvanecimiento?

—¿Se sabe qué le ha pasado? Es decir, ¿se sabe cómo ha...? —me interrumpí al escuchar el tintineo de la campanilla.

Arturo, el jefe de policía, escoltado por otros dos agentes uniformados, irrumpían en ese momento en la cafetería. Pensé que era muy oportuno que hicieran una parada en El Alquimista: así obtendría información de primera mano de lo sucedido. Pero entonces ellos fijaron su atención en mí y, decididos, encaminaron sus pasos hacia donde yo me hallaba. Las sienes comenzaron a palpitarme presintiendo quizás lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Es usted la señorita Diana Aranda?

Asentí con un movimiento de cabeza y un temor en suspensión.

—Desde este momento queda usted detenida por el asesinato de Sandra Rueda Estévez.

PRIMERA PARTE

¿Por qué se ha de temer a los cambios?

Toda la vida es un cambio.

H.G. Wells

Capítulo 1

UN CAMBIO DE AIRES

4 meses antes...

¡Qué desperdicio de día! Tenía todas mis esperanzas depositadas en las lluvias de septiembre. No era inusual que septiembre trajera lluvias; las tormentas que dejaban más litros de agua por metro cuadrado acostumbraban a tener lugar acabando el solsticio o comenzando el equinoccio. ¡Lo que hubiera dado por una tormenta de las gordas! Pero en el cielo despejado, no había sombra de nube; había lucido intensamente azul durante toda la jornada y ahora, que el reloj pasaba de las siete de la tarde, el sol comenzaba a esconderse por el oeste tiñéndolo de brillantes pinceladas rosáceas. La temperatura elevada de las horas centrales del día se había tornado más fresca y llevadera; era la temperatura ideal para la felicidad y eso me molestaba muchísimo. Miré alrededor. El paseo estaba lleno de padres sonrientes, niños con helados, quinceañeras posando para sus móviles, parejas de ancianos cogidas de la mano. Escudriñé el paisanaje en busca de un poco de tristeza, de alguien que, al igual que yo, pareciera disgustado ante tanto festival de alegría y buenas vibraciones. No lo hallé. Sentirme tan sola en mi pena era aún más deprimente.

Vi llegar a Rita bamboleante entre la multitud, pisando fuerte con sus tacones de aguja, luciendo una abundante melena castaña salpicada de nuevas mech

rojizas. Llevaba puesto el vestido nuevo de raso negro y falda lápiz, con un lazo fucsia a modo de cinturón, que había comprado para la ocasión. Sentí deseos de estrangularla. ¡Se lo había puesto! Me pareció una total desfachatez.

—¡Increíble! —exclamé dirigiéndole una mirada reprobatoria y señalándola con el dedo cuando estuvo lo bastante cerca para oírme—. ¡Si hasta has ido a la peluquería!

—Cariño, lo siento, pero es que tenía la cita y era absurdo desaprovecharla. ¡No sabes lo que cuesta que te atienda ese peluquero!

—¿Y el vestido? ¿También era necesario?

—Oh, vamos, Diana —dijo Rita tomando mi mano entre las suyas—. No te lo tomes así. ¿Qué más da lo que lleve puesto? ¿Acaso estarías más feliz hoy si llevara unos vaqueros y el pelo con raíces?

—¡Desde luego! —mentí. En realidad daba igual como fuera vestida o peinada; probablemente ni siquiera la lluvia habría mejorado mi estado de ánimo. Era un día para regodearme en mi desgracia, para compadecerme de mí misma y para regocijarme en las miradas compasivas de mis allegados. Que Rita no se hubiera preocupado en fingir que hoy no era el día que era me tocó mucho las narices.

—Anda, ven. —Rita me envolvió en un cálido abrazo y apoyó mi cabeza en su hombro; eso sí era lo que yo esperaba de ella—. En realidad está refrescando demasiado, ¿sabes? Hace un día de mierda. No se me ocurre un plan peor para hoy que una boda. —Era una mentirosa pésima.

Las dos nos miramos a los ojos y estallamos en risas ante tamaña mentira. Era el día perfecto para una boda, eso era indudable. Hicimos un buen trabajo eligiendo la fecha. Bueno, en realidad la eligió él; dijo que el atardecer de mediados de septiembre era maravilloso y que mi figura vestida de blanco destacaría entre la tonalidad del cielo. Dijo que parecería una musa emergiendo de la paleta de un pintor impresionista y yo recuerdo haber pensado que no merecía el novio que tenía, tan romántico, tan entregado, tan preocupado por cada detalle. Se me escapó una lágrima, y detrás otra, y otra.

La tragedia de mi vida había comenzado cuatro semanas antes. Esa mañana había estado en la penúltima prueba de mi vestido de novia. Recuerdo haberme sentido emocionada al verme; me encontré preciosa, esa es la verdad. A esas alturas del verano, mi piel lucía el bronceado en su plenitud provocando un contraste excepcional con el blanco roto del vestido. El vestido era sencillo, palabra de honor, con una falda de gasa acabada en unas románticas puntillas de encaje; era el vestido perfecto para mí y estaba convencida de que a Ricardo, mi prometido, le encantaría. Rita me acompañaba en la cita y recuerdo que comentó algo acerca de la suerte que tenía mi novio de tener una mujer como yo en su vida. Ironías de la vida. El plan era comer las dos juntas al acabar la prueba del vestido, pero una urgencia en el trabajo de Rita dio al traste con el plan. Regresé a casa mucho antes de lo previsto y me planteé la opción de darle una sorpresa a Ricardo y llevarlo a almorzar a su restaurante favorito. Nada más llegar me sorprendió ver la cartera de Ricardo en el mueble del recibidor. No debía estar en casa a esas horas; yo contaba con darme una ducha y cambiarme de ropa antes de pasar por el bufete de abogados donde trabajaba para recogerlo. Aquel detalle me escamó porque, en nuestros siete años de relación, jamás había regresado del trabajo antes de lo previsto. Lo contrario era, en cambio, lo habitual: solía llegar tarde con más frecuencia de la que me gustaba. Avancé por el pasillo a hurtadillas, sigilosa y desconfiada. Podía haberlo llamado, haber hecho notar mi presencia, pero un mal presentimiento se había apoderado de mí, y avanzaba hasta nuestro dormitorio esperando sorprenderlo in fraganti en un acto que a todas luces arruinaría mi vida para siempre. Tal vez debía desandar mis pasos y salir del apartamento antes de que mi corazón se fragmentara en mil pedazos, pero una fuerza arrebatadora me impulsaba, como una locomotora sin maquinista, a llegar al final del asunto, si es que había algún asunto. Deseé con todas mis fuerzas que Ricardo estuviera indispuerto; se me antojaba la única razón plausible en él para justificar su salida prematura del despacho. Pero entonces escuché jadeos y la esperanza me abandonó; no eran

gemidos de dolor, eran de placer. Sentí un puñal atravesándome el pecho. Consciente ya de que estaba a punto de vivir la escena más humillante de mi vida, continué decidida con mis planes de abrir la puerta del dormitorio y saber qué dos traidores yacían en mi cama. «Que no sea Rita, por Dios», recuerdo haber pensado antes de girar el pomo de la puerta. Pero lo que encontré tras ella fue aún más humillante. Sobre la cama, sobre mi cama, Ricardo exhibía su cuerpo, trabajado a base de gimnasio y proteínas, a cuatro patas en el colchón. Tras él, más bien dentro de él, Julio, mi organizador de bodas, arremetía todo su ser contra mi prometido por la retaguardia. De todas las situaciones embarazosas y desconcertantes en que podría hallarme a lo largo de mi vida, creí que aquella sería sin duda la que se llevaría la palma. Poco sabía yo entonces que aquella pillada in fraganti de mi prometido con mi organizador de bodas, lejos de ser el final, había sido el principio de mi otra vida.

Evaporé los recuerdos con un nuevo sorbo de ginebra rosa. Allí estaba yo con Rita, las dos sentadas en una terraza de verano, observando la línea difusa del horizonte, bebiéndome el segundo *gin rosé* en el día en que debería haberme convertido en la esposa de Ricardo, el infame Ricardo. Con Rita, que había tenido la poca vergüenza de no cancelar la cita con el peluquero y de aparecer vestida con el traje que se había comprado expresamente para mi boda, escuchándola decir por vigésima vez cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de nada. Es curioso cómo todo el mundo te habla de sus sospechas y las señales evidentes que no has querido ver cuando ya te has estrellado, cuando tu vida se ha desmoronado ya. ¿Por qué nadie te dice nada antes? Resultó que todo el mundo pensaba que no era normal que Ricardo tuviera tantos vaqueros en tonos pastel, ni tampoco lo era que yo hubiera delegado en él la mayoría de los preparativos de la boda, incluso la elección de flores para los centros de mesa y el color de la mantelería. Era como si de alguna manera me acusaran a mí de que me hubiera puesto los cuernos con Julio, como si yo lo hubiera empujado a serme infiel propiciando los

encuentros entre ambos para discutir los detalles del evento. Según fui conociendo en los días posteriores, todo el mundo sabía que mi prometido era gay, o al menos lo daban por hecho. ¿Por qué nadie me lo dijo entonces? También me dieron respuestas para ello. La mayoría pensaba que era un homosexual que no había salido del armario a causa de sus propios prejuicios y conflictos internos; otros tantos creían que era bisexual, y unos pocos, incluida Rita, no se habían dado cuenta del todo de que lo era, más bien lo consideraban un hetero tocapelotas y puntilloso. Resultó que la mayoría estaba en lo cierto: era un gay reprimido. Una parte de mí se apiadó de él por haber vivido tantos años encarcelado en la prisión que él mismo se había construido, y la otra lo odió por haberme engañado durante tanto tiempo. Porque, aunque Julio había sido el primero con quien había dado rienda suelta a sus verdaderos impulsos, su autoengaño me había devastado a mí, que me creía deseada por alguien que tan solo me apreciaba como amiga.

—Necesitas un cambio de aires —afirmó Rita disipando mis dolorosos recuerdos y trayéndome de vuelta al no menos doloroso presente.

Estaba en lo cierto: yo misma llevaba días con la misma idea rondándome la cabeza. Pero ¿adónde iba a ir yo?

—No es tan fácil, Rita. No puedo dejar el trabajo así como así.

Rita bajó la cabeza y levantó la mirada en un gesto evidente de que mi afirmación era del todo ridícula.

—¿No puedes? ¿En serio has dicho eso?

Me sentí avergonzada, pero ella continuó sin reparos:

—¿No puedes dejar tu trabajo de vendedora en una tienda cutre de bombillas, con un jefe baboso de mierda?

Desde luego que podía, además lo deseaba. Pocas cosas me harían más feliz que quitar de mi vida diaria la presencia de Vicente, mi jefe. Ojalá no tuviese que volver a ver sus ojillos de comadreja, ocultos tras las lentes de sus gafas redondas, y su mirada lasciva cada vez que me pedía que me agachase para reponer las estanterías más bajas. Ojalá no volviese a oír sus continuos

comentarios machistas y las historias trasnochadas de sus viajes a Cuba. Maldito putero. Nada me reconfortaría más que dejar mi mal pagado trabajo, donde mi asqueroso jefe me menospreciaba tanto por mi género como por mi inteligencia. No perdía ocasión de recordarme que mis estudios universitarios de magisterio no habían servido para nada. «Mucha carrera, mucha carrera, ¿para qué? Y yo, que no acabé ni el graduado, aquí estoy pagándote los recibos», lo decía vanagloriándose, orgulloso de ser un empresario cazurro. Y yo me aguantaba las ganas de encenderle el esfínter con una de las bombillas de 230 voltios del tercer estante, porque desgraciadamente el dinero le daba poder sobre mí. El último año había soportado sus humillantes gestos y palabras porque necesitaba ahorrar todo lo posible para la boda y no podía arriesgarme a no encontrar otro trabajo. Pero ya no había boda: ¿qué me impedía mandarlo todo a la mierda?

—¿Y qué voy a hacer, Rita? ¿A dónde voy a ir yo?

—Tengo la respuesta a tus dos preguntas —contestó Rita sonriente—. Mira aquí.

Me mostró la pantalla de 5,5 pulgadas de su iPhone 7. Tenía abierta su sesión de Facebook y en ella aparecía la fotografía de perfil de un hombre joven, de edad similar a la nuestra —unos treinta años como mucho—, pelo castaño y ondulado peinado con desenfado, con ojos avellana, tal vez verdes —imposibles distinguirlos con claridad—. Tenía aspecto de surfista, era atractivo y parecía despreocupado.

—Es mono. Seguramente sea gay. Todos lo son —bromeé con amargura—. Pero te aseguro que conocer a alguien es lo último que me apetece ahora mismo.

—No van por ahí los tiros, cariño. Calla y escucha —replicó Rita acercando su silla a la mía para que pudiera ver con mayor claridad su página de Facebook.

Callé y escuché.

—Este es Dani. Está bastante bueno, como puedes ver, y no es gay, al menos

no lo fue la tarde que me enrollé con él en la biblioteca de la Facultad de Psicología.

No me sorprendió que Rita hubiera tenido sexo en una biblioteca, pero sí el hecho de que fuera en la de psicología porque ella había estudiado empresariales. Estuve a punto de interrumpir su relato para recabar información sobre este hecho, pero preferí no hacerlo pues la curiosidad comenzaba a acuciarme.

—Hasta donde sé, Dani tenía un prometedor trabajo como responsable de marketing en una empresa de comunicación. Pero hace dos años decidió abandonarlo todo, no me preguntes porqué, y se mudó a Zumaque.

—¿Zumaque?, ¿eso existe?

—Sí, cariño. Zumaque existe y te necesita.

La miré incrédula, sin comprender a dónde quería llegar, pero cada vez más intrigada.

—Mira, aquí está. —Rita amplió una foto que el tal Dani había compartido en su muro—. Échale un vistazo.

Se trataba de un anuncio, una oferta de empleo que decía así:

Se necesita educador/a

Se precisa maestr@ para clases particulares privadas. Dos alumnos de dieciséis y doce años. Se requiere entrega, responsabilidad y total disponibilidad. Bien remunerado. Alojamiento incluido.

El anuncio concluía con un número de teléfono al que debían llamar los interesados.

—¿Quieres que me vaya al culo del mundo a darle clases particulares a dos mocosos? —pregunté con cierto escepticismo.

—¿Qué tienes que perder? ¡Es justo lo que necesitas! La enseñanza es tu pasión y tu profesión. Has dado clases particulares durante años, tienes experiencia de sobra. Necesitas un tiempo fuera de este lugar. Zumaque está lejos, ¡y nieva!

Solo Rita era capaz de describir un lugar alejado del resto de la humanidad, donde el frío debía ser espeluznante, como si fuese un complejo de ensueño de los que venden para regalar en una de esas cajas de experiencias. Su entusiasmo era contagioso y por un momento me imaginé viviendo a cientos de kilómetros, jugando con mis dos adorables alumnos a lanzarnos bolas de nieve en la puerta de casa, en un descanso entre el repaso de Lengua y el repaso de Matemáticas. Sonreí de manera involuntaria. Dejé de hacerlo y volví mis pies a la tierra.

—Yo no pinto nada en ese pueblo. ¿Qué se me ha perdido allí?

—¿Hace falta recordarte que solo tiene dos mil habitantes y que al menos uno de ellos está bueno? —Hizo la pregunta señalando con ojillos maliciosos la foto del chico con pinta de surfista.

—¿Así que solo me crees capaz de ligar con un espécimen así si la población ronda el millar, eh? —bromeé.

—¿Lo pensarás al menos?

—Lo pensaré.

Pero lo cierto es que no lo pensé. En cuanto me despedí de Rita esa tarde, me fui a casa y me dediqué a compadecerme, a sentir pena de mí misma, a llorar y maldecir mi patética vida, a llenar de pañuelos de papel la funda nórdica de verano sobre la que mi exprometido había retozado con mi exorganizador de bodas. Cuando al fin me quedé dormida, soñé con un puente de piedra cubierto por la nieve.

—¿Todavía no has desembalado los paquetes que llegaron el viernes?

Conté hasta diez mentalmente antes de contestarle a mi jefe.

—No he tenido tiempo, Vicente. Llegaron a última hora del viernes y acabamos de abrir la tienda.

—¿Tú siempre tienes respuestas para todo, eh, listilla?

—Para todo, no, Vicente. —Para saber cómo era posible que, de todos los habitantes del esperma, el espermatozoide que fecundó el óvulo de la madre de Vicente fuera el más rápido, para eso no tenía respuesta. El porqué la selección natural permitía que en el mundo siguieran existiendo especímenes como él era un misterio para el que no tenía explicación.

—Pues ya te estás espabilando y abriendo las cajas. Quiero que esté todo marcado con su precio y colocado en su sitio para cuando vuelva de desayunar.

—Claro, Vicente. Lo estará, no se preocupe.

Desempaqueté todas las cajas; marqué cada artículo con su precio; coloqué en sus respectivas estanterías los halógenos, los fluorescentes y los ledes; limpié el polvo de las lámparas del escaparate; atendí a cuatro clientes, y mi jefe aún no había regresado de su desayuno. Era lo habitual. Una de las miserables alegrías de mi vida era el hecho de que ese ser repugnante que me pagaba el sueldo no solía estar en su negocio más de dos horas al día.

Me senté en el taburete giratorio tras el mostrador y aproveché la soledad del momento para girar sobre mí misma. Ese lunes yo debía estar tostándome al sol en una playa de arenas blancas y mar turquesa de República Dominicana, con una margarita en una mano y un flamante esposo en la otra. Sentí náuseas. Puede que solo fuera de dar vueltas en el taburete, o puede que fuese porque mi vida se había convertido en algo vomitivo. Paré en seco. Me sentía mareada y apoyé la cabeza en mis rodillas. Al levantarla me percaté de la cámara que me enfocaba indiscreta desde un extremo de la habitación. Era una más de las maravillas de trabajar para Vicente. Me controlaba con una camarita, a saber desde dónde. Era posible que, durante todo el tiempo que no estaba en su negocio, estuviera frente a la pantalla de un ordenador observándome. Era incluso probable que se la meneara mientras tanto. Sentí asco al pensarlo. Asco e ira y, en un impulso infantil y del todo irresponsable, me levanté del taburete, me aproximé a la cámara, fijé mi mirada en la lente y levanté frente a ella un solo dedo de mi mano derecha: el corazón.

Me di cuenta al instante de la estupidez que había hecho. ¿Cómo había podido tener ese arrebatado tan pueril? Si Vicente lo había visto, ya podía prepararme para la mayor de las humillaciones. Las manos empezaron a sudarme. Por suerte la puerta acristalada se abrió y la irrupción de un nuevo cliente desplazó mi atención hacia él —hacia ella en este caso—: una mujer de mediana edad con un llamativo vestido lila que le llegaba a los tobillos. Una flor del mismo color adornaba su media melena teñida de rojo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días. —La voz de la señora era profunda e imponente—. Estaba buscando unas bombillas con luces tenues y cálidas.

—Creo que tengo por aquí. ¿Qué tipo de rosca necesita? ¿Grande o más bien pequeña?

—Oh, bueno, no sé. Son para unas lamparitas que tengo en las dos mesitas de mi sala de espera.

—Si es para una consulta, mejor le recomiendo que utilice luces frías con mayor potencia. Aquí tengo unas que siempre se lleva para su consulta un cliente dentista que tenemos—expliqué acercándome a las luces en cuestión.

La mujer sonrió y me miró divertida.

—En realidad mi consulta no es ese tipo de consulta.

Me guiñó un ojo e, incapaz de descifrar el significado de aquel gesto, me ruboricé.

—Es una consulta de videncia —aclaró—. Ya sabe: quiromancia, lectura del tarot, esas cosas.

—Ya, entiendo, disculpe —dije un poco avergonzada y sorprendida.

—No hay de qué disculparse. En realidad me halaga que me hayas confundido con una odontóloga, nunca me había pasado antes.

La mujer de morado se rio y yo reí a su vez.

En ese momento la puerta volvió a abrirse. Mi corazón dio un brinco al pensar que podría tratarse de Vicente. Volví a transpirar con intensidad. Comprobé aliviada de que se trataba de Conchita, una clienta habitual.

—Buenos días, Diana. Cuando puedas dame dos bombillas de las pequeñas, por favor.

—Claro, Conchita. En cuanto atienda a esta señora, estoy con usted.

—¿Estás bien, niña? —preguntó Conchita mientras me miraba con gesto preocupado—. Tienes mala cara, estás pálida y sudando.

—Oh, sí, no es nada, solo es que tengo el estómago revuelto. Será un virus de esos que andan por ahí —mentí.

—¿Sabes qué viene muy bien para eso? —preguntó Conchita mientras yo me dedicaba a buscar las bombillas adecuadas para la consulta de la vidente. Prosiguió sin esperar mi respuesta—. Zumaque.

Me quedé helada. Di tal respingo que a punto estuve de dar al traste con las lamparillas que portaba en mis manos. ¿Había dicho Zumaque realmente o tan solo me había parecido?

—¿Has dicho Zumaque, Conchita?

—Sí, es un arbusto de flores rojizas. La infusión de sus hojas es el mejor astringente que conozco.

La señora de morado, la de la consulta de clarividencia, me observaba fijamente. Sin duda había notado mi turbación.

—¿Me permites, hija? —inquirió a la par que tomaba mi mano derecha con la suya y la giraba para observar la palma.

Escudriñó entre las líneas dibujadas en mi mano, incluso posó los dedos sobre ellas. Yo la dejé hacer sin saber por qué. Después de unos silenciosos minutos, emitió su veredicto.

—Interesante.

—¿Qué es interesante? —pregunté intrigada, casi tanto como parecía estarlo Conchita, cuya cabeza asomaba por el hombro de la vidente sin atisbo de disimulo.

—Debes hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Zumaque.

¿De verdad había vuelto a oír la palabra «Zumaque»? Conchita intervino aprovechando la incapacidad de hablar que acompañaba mi asombro.

—Eso es imposible, no puede ser zumaque; por aquí no hay ese tipo de arbustos. Aunque tal vez pueda encargarle unas hojas a la herboristería, pero, para cuando lleguen, el virus se habrá ido.

—No hablamos de ese zumaque, ¿verdad, cielo?

La vidente me miró a los ojos y yo le devolví la mirada. Ella lo sabía. De alguna forma sabía que existía un pueblo llamado así al que yo debía viajar.

La puerta de entrada volvió a abrirse. Vicente entró en la tienda con las mejillas encarnadas, alterado y voceando.

—¡Tú! —gritó mientras me apuntaba con su dedo índice—. ¡¿Tú quién coño te crees que eres?! Como vuelvas a faltarme el respeto, te pongo de patitas en la calle! ¿Entendido?

—No, Vicente —repliqué extrañamente serena—. Usted no me pone de patitas en la calle. Me voy yo y me voy porque es usted un déspota, un ignorante y un perverso. Y otra cosa —añadí cogiendo del mostrador una bombilla de grandes dimensiones—: métase unas cuantas de estas por el culo a ver si así tiene usted algo de luces.

El rostro de Vicente enrojeció hasta límites insanos; parecía que iba a explotar de un momento a otro. Cogí mi bolso tan rápido como pude con la intención de salir de allí cuanto antes. Segundos antes de abandonar el local, me volví para observar la escena que dejaba atrás. Conchita aireaba a Vicente con un folleto explicativo a modo de abanico improvisado, y este retorció sus manos probablemente imaginando que era mi cuello lo que tenía entre ellas; la vidente, en cambio, permanecía tranquila y me observaba a mí. Con total desconcierto abandoné la tienda y también la vida que había llevado hasta ese momento.

Capítulo 2

BIENVENIDA A ZUMAQUE

El autobús me había dejado en Patones de abajo, después de un agotador viaje de siete horas y tres trasbordos. Habían transcurrido tres días escasos desde mi salida precipitada de la tienda, pero habían sido suficientes para arreglar las cosas antes de irme. Fue triste comprobar que no había nada realmente importante que arreglar. Tan solo la cancelación de algunos recibos domiciliados que no pensaba pagar, pues en los próximos meses no haría uso de la fibra en casa ni vería la tele por cable. A eso se reducía mi vida. Nada me retenía, en realidad, a la ciudad que me había visto crecer. Resultaba penoso. Habría hecho testamento por si el viaje se tornaba más peligroso de lo previsto, pero hacía más de un año que ese trámite estaba resuelto. La vida me enseñó a ser previsora una tarde en la que un caballo huido de su dueño campaba a sus anchas por la carretera. El caballo fue mortalmente atropellado por un matrimonio que regresaba de madrugada de su segunda luna de miel. Mis padres, que celebraban sus bodas de plata, ya no volverían a celebrar ni un solo aniversario más. Las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana y, aunque era esta una lección que yo conocía bien, la vida se empeñaba en recordármela una y otra vez. Yo, por si acaso, siempre dejaba mis asuntos terrenales bien atados. Rita era, casi con toda seguridad, el ser humano que más sentiría mi partida.

Apenas mis pies bajaron del vehículo, comprobé que no sería fácil

acostumbrarme al clima de la sierra. Cada poro de mi piel se erizó en contacto con el aire frío, demasiado frío para ser primero de octubre. Demasiado frío para una chica del sur. Me alegré de haber comprado toda la ropa de abrigo de nueva temporada en mi tienda *low cost* favorita. Al fin podría estrenar las orejeras rosas que Rita me había traído de su viaje a Suiza. Esa iba a ser mi nueva máxima: todo lo malo tiene algo bueno. En ese caso, los complementos invernales.

Miré la hora en la pantalla del móvil. Las cinco y cincuenta y cuatro. «La recogeré a las seis en la estación. Llevaré un Range Rover verde». Esas fueron las instrucciones del señor Caballero. Alexander Caballero, el padre de mis futuros alumnos y dueño de la casa que me alojaría los siguientes nueve meses.

Tan solo habíamos mantenido dos conversaciones telefónicas. La primera de ellas, el día que había llamado para preguntar por la oferta de trabajo, el día que había insultado a mi jefe y abandonado mi empleo por culpa de una vidente inesperada. Mi voz había sonado trémula, a juego con mis dedos temblorosos, que con dificultad consiguieron marcar los dígitos en la pantalla.

—¿Sí? ¿Con quién hablo? —Una voz masculina, profunda y cadenciosa, contestó al otro lado de la línea.

—Hola, me llamo Diana Aranda y quería saber si la oferta de empleo para dar clases como profesora particular sigue disponible. —Procuré parecer calmada.

—¿Es usted educadora titulada?

—Sí, soy diplomada en magisterio y tengo amplia experiencia dando clases particulares.

—Perfecto. ¿Tendría algún inconveniente en alojarse en una pequeña estancia en nuestra propiedad? Necesitamos total disponibilidad por su parte. La casa se ubica en un lugar aislado y no es raro que algunos días de invierno nos quedemos incomunicados. La necesitamos especialmente en

esos días. Mis hijos no deben perder horas de clase.

Su tono serio y, en cierto modo, altivo me abrumó. Tardé unos segundos en contestar; no tenía clara mi respuesta, pero entonces añadió algo que me hizo verlo claro.

—Su sueldo sería de mil quinientos euros mensuales.

—¡Acepto! —Me mordí el labio al ser consciente de mi efusividad—. Quiero decir que tengo total disponibilidad y, si a usted le parece bien, estaré encantada de dar clases a sus hijos.

—Perfecto entonces. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Diana, Diana Aranda.

—Encantado, señorita Aranda. Yo soy Alexander, Alexander Caballero. Si le parece bien, podemos recibirla en casa en tres días. ¿Cree que es posible?

—Sin problemas, solo dígame la dirección y allí estaré. Tenga en cuenta que tendré que viajar en autobús.

—No se preocupe, le enviaré las señas a su teléfono en cuanto cuelgue. La recogeré en la estación de Patones el jueves a las seis en punto de la tarde. Es justo la hora a la que llega el autobús desde su ciudad.

—Disculpe —pronuncié extrañada—, no recuerdo haberle dicho mi ciudad de origen.

—No es necesario, su acento es inconfundible. —No supe cómo tomarme aquello—. La recogeré a las seis en la estación. Llevaré un Range Rover verde.

—De... de acuerdo. —Asentí, incapaz de añadir comentario alguno.

La seguridad de aquel hombre me había convencido, pero también molestado. No estaba convencida de haber tomado la decisión adecuada, pero el sueldo era inmejorable, más teniendo en cuenta que no iba a pagar alojamiento. Así que allí estaba, a cinco minutos de conocer a Alexander Caballero, con la punta de las orejas a punto de gangrenarse por congelación. De repente sentí

miedo. ¿Y si ese hombre no aparecía? ¿Y si era un anuncio falso? O peor aún: ¿y si Alexander Caballero aparecía, pero era en realidad un proxeneta? ¿Y si me secuestraba y me llevaba a un burdel para ejercer de esclava sexual? Di media vuelta dispuesta a sacar un billete de vuelta a casa, pero en ese preciso instante un Range Rover verde metalizado paró junto a mí y de él bajó un hombre que me hizo contener la respiración.

—Buenas tardes, deduzco que es usted la señorita Aranda —dijo el hombre de voz melodiosa y nombre de telenovela venezolana acercándose hasta a mí y tendiéndome la mano. Llevaba el pelo moreno peinado hacia atrás con gomina, y una barba muy cuidada le cubría parte de su tez clara. Los ojos eran verdes, verdes metalizados a juego con su Range Rover. Me sacaba una cabeza.

—Deduce usted bien —dije apretando con firmeza su mano extendida—. Y usted deber ser un caballero, quiero decir, el señor Caballero. —Idiota, más que idiota.

Hubiera agradecido que riese ante mi equivocación y aligerara así mi sentimiento de estupidez, pero no lo hizo.

—Así es, pero puede llamarme Alexander, y confío en que yo pueda llamarla por su nombre de pila igualmente.

—¡Oh, por supuesto! Y espero también que podamos tutearnos. —Reí divertida y más relajada.

—Tal vez sea demasiado pronto para eso. —Y con esa frase el señor Caballero echó por tierra mis pretensiones de relajarme.

Cargó mis dos maletas y la bolsa de viaje en el maletero del coche y me abrió la puerta del asiento del acompañante invitándome a entrar con un gesto galante, más propio de otros tiempos. Olvidé que podía ser un integrante de una mafia de trata de blancas y entré en el vehículo. Olía a leña, a hojas de otoño, a preámbulo de Navidad. Aspiré el aroma buscando la tranquilidad que necesitaba. Alexander Caballero introdujo la llave en el contacto y el motor rugió como el león que anuncia el inicio de un largometraje, anunciando tal vez el inicio de mi nueva vida.

Los neumáticos engullían las líneas blancas de la carretera a su paso y las ventanillas del coche me mostraban un paisaje montañoso, con árboles esbeltos que alternaban el marrón, el verde y el ocre en sus hojas caducas. Ascendíamos a través de una carretera sinuosa y estrecha; podía percibir cómo el clima se recrudecía conforme subíamos a pesar de que, en el interior del vehículo, la calefacción nos mantenía guarecidos, a salvos del frío. Podría haber sido confortable si no fuese porque la tensión era palpable. Al menos yo estaba tensa. El silencio se prolongó durante unos pocos minutos que resultaron eternos. Yo no me atrevía a preguntarle nada, no quería molestarlo; no parecía un hombre extrovertido precisamente. Reprimí mis ganas de observarlo a hurtadillas mirando el paisaje exterior, perdiéndome en la majestuosidad del paraje otoñal que me recibía, aspirando sin querer el olor de la fragancia de él, un perfume masculino que expelía agradables acordes de lavanda y cítricos.

—Mis hijos se llaman Carolina y Teo.

Di un respingo en el asiento ante la brusquedad con la que había roto el silencio. Volví mi cabeza hacia su persona y aproveché la oportunidad para observar su perfil armonioso: las pestañas negras, su nariz mediana de líneas suaves, las pequeñas dunas de sus labios carnosos protegidos por su bigote. Un perfil elegante, como su voz, como su ropa, como su aroma. ¿Existiría una señora Caballero?

—Oh, bien. Bonitos nombres. —Fue todo lo que acerté a decir.

—La educación y la disciplina son la base de todo. Es la clave para que no se descarríen. Tienen edades peligrosas, sobre todo Carolina, con dieciséis años, pero la edad de Teo también es conflictiva; muchos niños se echan a perder a partir de los doce.

—Oh, desde luego. Por mi parte no se preocupe: haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlos en su educación.

Alexander continuó como si yo no hubiera hecho aquel comentario en voz alta.

—Los pueblos pequeños no siempre son buenos. Hay pocas alternativas de ocio y algunos acaban pasando las horas muertas fumando porros en la plaza. No quiero que mis hijos formen parte de ese paisaje.

—Claro, lo comprendo. ¿Hay muchos chavales así en Zumaque? —me atreví a preguntar.

No contestó, pero por primera vez su vista abandonó la carretera y sus ojos verdes se posaron en los míos.

—Ya conocerás Zumaque.

Esbozó una media sonrisa que no supe interpretar. Sus palabras, más que alentadoras, resultaron desconcertantes.

Justo en ese momento el Range Rover se detuvo.

—Aquí lo tienes. Bienvenida a Zumaque.

Frente a nosotros un puente de piedra, que debía datar de varios siglos atrás, cruzaba un pequeño arroyo. Estaba rodeado de vegetación y, entre aquellos árboles y arbustos, pude distinguir algunos con hojas dentadas en tonos rojizos y frutos similares a las bayas. Ahí estaban los árboles que daban nombre a todo el pueblo.

—Zumaque —dije en voz alta sin darme cuenta.

—Así es, Zumaque. Y ese —continuó Alexander señalando el viejo puente de piedra— es el Puente de los Sueños Olvidados.

—¡Qué nombre tan bonito! —exclamé sorprendida—. Aunque también es un poco triste; no me gustaría que se me olvidaran mis sueños aquí.

—Creo que no es esa la interpretación correcta, es justo lo contrario. Es aquí adonde uno puede venir a recordar los sueños que se le han ido quedando en el camino.

Percibí un eco de añoranza en sus palabras; se me antojó que tal vez el señor Caballero no fuera alguien tan inaccesible como aparentaba. ¿Qué sueños se le habrían ido quedando por el camino a él?

—Si cruzas el puente, entrarás en el pueblo, pero nosotros debemos continuar por esta carretera para llegar a casa. Ya solo faltan unos pocos

kilómetros.

Capítulo 3

LA CASA ROJA

Había que recorrer apenas cuatro escasos kilómetros, pero la estrechez y sinuosidad de la carretera complicaba el trayecto. Ascendía peligrosamente por la montaña y dejaba un precipicio a mano izquierda que preferí ignorar. Las curvas cerradas me habían provocado dolor de cabeza y malestar en el estómago; sentí que, si no llegábamos pronto, la bonita carrocería del coche se iba a ver seriamente dañada por mis flujos intestinales. Por suerte, para mí y para el señor Caballero, llegamos justo a tiempo.

Levanté la cabeza, que había permanecido gacha durante los últimos minutos del trayecto en un intento infructuoso de evitar el mareo, y contemplé la maravilla que emergía ante mis ojos.

Una imponente construcción de ladrillo rojo de dos plantas coronada por una buhardilla con un techo a dos aguas era la majestuosa casa que se alzaba ante nosotros. Un porche blanco, a juego con los marcos y postigos de las amplias ventanas rectangulares, enmarcaba la señorial puerta de madera de roble que daba acceso a la mansión, pues el término *casa* me pareció escaso para tan grandiosa edificación. Me quedé sin habla. ¿Ese sería mi lugar de trabajo los próximos meses?

—La casa roja: así se conoce en Zumaque y alrededores. Nuestra casa. ¿Qué te parece?

Me parecía la leche, una auténtica pasada, una casa digna de las mejores

revistas internacionales. Jamás me habría imaginado en un lugar así. Miré alrededor y observé que el camino de entrada a la casa estaba flanqueado por dos hileras de frondosos árboles cuyas ramas se abrazaban en el centro formando un arco de entrada, una alameda digna de reyes. Pero, muda por el asombro como aún estaba, no conseguí verbalizar nada. Debía parecer una auténtica paleta embobada a los ojos del señor Caballero. Creo que lo vi sonreír, probablemente divertido ante mi fascinación.

La puerta de roble se abrió y una señora apareció tras ella; era una mujer menuda, con una media melena morena que mostraba una amplia sonrisa en su rostro. ¿La señora Caballero, tal vez? Conforme mi nuevo jefe y yo nos íbamos aproximando al porche, comprobé que la señora tenía unos cuantos años más que Alexander; más podría ser su madre que su esposa. No tardé en aclarar mis dudas.

—Diana, ella es Guadalupe, la persona que hace funcionar todo en esta casa. Cocina como los ángeles y ella misma parece caída del cielo. No sé qué haríamos sin ella.

—Oh, vamos, Alexander, no digas eso —protestó Guadalupe arrugando sus ojillos castaños y fingiendo avergonzarse—. Di que no, niña —añadió volviéndose a mí—. Yo solo soy una empleada doméstica. El señor Caballero me mimaba demasiado. —Y le pellizcó el cachete cariñosamente antes de estamparme dos besos en la cara—. Tú eres Diana, ¿verdad? Será estupendo tenerte en esta casa, siempre viene bien algo de vidilla.

Guadalupe me guiñó el ojo como si quisiera hacerme cómplice de un secreto que yo aún desconocía.

—Pero vamos, entrad en casa, empieza a hacer frío.

Si aquello solo era el comienzo, ¿qué sería de mí cuando hiciera frío de verdad?

Guadalupe y Alexander se ocuparon de entrar mis maletas. En el interior de la casa, la madera era la protagonista casi absoluta; suelos de roble y muebles a juego, combinados con alfombras en tonos burdeos, en algunas de las zonas

de la casa, podían verse desde la entrada. A mano derecha, una sala de estar con una confortable chimenea de piedra en cuyo interior crepitaban unos leños, y a mano izquierda, un comedor de aspecto clásico presidido por una lámpara de araña en el techo. Frente a mí, una escalera, que bien podría haber sido una réplica de la famosa casa de *Lo que el viento se llevó*, se bifurcaba en dos alas repletas de puertas que imaginé serían los dormitorios. Una de aquellas puertas se abrió de golpe y tras ella apareció la silueta esbelta de una mujer rubia peinada con una clásica cola de caballo. La mujer bajó las escaleras con pasos armoniosos, casi estudiados, como si estuviera rodando la escena de una película. No fue hasta que bajó el último peldaño que sus labios se abrieron para pronunciar las primeras palabras.

—Así que tú eres nuestra nueva institutriz.

¿Institutriz? ¿Acaso aquella puerta de roble era un portal en el tiempo y había retrocedido al 1800?

—Hola, yo soy Diana —me limité a decir arrimando mi cara a la suya con intención de saludarla con dos besos, aunque para ello tuve que elevar mis pies sobre sus puntas. Esa mujer olía maravillosamente.

Ella respondió a mi saludo con sendos besos en la mejilla aunque pude atisbar cierto desagrado en el acto. Tal vez extenderle la mano hubiera sido más apropiado, más acorde con ella; con esa mujer de rasgos casi perfectos y envidiable figura, que vestía una falda lápiz color gris y un jersey negro de punto y cuello cisne, que envolvía el cuello más largo y delicado que había visto jamás, el primer cuello que había envidiado en la vida. Era una especie de Grace Kelly reencarnada. ¿Qué hacía una mujer así en lo alto de la montaña en lugar de estar protagonizando portadas de revistas del corazón?

—Encantada, Diana. Yo soy Julia, la madre de Carolina y Teo.

Así que sí había una señora Caballero y, además, resultaba el complemento perfecto para él. Ambos eran altos, guapos, elegantes y estirados. *Miss* y *míster* perfectos. Se me antojó que, si se vendieran en Amazon, probablemente lo harían a juego con la casa. «Oferta estrella: llévase ahora a *miss* y *míster*

perfectos y consiga la casa roja a un precio insuperable». Pensé que yo no los compraría; bueno, puede que la casa sí.

—Guadalupe, avisa a los niños para que bajen a conocer a Diana.

La dueña de la casa empleó un tono áspero y seco al dirigirse a su empleada, muy diferente al que había utilizado su marido.

—Ahora mismo, señora.

Señora... Así que ella era señora, pero su marido era simplemente Alexander. Curioso el trato dispar que los dispensaba.

Guadalupe ascendió las escaleras con paso decidido y yo asistí a un incómodo beso del matrimonio propietario de la casa. Incómodo por forzado. Bajé la mirada; los besos de sus señores no eran algo que una institutriz como yo debiera presenciar. Sonreí para mis adentros.

El ruido de pasos apresurados en los escalones dirigió mi atención de nuevo a las escaleras. Un niño pelirrojo y despeinado bajaba corriendo, destilaba energía y también simpatía. Una sonrisa imperfecta acorazada por *brackets* metálicos me dio la bienvenida. La conexión que sentí con Teo fue total desde ese primer instante.

—¡Hola, yo soy Teo! —exclamó resuelto aquel pequeño hombrecito de tez blanca y chispeantes ojos verdes extendiendo su mano como un adulto.

—Hola, Teo —saludé estrechando su pequeña mano firme—. Yo soy Diana.

—Encantado, Diana. Espero que no seas una seño muy plasta.

Me eché a reír ante el espontáneo comentario del chiquillo, pero a su madre no pareció haberle hecho gracia.

—¡Teo! ¿Esas son formas de recibir a la nueva educadora? ¿Y tu hermana? ¿Dónde demonios está Carolina, Guadalupe?

—Estoy aquí, mamá. No seas coñazo, ¿quieres?

De una de las puertas de la segunda planta, apareció una joven con una larguísima melena castaña cuyas puntas estaban tintadas en color rosa. Tenía la mueca de asco y superioridad característica de los adolescentes. Caminó con desgana hasta la escalera y me dirigió una mirada de reprobación.

—Puf —murmuró al verme y, una vez que me tuvo enfrente, añadió—: La llevas clara en esta casa de locos, Mary Poppins.

—¡Carolina! ¡Muestra respeto por una vez! ¿Quieres? —la reprendió su padre.

Julia, en cambio, no atinó si quiera a regañarla, roja —como estaba— de vergüenza y de ira. Su hermano Teo le dio un manotazo en la pierna al que Carolina respondió con una colleja en la nuca. Yo me decidí a acercar mi rostro al suyo del mismo modo que hiciera poco antes con su madre.

—¿Es necesario? —preguntó la adolescente sin disimular su asco.

—No, no lo es. En realidad no creas que me gusten mucho las formalidades. —Me atreví a formular el comentario aun sabiendo que tal vez no me dejaría en buen lugar ante el matrimonio Caballero, para quienes, evidentemente, las formalidades y las apariencias tenían una gran importancia. Pensé que, si conseguía un mínimo de empatía en la joven, ya habría iniciado el primer paso de lo que preveía un arduo camino para conseguir su aprecio.

Pero la única reacción de la chica fue darme la espalda y retornar de nuevo el camino escaleras arriba mientras decía:

—Me vuelvo a mi cuarto.

—Le pido disculpas, Diana. Carolina tiene una edad difícil. Seguro que con el tiempo cambiará de actitud. Lo cierto es que esa debería ser una de sus prioridades en lo concerniente a su educación: que tuviera más respeto hacia las personas en general —dijo Alexander mientras yo pensaba en el lío en que me había metido.

—Por favor, Alexander, no le pidas milagros a la chica —comentó Julia con todo el desprecio del que fue capaz.

—No es tan mala, ¿sabes? —me dijo Teo en voz baja como si quisiera consolarme. No supe a ciencia cierta si se estaba refiriendo a su hermana o a su madre, pero tuve claro que aquel chaval pelirrojo iba a ser mi tabla salvavidas en aquella casa roja.

—Bueno, Diana, imagino que estarás cansada y tendrás ganas de descansar.

—Julia pretendía ser amable, pero su tono era frío y seco—. Le diré a Guadalupe que te acompañe hasta tu alojamiento. Es una casita muy modesta, pero hemos intentado decorarla estos días para que te sientas a gusto.

—Gracias, señora. —¿Casita modesta? ¿Es que no iba a alojarme en el interior de la casa?

—Puedes llamarme Julia si te sientes más cómoda.

Asentí con la cabeza, pero no creí que pudiera sentirme cómoda ante aquella mujer la llamase como la llamase.

—Su jornada comenzará mañana a las tres y media, justo después del almuerzo. Puede aprovechar para hacerse con la casa hasta entonces. No se preocupe por la cena, Guadalupe se la llevará a la casita. Hoy va a preparar pollo a la miel, no probará un mejor pollo en la vida —dijo Alexander con una sonrisa—. Si tiene cualquier duda, Guadalupe se las resolverá. Como he dicho: ella es el alma de esta casa.

Su mujer lo miró con desagrado, sin duda molesta por el comentario.

Guadalupe, quien según me dijo se había encargado de llevar mi equipaje a mi alojamiento mientras yo conocía a los hijos de la familia, me acompañó de nuevo al exterior de la casa. Bordeamos la mansión y pude contemplar mejor su magnificencia. La robustez de sus materiales, el buen gusto con el que había sido diseñada. El contraste de sus paredes rojas con la madera blanca de las molduras en las ventanas resultaba chocante después de haber conocido el interior, mucho más clásico y tradicional. Como si quisieran aparentar una espontaneidad de la que en realidad carecían. Al llegar a la parte trasera, apareció, en nuestro campo de visión, una bonita cabaña de madera, una especie de refugio de montaña. Deseé que aquella fuera la casita que se me había asignado para mi alojamiento.

—Aquí la tienes: tu cabaña particular o, como la llaman los Caballero, la «casita». —Guadalupe me dio un codazo y utilizó un deje de burla al acabar la frase. Pensé que Guadalupe era más lista de lo que hacía ver. Podría caerme bien esa mujer, aunque aún no sabía si sería de confianza, por lo que evité

seguirle el juego de burlarse un poco de los *señores*—. Y aquí tienes las llaves, niña.

Me entregó un llavero con dos llaves y un adorno con cabeza de reno. Muy apropiado para el entorno.

—Esta es la llave de la cabaña y esta es de la casa. Los señores me han dicho que tienes libertad para entrar y salir de la casa y permanecer en las zonas comunes, siempre y cuando no interrumpas. Esto último no lo han dicho ellos, pero te lo digo yo. Es mejor que los dejes a su aire. Mi consejo, si no quieres meterte en líos, es que te dediques exclusivamente a los niños, que bastante trabajo tienes ya con eso.

Asentí con la cabeza, bastante incómoda por el consejo de Guadalupe, que me pareció fuera de lugar teniendo en cuenta que apenas llevaba veinte minutos en aquella propiedad.

—Bueno, niña, te dejo que coloques tus cosas y descanses un rato a tu aire. Aquí la cena se sirve a las ocho y media en punto, así que vendré poco después para traerte la tuya. Hoy lo haremos así, pero la cabaña dispone de una pequeña cocina con todo lo necesario para que puedas hacer tus propios menús. Estoy segura de que los Caballero te ofrecerán comer con ellos por pura educación, pero yo, que tú, no aceptaría. Aquí te quedas, niña, que disfrutes de tu estancia.

Se rio en voz alta y emprendió el camino de vuelta a la casa roja. ¡Qué mujer tan... extraña!

Abrí la puerta de la casita y me encontré en un lugar cálido y acogedor. Olía a leña quemada; imaginé que Guadalupe había encendido la chimenea con anterioridad para que se caldeara la estancia. Era un pequeño saloncito con un sofá tapizado en color *beige* sobre el que habían dejado una manta de pelo largo y blanco. En una mesita cuadrada, en el centro, en madera de pino sin tratar descansaba una cesta con frutas de temporada y frutos secos. Había una nota que decía:

Deseamos que sea todo de su agrado y que se sienta a gusto en nuestro

hogar.

Alexander Caballero y Julia Díaz

Al fondo del salón, separada tan solo por una barra americana, estaba la cocina, con el mismo estilo rústico del resto de la cabaña. Una placa de vitrocerámica con dos fogones, un microondas con *grill* , un pequeño frigorífico con nevera y una diminuta encimera que sería más que suficiente para preparar las cuatro comidas mal contadas que sabía cocinar.

Además de la cocina/salón, la cabaña contaba con un cuarto de baño con ducha —una bañera habría sido pedir demasiado— y con un dormitorio con una cama que me pareció una nube de algodón blanca, mullida y calentita que haría las delicias de mis fases REM[1].

Me desplomé satisfecha en el sofá. Aquella cabaña era un sitio idílico donde alojarme, un refugio al que podría acudir a relajarme al acabar mis jornadas con los niños, que ya sabía de antemano que no serían fáciles, al menos con Carolina. Si Rita pudiera verme en esa cabaña de ensueño, se moriría de la envidia. Sonreí al pensarlo. La echaría de menos. Todo iba a ser tan diferente desde aquel momento. Suspiré. Sentía emociones contradictorias. ¿Cómo sería mi vida en la casa roja?

Capítulo 4

LA CHICA NUEVA

No tardé en sentirme como en casa. Deshice las maletas y coloqué mi ropa en el armario del dormitorio. Mi paladar comprobó agradecido que Alexander no mentía cuando decía que Guadalupe preparaba un exquisito pollo a la miel. Hice unas cuantas fotos de la cabaña con el móvil y se las mandé a Rita para que alucinara; me contestó con emoticones sorprendidos y le dije que guardara algunos para cuando le enviara fotos de la casa roja. Cogí mi libro electrónico y me acurruqué en el sofá bajo la manta de pelo blanco, con la esperanza de que la novela de suspense que estaba leyendo dispersara los sentimientos de temor que mi mente albergaba ante mi nueva situación. Para mi sorpresa, a partir de que me acosté en la cama, dormí ocho horas de un tirón.

Me vestí decidida, dispuesta a empezar con buen pie mi primera jornada. Esa mañana quería dedicarla a bajar al pueblo y hacerme con provisiones; tenía que llenar la nevera y las alacenas de la cabaña. Pensé que lo apropiado antes de bajar era pasarme por la casa a dar los buenos días.

La puerta principal de la casa estaba abierta y el señor Caballero salía en ese momento de ella. Vestía un abrigo largo de paño gris y portaba un maletín. ¿A qué se dedicaría? ¿Empresario? ¿Abogado?

—Buenos días, Diana, ¿qué tal ha dormido en la casita?

No tenía pinta de locutor de radio, pero con esa voz podría serlo sin duda.

—Buenos días —saludé aproximándome—. ¡Genial!, la cabaña es

fantástica. Muchas gracias por todo, por la cesta de frutas y por la tarjeta.

—¿Ha desayunado ya? Guadalupe ha preparado tortitas. Entre y desayune con los chicos antes de que se marchen al instituto, así puede tratar con ellos un poco antes de las clases de esta tarde.

—Pensaba bajar al pueblo y hacer una compra, pero la verdad es que me parece una gran idea.

—La bajaría en coche, pero tengo que marcharme ya a una reunión a primera hora a la que no puedo llegar tarde. Discúlpeme. Pero puede bajar luego con Julia y los niños, o pedirle a Guadalupe que la acerque.

—No se preocupe, se lo agradezco, pero había pensado en bajar andando y familiarizarme así con el entorno.

—Así que quiere evitar volver a marearse.

Me había calado.

—Exacto —asentí ruborizada.

—Como quiera, Diana. La veo esta tarde.

Mientras el señor Caballero se marchaba en el Range Rover, yo me adentré tímidamente en la casa haciendo notar mi presencia.

—Buenos días, ¿se puede?

—¡Hola, niña! —Guadalupe me recibió alegre. Vestía un chándal de felpa en color granate. Lo cierto era que en aquella casa pegaba más una típica sirvienta de estilo antiguo con vestido negro, cofia y delantal blanco. Guadalupe, desde luego, no era esa típica sirvienta—. ¿Quieres tortitas? Los niños y la señora Díaz aún están desayunando, pero podemos esperar a que se vayan y zamparnos nosotras las que queden. ¿Cómo lo ves?

—Gracias, Guadalupe, pero había pensado en entrar y saludar a Carolina y a Teo antes de que se fueran al instituto.

—Como quieras, niña. La cocina está al fondo a la derecha, detrás del comedor. Tú misma.

No disimuló su descontento con mi decisión. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

Cuando llegué a la cocina, encontré a los niños desayunando en unos

taburetes altos ubicados junto a una isla principal de mármol blanco. Teo engullía sus tortitas y Carolina mareaba desganada con una pajita un vaso de cola-cao, mientras con la otra mano deslizaba el dedo índice por la pantalla de su móvil. Julia Díaz, en el extremo de la isla más alejado de sus hijos, bebía un vaso de algún mejunje verde, uno de esos batidos de verdura antioxidantes o cualquier cosa del estilo. Imaginé que aquella figura requeriría un esfuerzo alimenticio. Teo fue el primero en advertir mi presencia.

—¡Diana! —Su rostro de niño travieso dibujó una sonrisa que me infundió ánimos.

—Buenos días, que aproveche. Solo quería saludar antes de que os vayáis al instituto.

—Buenos días, Diana. —La sonrisa de Julia no fue tan espontánea como la de su hijo—. Saluda a Diana, Carolina.

Carolina levantó la mirada del móvil y me miró con apatía.

—Hola, Mary Poppins. —dijo y volvió a bajar la vista a la pantalla del teléfono.

—Venga, niños, acabad, que tenemos que irnos ya. ¿Quieres que te acerquemos al pueblo, Diana? Aunque la verdad es que tenemos un poco de prisa.

—No se preocupe, Julia. Pensaba bajar andando, gracias.

—Perfecto. Te esperamos esta tarde a las tres y media en punto en el vestíbulo.

Sin duda le había quitado un peso de encima; tener que bajarme a mí y a mis humildes posaderas no era lo que más le apetecía a la señora de la casa.

—Allí estaré.

Los tres abandonaron la cocina; Teo lo hizo apresuradamente, no sin antes obsequiarme un guiño y una nueva sonrisa.

—Nos vemos luego, señor. Ya sabes, no seas muy plasta.

—Haré todo lo posible, Teo. —Le devolví el guiño.

Carolina y su madre abandonaron la estancia de forma más pausada, sin

mirarme siquiera. ¿Sería Teo adoptado?

Opté por desayunar tortitas con Guadalupe. Realmente era una mujer simpática, le gustaba bromear y contar chascarrillos. Me informó que llevaba seis años trabajando allí, que los jefes tenían sus manías, pero la trataban bien, especialmente Alexander.

—¿A qué se dedican?

—Alexander es abogado. —¡Bingo! Premio para mí—. Trabaja en un importante bufete en la ciudad. Julia es... No sé lo que es. Sé que hace yoga, alfarería y está en una asociación de aburridas mujeres con dinero que se dedican a organizar actos benéficos; eso la mantiene ocupada y lejos de esta casa, por suerte para los pobres mortales como nosotros.

Reí ante su ocurrencia.

—¿Es tan fiera como parece?

—Oye, niña, tengo cosas que hacer, no puedo pasarme la mañana cotilleando. ¿No tienes que bajar al pueblo?

Descifrar si Guadalupe sería cómplice o enemiga en aquella casa iba a requerir grandes dosis de mi energía. Pero llevaba razón: debía bajar al pueblo. Además, me moría de ganas de conocer Zumaque, de conocer el lugar al que el destino había encaminado mis pasos.

Bajar la carretera andando fue más llevadero que subirla en coche. La música sonaba en mis oídos a través de los auriculares del móvil. Me había preparado varias listas de reproducción antes de emprender el viaje. «Momentos nostálgicos», «Sábado noche», «Días de regla» y «A comerse el mundo». Esta última fue la elegida y la canción «500 miles» sonaba en el momento en que mis pies llegaron a las puertas de Zumaque y a sus primeras casas de pizarra. Respiré hondo y el frío de la mañana se coló en mis pulmones revitalizándolos.

Un hombre con aspecto de estar ya jubilado paseaba un pastor alemán en la calle empedrada. No disimuló su sorpresa al verme, tampoco su desagrado.

—Buenos días —saludé con amabilidad, pero el hombre no respondió a mi

saludo. Sí lo hizo, en cambio, su perro, que vino a olisquearme y restregó su hocico en mis vaqueros azules a la par que movía el rabo con un enérgico vaivén. El hombre tiró de la correa con la que sujetaba al can y lo atrajo hacia sí.

—Apártate, Rocky, deja a la forastera.

Tal vez tenía miedo de que la forastera le contagiara un virus desconocido y mortal.

—No se preocupe, es un perro muy simpático. —«No como su dueño», quise añadir, pero no pensé que una discusión con el primer habitante que encontraba fuese la mejor forma de integrarme en el lugar—. Estoy buscando un supermercado o alguna tienda de ultramarinos, algún sitio donde pueda comprar comida. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

El hombre me miró de arriba abajo, cada vez más extrañado.

—¿No has venido a hacerte una foto en el puente?

—Seguramente lo haga. —Hombre antipático del demonio—. Pero primero quiero hacer la compra y echar un vistazo al pueblo.

El presunto jubilado me obsequió una nueva mirada de desprecio antes de señalar el final de una calle empinada, una de las dos en que se bifurcaba el camino desde el punto donde nos hallábamos.

—Al final de la cuesta.

—Gracias, ha sido usted muy amable. —Dejé patente la ironía en el tono. ¡Menudo recibimiento!

Inicié la subida por la calle empedrada que quedaba a mi izquierda. Me prendí de la arquitectura del pueblo, al menos la que podía divisar desde allí. La singularidad del material con que estaban construidas sus casas le daba un aspecto único. Creí estar caminando por otro tiempo, por otro siglo. Observé alguna casa de piedra y alguna de cemento, las más nuevas. Al llegar al final de la cuesta, oteé el horizonte. Los árboles de hojas rojizas circundando la entrada y el pequeño riachuelo bajo el puente de piedra conformaban una estampa idílica. Parecía que el tiempo estuviera detenido en ese instante. No

me había cruzado con nadie en la subida, y el viejo arisco y su perro no se veían ya por ninguna parte. Tuve la sensación de estar perdida en un sueño, en un pueblo fantasma producto de mi imaginación.

—¿Y tú quién coño eres?

Una chica menuda con una melena azabache, digna de los mejores anuncios de champú, explotó una pompa de chicle en sus labios haciéndome brincar del susto. Desde luego las buenas formas no eran el punto fuerte de los zumaqueños. Dejé a un lado mi primer impulso de mandarla a la mierda y procedí a la presentación.

—Hola, soy Diana, Diana Aranda. Soy nueva por aquí y estoy buscando una tienda para comprar comida. ¿Puedes ayudarme?

La chica introdujo de nuevo la goma de mascar en su boca y exhibió una amplia sonrisa.

—¡Qué emocionante! ¡Alguien nuevo en este asco de pueblo! Yo soy Sandra. —Me estampó dos besos en las mejillas; tanta jovialidad y amabilidad inesperada me sorprendieron para bien—. Estás en el lugar correcto. Ven, entra en mi tienda.

La chica tiró de mi brazo y me condujo al interior de un establecimiento de cuya fachada colgaba un letrero en el que, justo antes de entrar, pude leer lo siguiente: «Ultramarinos Rueda».

Se trataba de una tienda modesta de pequeño tamaño pero de espacio muy bien aprovechado. En un rápido vistazo a sus estanterías, comprobé que vendían todo lo que un humano del siglo XXI necesitaba para subsistir: leche, legumbres, mantequilla, latas de conserva, caramelos mentolados y preservativos, entre otras cosas. La típica tienda de comestibles de cada barrio de cada ciudad.

—Así que nueva en el pueblo... —La chica, de unos veinte y pocos años, se colocó tras el mostrador y cogió un mandil de color fucsia que colgaba de unos ganchos en la pared. Cubrió con él su jersey de punto blanco y la parte superior de sus vaqueros, rasgados por la rodilla. En su silueta, aun siendo

menuda y estilizada, predominaban a la vista las caderas y el pecho. Resultaba sexi incluso con el mandil, una prenda de lo más antierótica, a menos que no se llevara nada de ropa bajo ella. Imaginé que debía ser la mujer por la que todos suspiraban en el pueblo—. ¿Y qué hace una chica como tú en un sitio como este? ¡Me moría de ganas de decir esa frase! ¿Es de una peli, no?

—Y también una canción —respondí sonriendo ante su ocurrencia—. Me estoy quedando en la casa de los Caballero.

—¿En la casa roja?!

—Sí, justo allí. Hoy comienzo a dar clases particulares a sus hijos.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba.

Se quedó pensativa unos segundos, con la mirada perdida en algún punto entre la nevera de refrescos y la de los congelados. Yo cogí una cesta de plástico rojo que había en una pila junto al mostrador y comencé a hacerme con los productos de mi lista de compras. Ella continuó hablando.

—Conozco a Carolina, ¿sabes? Somos algo así como amigas.

—Algo así como amigas... —repetí en voz alta, sin que esa hubiera sido mi intención, mientras cogía dos briks de leche desnatada.

—La conozco de la piscina. Soy monitora allí, ¿sabes? No creas que este es mi trabajo principal. Es solo la tienda de mi madre; yo le echo una mano a veces cuando ella no está.

—Entiendo. —Estaba claro que a Sandra le avergonzaba que la gente pensara que ella era solo una dependienta en una pequeña tienda de comestibles—. No tenía ni idea de que hubiera piscina aquí, siendo un pueblo con tan pocos habitantes.

—Somos 1278 habitantes. Perdón, 1279; la semana pasada Charo, la del banco, tuvo una niña. Tenemos una piscina cubierta y un pequeño centro de ocio donde, una vez al mes, se proyecta una película que todo el mundo ha visto ya por internet. Esas son todas nuestras opciones de diversión aquí. Y El cuervo, claro.

—¿Qué es El cuervo? —inquirí mientras depositaba en la cesta un *pack* de

yogures azucarados.

—El *pub* del pueblo, el centro de todo el cotarro los viernes y los sábados. Ya te llevaré allí.

Me guiñó el ojo al decirlo y yo asentí con una sonrisa. Me caía bien. ¡Qué curioso! En los pocos minutos que llevaba en el pueblo, había coincidido con dos personas: una que me había caído rematadamente mal y otra que me había caído de maravilla. Mientras la balanza siguiera equilibrada, todo iría bien.

Sandra siguió charlando mientras yo iba haciendo la compra y constatando mi opinión sobre ella; era pura simpatía y energía. Me aprovisioné de todo lo necesario; en realidad de algo menos de lo que necesitaba, pues ya llevaba dos bolsas bastante pesadas y no podría subir de vuelta andando con tanta carga.

Su madre llegó justo cuando yo estaba pagando.

—Mamá, ella es Diana. Va a darle clases a Carolina y a Teo. Se queda en la casa roja.

La madre se quedó tan pensativa como poco antes se había quedado su hija. Tardó unos segundos en pronunciar sus primeras palabras:

—Trata bien a esos niños.

—Claro, por supuesto que lo haré. —No era la frase que esperaba.

—Oye, ya que ha venido mi madre, ¿te apetece que demos una pequeña vuelta por el pueblo?

Me pareció la mejor idea de todas.

A ofrecimiento de la madre de Sandra, dejé las dos bolsas con la compra en Ultramarinos Rueda para caminar ligera de equipaje por el pueblo en compañía de la pizpireta Sandra.

Bajamos la cuesta por la cara opuesta a la que había subido para llegar a la tienda. Los balcones estaban adornados de macetas con flores moradas, blancas y rojas que destacaban sobre las fachadas oscuras de edificios con tejados a dos aguas.

—Zumaque es un pueblo negro —comentó Sandra mientras miraba mi cara

de boba observando los edificios. Me sobresaltó su afirmación.

—¿Un pueblo negro? ¿Qué quieres decir? —¿Acaso existía un historial de crímenes o extrañas leyendas sobrenaturales de las que nadie me había informado antes de mi llegada?

—Así se llaman a los pueblos de esta zona que están contruidos con pizarra.

—Ah. —Respiré aliviada—. Pensé que tenía una historia negra o algo así.

—¿Una historia negra? ¿Te refieres a crímenes o a sectas satánicas? ¡Ojalá! Así, al menos, tendríamos algo de que hablar en este muermo de sitio.

Al final de la cuesta, llegamos a una plaza redonda presidida por un edificio de dos plantas con un amplio balcón que exhibía cuatro mástiles con banderas. El ayuntamiento. En un rápido vistazo de 360 grados, pude observar que, además del ayuntamiento, en los aledaños de la plaza, había un banco, una tienda de ropa, un estanco, una cafetería y una pequeña iglesia, por supuesto, construida al igual que el resto de edificios de la plaza: con el material estrella de la localidad. Pero aunque lo denominaran «pueblo negro», no era tan negro como marrón. En el centro de la plaza, una fuente de piedra acaparaba el protagonismo; el agua brotaba cantarina de ella. Algunos viejos con sombrero y bastón estaban sentados en los bancos de madera que circundaban el perímetro y rodeaban la fuente a una distancia prudencial para contemplarla sin ser salpicados. En cuanto olfatearon el rastro de la forastera, volvieron sus miradas hacia mí.

—Mira cómo huelen la sangre fresca —susurró Sandra dándome un codazo—. Vas a ser la comidilla las próximas semanas, por suerte, para todos, porque la niña recién nacida de Charo ya perdía fuelle en las conversaciones. Al fin y al cabo, ¿qué hace un bebé aparte de eructar y tirarse pedos? Tú das más juego.

—Estoy segura de que mis pedos y mis eructos son mejores que los de ese bebé.

Sandra rio ante mi broma.

—¡Y además eres graciosa! Nos vamos a llevar bien, Diana Aranda.

—Eso creo, Sandra... ¿Rueda?

—¡Eso es, nena! Vaya, eres más espabilada de lo que pareces.

Sandra me explicó lo que era evidente: que aquella plaza era el meollo de la vida de Zumaque. Con su ayuntamiento, donde todos acudían a solicitar permisos y a quejarse; su iglesia, donde todos acudían a rezar y a quejarse; su banco, donde todos iban a sacar dinero y a quejarse, y la cafetería El Alquimista, donde todos iban a por bollitos de canela y a quejarse del alcalde, del cura y de Damián, el director del banco.

—Vamos a tomar un café en El Alquimista. Tengo ganas de exhibir a la chica nueva.

A pesar del entusiasmo de Sandra, no quería que el tiempo se me echara encima. Quería organizar un poco la cabaña y prepararme para las clases de la tarde. Además, en aquel instante no me sentía preparada para ser la comidilla del pueblo.

—Verás, es que aún me queda un largo camino de regreso montaña arriba y no quiero que se me haga tarde. Pero ¿qué te parece si quedamos mañana por la mañana para tomarnos ese café?

Sandra frunció el ceño y torció la boca en una mueca de disconformidad que permaneció en su rostro unos breves segundos antes de modificar su gesto por otro más amable y entusiasta.

—Vaaaaale. Mañana tengo al grupo de jubilados en la piscina, pero, a partir de las once, estaré libre.

—A las once entonces.

Mi recién estrenada amiga y yo volvimos a subir la cuesta. Paramos en Ultramarinos Rueda para recoger mi compra. Le di las gracias a la madre de Sandra y cogí mis bolsas despidiéndome de ambas, madre e hija. Estando ya casi en la puerta, Sandra comentó algo:

—Yo voy mucho a la casa roja, ¿sabes?

—¡Sandraaaa! —Su madre gritó desde el mostrador de la tienda exhibiendo

unos ojos inyectados de furia. A continuación relajó sus facciones y moduló su tono de voz a uno más suave y mucho más meditado—. No hables tanto. Anda, no quiero que entretengas a Diana, que tendrá muchas cosas que hacer.

Sandra bajó la cabeza arrepentida, tal vez, de sus palabras.

—Mamá, yo solo...

Interrumpió su argumento al observar el movimiento de cabeza de su madre, que, negando con el gesto, la instaba a que no dijera lo que quiera que fuese que tenía que decir.

Yo me despedí apresurada recordando nuestra cita del día siguiente para tomar café y pensando en los motivos que tenía la madre de Sandra para evitar que su hija me hablara de la casa roja.

Capítulo 5

PRIMERA LECCIÓN

A las tres y media en punto, me hallaba en el vestíbulo de la casa. Guadalupe me había abierto la puerta tres minutos antes.

—¿Nerviosa, niña?

—Estoy hecha un flan. —Yo misma me sorprendí de mi sinceridad ante Guadalupe.

Quería aparentar seguridad y profesionalidad. Me había preparado la clase introductoria a conciencia, incluso antes de mi llegada a Zumaque. Quería ser cercana y natural, empatizar con ellos, caerles bien, pero al mismo tiempo debía mostrarme firme y estricta, dejarles claro que teníamos que establecer unas reglas y que debíamos respetarnos de manera mutua. Esa misma mañana, al regresar del pueblo, incorporé un par de anotaciones nuevas en la libreta donde había esquematizado el objetivo y la estructura de las primeras clases. Sobre el papel no parecía difícil, pero a menudo la práctica distaba kilómetros de la teoría.

—Buenas tardes, Diana.

Julia Díaz se materializó en el vestíbulo como un fantasma que se vuelve corpóreo de repente. No pude precisar de cuál de las habitaciones había salido, pero allí estaba, con su pelo rubio recogido nuevamente en una cola de caballo y con la fragancia exquisita de lirios y azucenas que la acompañaba, como a una virgen, como a una reina. Sentí el apremiante deseo de hacerle una

reverencia, como si la orden de que debía hacer una genuflexión emanara de su mirada subyugante. ¿Harían reverencias las institutrices en el siglo XIX?

—Los niños están ya arriba esperándote, en el cuarto de estudios. Yo quería verte antes a solas. —Dirigió una mirada dictatorial a Guadalupe, que se evaporó rumbo a la cocina acatando el mandato implícito de su majestad. Cuando se aseguró de que no la oía, continuó—: No creo en esto, ¿sabes? —La miré desconcertada, intentando elucubrar a qué se estaba refiriendo—. Tu presencia aquí no ha sido cosa mía.

—Pero el anuncio...

—El anuncio fue cosa de mi marido, y yo diría que ni siquiera fue cosa suya. Está cansado de la actitud de Carolina y no quiere que Teo se eche a perder; ha bajado su rendimiento últimamente. Cree que les vendrá bien más horas de estudio y, sobre todo, quiere alejarlos del pueblo, no quiere verlos zanganear.

—¿Y no es eso también lo que usted quiere? —me atreví a preguntar.

—Carolina tiene dieciséis años, será una borde consentida durante unos cuantos años más con clases o sin ellas, y Teo es un niño perfectamente normal. No te necesitan.

Sentí un calor sofocante apoderándose de mi cara, estaba indignada y avergonzada al mismo tiempo. Quise discrepar o al menos emitir algún sonido, hilvanar una frase con sentido que justificara mi presencia allí. Julia no me dio opción.

—Pero ya estás aquí. Accedí a la pantomima de la institutriz. Imagino que Alexander ya te habrá soltado su discurso sobre la disciplina y la moral, pero no quiero que interpretes el papel de Julie Andrews; esto no es *Sonrisas y lágrimas*. Lo único que quiero es que te limites a darles clases de refuerzo a mis hijos. Esa es tu única función aquí.

—Por supuesto —afirmé con el enojo visible de mi orgullo herido—. No pienso extralimitarme en mis funciones, nunca se me habría ocurrido. Yo no soy Julie Andrews, no sé cantar.

Recibí una mirada fulminante como réplica. Julia Díaz giró su cuello noventa

grados en dirección a la cocina y lanzó una nueva orden al aire.

—¡Guadalupe! ¡Acompaña a Diana al cuarto de estudios!

Guadalupe ejecutó el mandato y lo hizo mirándome con desaprobación y negando con la cabeza conforme subíamos las escaleras y recorríamos el pasillo que quedaba a mano izquierda. Había oído nuestra conversación.

—Nunca le llesves la contraria —dijo en voz baja justo antes de abrirme la puerta del cuarto de estudios.

La habitación destinada a impartir las clases era una estancia amplia y luminosa. Uno de los amplios ventanales de madera blanca que se divisaban desde el exterior correspondía a esa sala, y los tímidos rayos de sol que pretendían calentar el frío otoño de Zumaque brillaban allí con agradable intensidad. En el lateral derecho habían colgado una pizarra blanca y en el izquierdo habían colocado dos escritorios medianos. En uno de ellos Teo doblaba una hoja de cuadros arrancada de su cuaderno y pretendía convertirla en un avión. Su pelo rojo resplandecía a la luz. Carolina estaba sentada sobre el alféizar de la ventana, que tenía las dimensiones apropiadas para ejercer de banco y estaba decorado con bonitos cojines malvas. Con las piernas dobladas sobre el poyete y con la mirada clavada en el teléfono móvil que portaba en la mano derecha, Carolina exhibía su larga cabellera de puntas tintadas en rosa. El *piercing* de su nariz, en contacto con el haz de luz, dibujaba en la pared efectos caleidoscópicos. Parecía un hada que ignora su magia.

Respiré hondo. Allá iba.

—Buenas tardes, chicos.

Teo volvió la vista hacia mí justo después de acabar su trabajo de aeromodelismo.

—Hola, Diana, ¿te apetece un viajecito en avión? —preguntó con su sonrisa de brillos metálicos a la par que lanzaba el artilugio de papel que, pese a un buen despegue, no consiguió volar más de un metro y medio antes de estamparse contra la moqueta.

—Un viaje en avión suena apetecible, pero mejor lo dejamos para otro

momento, ¿te parece?

Teo, con los codos apoyados en la mesa, resopló a modo de respuesta acomodando las mejillas entre las manos en señal de aburrida resignación.

Carolina no apartó los ojos de la pantalla de su móvil ni cambió un ápice su postura.

—Carolina, ¿te importaría dejar el teléfono móvil mientras estemos con las clases?

Levantó al fin la cabeza y me miró desafiante.

—Pues sí, Mary Poppins, me importaría. Es más: no pienso hacerlo.

—De acuerdo, hoy puedes tenerlo. Será una clase de presentación, para conocernos un poco.

—¡No es justo! —replicó Teo—. ¿Ella puede mirar el móvil y yo no puedo hacer aviones?

—Llevas razón, Teo. —Asentí con la cabeza—. Hoy puedes, si quieres, hacer aviones mientras vamos charlando un poco.

No quería mostrarme inflexible el primer día, ya habría tiempo de establecer las normas cuando consiguiera un poco de su confianza, que era evidente que no iba a ser fácil.

—¿Alguien quiere comenzar con las presentaciones? —Miré alternativamente a ambos. Teo arrancaba una nueva hoja de papel de su cuaderno y Carolina deslizaba su índice por la pantalla del teléfono—. ¿Nadie? Está bien, yo empiezo. Como ya sabéis me llamo Diana Aranda, vengo de un pueblo en el sur; es un poco más grande que Zumaque, es bastante más grande en realidad.

—¿Tiene playa?

La curiosidad de Teo y el hecho de haber captado su atención me infundió un poco de esperanza.

—Sí, tiene playa.

—¡Jo!, qué suerte. Yo quiero vivir en un sitio con playa para poder ir todos los días, ¡me encanta saltar las olas! Este pueblo es un rollo.

—Todo tiene su lado bueno y su lado malo. Por ejemplo, en mi pueblo nunca nieva.

—¿Nunca? —Teo estaba asombrado de veras.

—Nunca, hace demasiado calor para eso.

—¿Entonces nunca has hecho muñecos de nieve en la puerta de tu casa?

—Nunca jamás.

—¿Y tampoco has hecho guerras de bolas de nieve al salir del cole? —
continuó preguntando incrédulo.

—Pues no, y la verdad que es algo que me habría encantado experimentar.

Teo levantó el mentón y se quedó mirando un punto fijo de la pared, pensando tal vez que, a lo mejor, su pueblo no era tan rollo como había pensado. Continué con mi presentación.

—Estudié magisterio, pero trabajaba de dependienta en una tienda antes de venir aquí. —Escuché murmurar «fracasada» a Carolina, que seguía sin prestar atención nada más que a su dichoso teléfono, pero decidí ignorarla, a ella y a la punzada de dolor que me había provocado su afirmación—. Me gustan las novelas de suspense, las series americanas y los Risketos. ¿Sabéis lo que son? Son esos palitos de maíz de color naranja chillón que...

De repente, Teo se cruzó de brazos y le dio un puntapié al escritorio. Segundos después escondió la cabeza bajo el cuello de su amplio jersey de punto trenzado y se puso a llorar.

Carolina reaccionó al ver la frustración de su hermano y acudió rauda en su ayuda.

—Eh, venga, no seas tonto —lo consoló y seguidamente me dedicó una de esas miradas de asco antes de insultarme, por segunda vez—. Eres idiota.

Incapaz de asimilar lo que acababa de suceder, me acerqué a Teo intentado solucionar algo, lo que fuese, o al menos comprenderlo.

—Teo, ¿qué te ocurre? ¿Es algo que he dicho?

—¡Pues claro que es algo que has dicho, boba! —me interpeló Carolina.

Teo emergió de su jersey cual avestruz de su agujero en la tierra, se limpió

las lágrimas con las mangas y se sorbió la nariz.

—Déjalo, Carolina. Ya está, ella no lo sabía.

Lo miré sin comprender.

—En el colegio algunos me llaman Risketo, por mi pelo. Son unos idiotas.

Allí estaba yo, metiendo la pata hasta el fondo en mi primer día de trabajo, mencionando en mi presentación el apodo descalificativo que utilizaban para meterse con mi alumno, el único de los dos que mostraba cierto interés por mi persona.

—Tal vez no lo hagan para meterse contigo; a lo mejor es una forma de alabarte. A mí me encantan los Risketos, no me importaría que me llamaran «la Risketos».

—¡Por favor! —exclamó Carolina indignada desde el alféizar, donde había vuelto a sentarse—. Anda, haznos un favor y cállate la boca o, mejor aún, coge tu apestosa maleta y vuelve a tu pueblo con playa y a tu patética vida de fracasada.

Intenté disimular el golpe de calor que estaba sufriendo y contuve las lágrimas que sentía agolparse en mis ojos. Con gusto le hubiera hecho ese favor a Carolina. Me habría dado la vuelta y habría dejado allí a esos dos niños, que no me necesitaban —como bien había dicho su madre—, y habría regresado a mi otra patética vida, donde al menos hacía calor. Pero, entonces, Teo volvió a lanzarme un capote y, en mitad del incómodo silencio que se había establecido, él se levantó resuelto de su silla y anunció:

—Bueno, ahora me toca a mí. ¿Seguimos con las presentaciones, no?

Reprimí mi deseo de abrazarlo. Bendito niño pelirrojo.

—Así es, Teo, es tu turno —intenté tranquilizarme.

—Me llamo Teo, tengo doce años, me gustan las galletitas saladas y jugar al fútbol con mis amigos, aunque me gustaría poder hacerlo con más frecuencia.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté deseosa de que la presentación siguiera fluyendo.

—Pues que vivo aquí, en esta estúpida casa, lejos de todo. Muchas veces

mis padres no están y Guadalupe no puede bajarme al pueblo.

—Bueno, pues habrá que hacer algo al respecto. —Una idea comenzaba a materializarse en mi mente.

—¡JA! —Carolina y su sarcasmo reaparecieron—. ¡Ya ha aparecido sor Diana! Va a obrar el milagro y va a conseguir que todos los males de esta casa desaparezcan.

La ignoré una vez más y, como si no hubiera oído una sola de sus palabras, me dirigí a ella.

—Y tú, Carolina, ¿te apetece presentarte?

—Por supuesto. Me llamo Carolina, tengo dieciséis años y estoy hasta las narices de esta casa, de mis padres y especialmente de la niñera coñazo con aspiraciones a monja que mi padre nos ha impuesto. ¿Está bien así, Mary Poppins? —preguntó con una sonrisa triunfante.

—Está perfecto, Carolina. Gracias.

Procuré continuar con la clase lo mejor que pude, esquivando las esporádicas pullas que Carolina lanzaba desde el alféizar sin dejar de mirar el móvil, con la colaboración inestimable de Teo, que participaba de los juegos y actividades que yo iba proponiendo. Poco a poco me fui enterando de sus asignaturas favoritas, Matemáticas y Ciencias, y de aquellas que se le atragantaban, Lengua e Historia. También me ayudó Teo, ejerciendo por voluntad propia y sin el consentimiento de ella, como portavoz de Carolina. Así pude enterarme de que la adolescente borde escondía una vena artística que la llevaba a destacar en todo lo relacionado con el arte y de que aprobaba raspando el resto de asignaturas, con algún que otro suspenso ocasional. Estas afirmaciones sobre ella le costaron a Teo dos collejas y una patada en la espinilla.

La clase fue avanzando con mayor o menor fortuna dependiendo del momento y, a cinco minutos de finalizar, dos toques en la puerta del cuarto precedieron al aroma de lavanda y cítricos.

—Buenas tardes, siento la interrupción. ¿Qué tal ha ido la clase?

El señor Caballero entraba en la estancia y mi corazón galopaba desbocado. Su sola presencia me ponía nerviosa. Era más amable y educado que su esposa —de eso no cabía duda—, pero era igual de altivo y emanaba ese aire de superioridad que me imponía y me disgustaba.

Preguntaba cómo había ido la clase y, si yo hubiera sido sincera y me hubiese dejado llevar por mis emociones, me habría echado a llorar de rodillas en el suelo y le habría confesado que todo lo que yo quería era irme de allí, de esa estúpida casa roja y no volver a verlos nunca más, ni a él, ni a su mujer, ni a su hija. Pero luego estaba Teo...

—Pues yo diría que no ha ido mal, con algún que otro altibajo, pero en general hemos dado algunos pasitos hacia delante. ¿No creéis, chicos?

Teo asintió decidido y sonriente. Carolina, mientras se bajaba del banco de la ventana en dirección a la puerta, dijo:

—Ha sido una mierda de las gordas.

Su padre le exigió disculpas y ella se disculpó.

—Lo siento, Mary Poppins.

Dicho lo cual desapareció tras la puerta, seguida de Teo, que me regaló un guiño de despedida.

—Sé que tiene un arduo trabajo por delante con Carolina, espero que pueda lidiar con ella.

—Poco a poco, Alexander, no se preocupe.

Quise decirle que lo que me resultaba realmente aterrador era lidiar con su mujer, no con Carolina. Aunque me temía que, si nadie conseguía sacarla de su cinismo, acabara siendo una mujer despreciable como su madre.

—Nos alegramos mucho de que esté con nosotros, Diana.

Me miró con sus intensos ojos verdes al mentirme. ¿Nos? Estaba claro que, como mucho, se alegraba él y tampoco estaba muy segura de ello. Le di las gracias y me despedí de él aspirando las últimas notas de lavanda antes de irme.

Capítulo 6

EL ALQUIMISTA

A las once de la mañana en punto, me encontraba en Ultramarinos Rueda, concretamente al lado de la estantería de las galletas y las chocolatinas, junto al mostrador donde la madre de Sandra, Lucía Estévez, me informaba que su hija aún no había regresado de la piscina, que no tardaría en hacerlo, aunque la puntualidad —según me informó— no era una de sus virtudes. Observé a la mujer mientras ella se dedicaba a abrir paquetitos transparentes con monedas de diferentes valores y a depositarlas en el compartimiento correspondiente de la caja registradora. Hacía esfuerzos por resultar amable, pero estaba incómoda. Los labios secos, que humedecía una y otra vez, y un tic nervioso en el pie derecho, que la obligaba a taconear sobre el suelo repetidamente, la delataban. Era joven; supuse que debía tener, más o menos, la edad actual de Sandra cuando la tuvo, pero su cutis exhibía unas profundas patas de gallo y unos marcados surcos junto a los labios. Su cuello, en cambio, mostraba su edad real: cuarenta y pocos. Los cuellos no mentían, ni para bien ni para mal.

—¿Son amables contigo en la casa roja?

Me pareció que Lucía Estévez había formulado la pregunta con un gran esfuerzo, como si hubiera tenido que luchar con personas invisibles en miniatura que le cosían los labios para que no lo hiciera.

—Sí, lo son. —Pensé en Julia Díaz después de contestar—. Bueno, unos más que otros. Alexander es más amable. Es un hombre muy educado y muy

correcto.

Las monedas de veinte céntimos que Lucía manejaba en aquellos instantes cayeron de improviso y se desperdigaron por el suelo sin piedad.

—¡Menuda torpe estoy hecha! —exclamó la madre de Sandra.

—La ayudaré a buscarlas.

Conseguimos rescatar un gran número de monedas antes de que Sandra hiciera acto de presencia. Cuando lo hizo, nos encontró a su madre y a mí de cuclillas en la tienda.

—¿Qué hacéis vosotras dos por los suelos? —preguntó divertida.

Tuve la impresión de que la presencia de Sandra era capaz de darle luz a cualquier lugar; alegraría, incluso, un funeral.

Nos despedimos de la señora Estévez e iniciamos la marcha cuesta abajo rumbo a El Alquimista y sus bollos de canela. De nuevo hacía frío, un frío que entraba como una descarga por las falanges y se colaba bajo mi abrigo de pelo blanco y mi jersey morado de cuello vuelto, convirtiendo mi sangre en escarcha, aunque solo yo parecía sentirlo. Lo iba estrenando todo, también unas botas marrones con pelo de borreguito por dentro y las orejeras rosas. «¡Tía, cómo molan tus orejeras!», había exclamado Sandra al verlas y yo no había podido descifrar si de verdad le gustaban o solo se burlaba de mí.

La fachada de El Alquimista era, por supuesto, de pizarra, pero su letrero verde con letras moradas destacaba y le otorgaba un aspecto moderno a diferencia del resto del pueblo. Del mismo modo, la moldura de madera blanca en puerta y ventanas contrastaba y aportaba calidez. Tres mesitas cuadradas de color blanco, con dos sillas verdes cada una, invitaban a sentarse en el exterior de la cafetería. Debían ser unas mesas muy codiciadas en la época estival, pero en el otoño zumaqueño había que ser tan valiente como lo eran los viejos con sombrero que adornaban los bancos de la plaza para plantar las posaderas en aquellas sillas. Sandra empujó la puerta de cristal y el tintineo de la campanilla de entrada nos anunció. Yo entré tras ella, en un cobarde segundo lugar. Todos los pares de ojos de la docena aproximada

de personas que se hallaban en el lugar se posaron inquisitoriamente en mí. Me sentí estúpida en mi ropa divina de la muerte, totalmente fuera de lugar entre aquellas personas con pantalones recios y chamarretas de pana, que me miraban sin disimulo y sin sonrisas.

—¡Buenos días, gente! —saludó Sandra haciendo gala de su simpatía.

Algunos respondieron a su saludo con otro similar, otros lo hicieron levantando la cabeza y una mujer entrada en carnes que se llevaba uno de los famosos bollos de canela a la boca preguntó desde una esquina de la barra.

—¿Quién es tu amiga, Sandra?

—Es Diana, les va a dar clases a los niños de los Caballero —contestó Sandra mientras me exhibía orgullosa como a una nueva atracción de feria.

—¡Suerte con eso, pequeña! —gritó la mujer desde la barra.

Verbalicé un «gracias» apenas audible, abrumada como estaba, al saberme centro de todas las miradas.

—¡Así que tú eres la famosa Diana! Ya tenía ganas de conocerte.

Aquellas frases pronunciadas con un tono amable y jovial procedían de detrás de la barra. Un joven castaño de pelo ondulado y ojos color miel me daba la bienvenida con una sonrisa de dientes blancos perfectamente alineados; tan solo un pequeño roto, apenas perceptible, en uno de los dientes superiores, rompía la armonía de su dentadura haciéndola todavía más humana y atractiva.

Vaya, vaya, si tenemos aquí al surfista de Facebook.

El aire desenfadado que mostraba en aquella foto de perfil que Rita me había enseñado no era simple postureo. Era real, emanaba buen rollo y cordialidad. Admito que esperaba encontrármelo en el pueblo, pero no tan pronto y menos al frente de aquella coqueta cafetería. Fue una agradable sorpresa.

—No sabía que era ya tan popular en el pueblo, ¡si acabo de llegar! ¿Quién se ha ido de la lengua? —bromeé mirando a Sandra.

—Mea culpa. —La acusada levantó su mano derecha solicitando el perdón.

—Pues yo soy Dani —contestó decidido saliendo de la barra y dirigiéndose

a mi persona—. Encantado de conocerte. —Y me plantó dos besos que me dejaron una marca gustosa en la mejilla, como la sal que se impregna en el cuerpo al salir del mar.

—Te advierto algo, Diana —intervino Sandra—. No sucumbas a sus encantos; detrás de esa mirada de niño bueno y esa sonrisa de cordero degollado, acecha un depredador. Cuídate del lobo.

Sandra le guiñó un ojo a Dani, que le rio la broma divertido.

—Ay, Sandrita, que me vas a dejar en mal lugar, mujer. No creas una sola palabra. Es ella la que camina por el pueblo destrozando corazones.

El flirteo mutuo me hizo pensar que aquellos dos o se iban a liar o ya lo habían hecho.

—Es un placer tenerte por aquí, ya tenemos demasiados viejos en el pueblo. —Volvió a sonreírme y yo dejé caer mis párpados de manera inconsciente; puede que su sonrisa me hubiera puesto un poquito nerviosa—. Pedid lo que queráis, chicas, hoy invita la casa.

Un bollo de canela y dos cafés con leche más tarde, Sandra me había contado más cositas sobre el pueblo y sobre ella misma. Había nacido allí, su padre las abandonó a ella y a su madre cuando Sandra apenas tenía tres años. De aquella tragedia en sus vidas, ella no recordaba nada y nunca le había afectado, más allá de las madrugadas en las que los quedos sollozos de su madre la habían desvelado. También le molestaba que, en ocasiones, algunas personas la miraran como a la niña desvalida a la que habían abandonado. «¡Ni soy una niña, ni estoy desvalida!», había exclamado tras el penúltimo sorbo de café y yo había intentado no poner cara de pena para que no me escupiera los restos de cafeína. Después de abrirme su corazón de aquella manera, tuve que hablarle sobre mi propia tragedia. Tuve que decirle que mis padres habían muerto al regresar de su segunda luna de miel y evité escupirle el café cuando ella me puso cara de pena. En aquel instante se forjó un nuevo vínculo entre nosotras, más profundo que el mero hecho de haber coincidido por casualidad en el pueblo; éramos la huérfana y la abandonada que no

querían ser solo eso ante los ojos de los demás. Fuimos conscientes de que habíamos forjado, en apenas dos cafés, una amistad verdadera; ignorábamos, en cambio, que nuestro destino había quedado unido y sellado de forma siniestra.

—Tengo que irme ya —anuncié.

—Sí, yo también. Tengo que volver a la tienda y echarle una mano a mi madre, pero hoy no puedes irte sin tu *selfie* en el puente.

Accedí a la propuesta de Sandra. Tenía ganas de hacerlo desde que, dos días atrás, el señor Caballero hubiera detenido junto a él su Range Rover y me hubiera hablado sobre su romántico nombre.

Me acerqué a la barra para darle las gracias a Dani y despedirme.

—Espero volver a verte pronto por aquí, Diana.

Imaginé a Rita tirándosele en la biblioteca de Psicología y sentí celos.

—Después de haber probado los bollos y el café, mucho me temo que tendrás que echarme a patadas de aquí más de un día.

Rio y alrededor de sus ojos se formaron unas arruguitas pequeñas y adorables. Me imaginé a Sandra tirándosele sobre aquella barra. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Tomamos dirección sur hacia el Puente de los Sueños Olvidados. Ya no sentía tanto frío, casi sentía calor. Pero no era cosa del tiempo climatológico, más bien era el calor de mi nueva amistad con Sandra y el encuentro con Dani. Me sentía a gusto, comfortable, como si la tarde anterior en la casa roja hubiera sido un mal trago lejano.

Llegamos al puente en escasos diez minutos; desde allí el pueblo se alzaba orgulloso en la montaña. El puente no era muy grande, lo suficiente para cruzar el arroyo de pequeñas dimensiones que fluía bajo él. Las hojas caídas de los árboles colindantes bañaban las frías aguas del arroyo de tonos marrones y rojizos. Respiré la naturaleza a mi alrededor.

—Venga, Diana, vamos a por esa *selfie*.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo de mi abrigo, pulsé el icono de la

cámara y activé el modo *selfie*. El temporizador comenzó la cuenta atrás de tres segundos, mientras Sandra y yo juntábamos nuestras melenas, la rubia y la morena, la huérfana y la abandonada, la treintañera y la veinteañera: dos nuevas amigas poniendo morritos en el Puente de los Sueños Olvidados.

—¿Cuál es tu sueño, Sandra? —pregunté después de media docena de autofotos.

—¿Mi sueño? —Se dio dos segundos antes de responder—. ¡Ser feliz! Ser feliz y disfrutar de la vida. ¿No es ese el sueño de todo el mundo?

—Supongo que sí. ¿Ahora no lo eres?

—¡Pues claro que sí, tonta! Pero hemos venido al puente a hacernos *selfies* y no a comernos la olla. Venga, una más y nos vamos.

Capítulo 7

PENSAMIENTOS RENOVADOS

Los siguientes días no fueron fáciles. Mi segunda clase con los niños no mejoró con respecto a la primera. Tampoco la tercera, ni la cuarta. Carolina continuó enfrascada en su pequeño aparato mientras mascullaba ofensas hacia mi persona. Teo mostraba cierto interés, pero se distraía con frecuencia. El quinto día de clases decidí que era el momento de establecer las normas. Las había escrito en la pizarra blanca del cuarto de estudio antes de que llegaran.

Normas de clase

Nos saludamos, nos despedimos y nos tratamos con respeto.

Se prohíbe el uso de móviles y dispositivos electrónicos durante la clase.

Cada día contaremos lo peor y lo mejor de nuestra jornada.

Carolina soltó una carcajada al verlas.

—¿En serio, Mary Poppins? —preguntó desdeñosa.

Se llevó la mano al bolsillo trasero de sus tejanos ceñidos para echar mano de su móvil, pero no encontró nada en él. Mary Poppins guardaba un as bajo la manga. Buscó en el suelo y corrió a la puerta despavorida en busca de su teléfono, pero la puerta estaba cerrada con llave desde fuera. «¡Maldita sea, niña! Como me meta en un follón por tu culpa, me las vas a pagar», había amenazado Guadalupe justo después de acceder a colaborar conmigo. Ella se

había encargado de extraerle el móvil del pantalón a Carolina justo antes del comienzo de las clases y había cerrado la puerta con llave cuando los tres ya estábamos dentro.

—¡Tú! ¡Esto es cosa tuya! ¿Dónde está mi teléfono?

Era como un león enjaulado al que acababan de robarle el alimento. Tal vez hubiera ido demasiado lejos con aquello del móvil, me había arriesgado a una reacción violenta por parte de Carolina, pero me mantuve firme y confiada en que no era un león tan fiero como lo pintaban.

—A buen recaudo. En cuanto acabemos la clase, lo recuperarás. — Concretamente estaba en una silla en el pasillo justo a la salida de la habitación, donde había acordado con Guadalupe que lo dejara—. Tienes que saber que, a partir de ahora, cada vez que utilices el móvil en estas clases, se te castigará con una hora menos de estar con tus amigas.

Aquello era el farol más grande que jamás me había marcado. Ni el señor Caballero, y mucho menos la señora Díaz, sabía nada de aquello. Pensaba decírselo, al menos a él, pero aún no me había atrevido. Era consciente de que podían ponerme de patitas en la calle si se enteraban de mi engaño, pero tenía que intentarlo.

—Te acordarás de esto —amenazó Carolina.

La mayor parte del resto de la clase transcurrió con los deberes de Teo. Él iba haciendo las tareas para casa, yo se las corregía y le explicaba de nuevo aquellas partes de la lección que no comprendía. Animé a Carolina a hacerlo, pero ella prefirió estar cruzada de brazos observando con el ceño fruncido la vida que escapaba tras la ventana. Pese a ello, yo le explicaba las materias en las que flojeaba, en un monólogo al aire que ella ignoraba. Tardó una hora en sacar un cuaderno de su mochila y ponerse a terminar unos ejercicios de matemáticas. Sonreí para mis adentros. Al fin un pequeño gesto, una pequeña victoria.

Al margen de las clases, la vida allí era extraña. Por un lado, me incomodaba entrar en la casa roja. La evitaba todo lo posible, tan solo me

acercaba por allí cuando tenía que dar clases y, en cuanto acababa, huía despavorida de la mansión. Mi horario no era igual todos los días. Tenía que ajustarme al horario de los niños, a sus actividades extraescolares o a sus eventos. Lo habitual eran dos horas cada tarde, pero a veces eran tres y otras veces, tan solo una hora. Coincidió con Julia cada vez que llegaba para dar las clases. Guadalupe me abrió la puerta de roble; jamás se me hubiera ocurrido abrirla yo misma con la llave. Ella me recibía y, cuando accedía al vestíbulo, Julia Díaz levantaba la mirada de la revista de decoración que portaba en sus manos, sentada sobre un sillón de la sala de estar, asegurándose de que la institutriz de pacotilla llegara puntual a su trabajo de cascarilla. Yo la saludaba con un «buenas tardes» y ella me respondía del mismo modo con su mirada glacial.

Coincidir con Alexander Caballero era más difícil. De hecho, solo nos habíamos cruzado en una ocasión desde el primer día de clases. Fue una tarde cuando salía de la casa roja; él acababa de llegar, bajaba del coche con su abrigo gris de paño y su maletín de piel.

—Buenas tardes, Diana, ¿todo bien con los chicos?

—Sí, todo bien —mentí—. Como ya sabemos, requerirá algo de tiempo ganarme el aprecio de ambos.

No supe si acercarme a él, para alargar así la conversación, o continuar en dirección contraria hacia el refugio de la casita. Él tomó la decisión por mí y se colocó frente a mí. Tragué saliva.

—En realidad, yo diría que el aprecio de Teo lo tiene ya ganado.

Y, entonces, para mi total perplejidad, me guiñó un ojo cómplice, del mismo modo en que lo hacía su hijo, de esa forma adorable que te conquistaba. Debí notar mi turbación hacia su guiño porque, en una fracción de segundo, abandonó la camaradería para volver a meterse en la piel del abogado estirado.

—Que pase buena noche, Diana.

Y conforme lo dijo, se alejó de mí y caminó deprisa hacia la puerta principal.

—Igualmente —acerté a decir de nuevo contrariada. ¡Aquella familia necesitaba un bono especial para el psicólogo!

La incomodidad que conllevaba mis visitas a la casa roja era compensada por la calidez de mi refugio de montaña. En la casita me sentía protegida y a gusto. Preparaba mis comidas y, después de la cena, me acurrucaba en el sofá bajo la manta de pelo blanco, escuchando el crepitar del fuego de la chimenea, inmersa en la lectura o enfrascada en alguna serie —dependiendo de la noche—, procurando olvidarme de los avatares de la tarde.

Por las mañanas había bajado al pueblo en tres ocasiones. Lo había hecho andando; el trayecto me llevaba media hora y algo más a la subida, pero aun así lo prefería a bajar en coche. Por eso intentaba salir después de que los Caballero Díaz se hubiesen marchado ya a sus quehaceres fuera de la casa. Guadalupe siempre estaba observando desde alguna ventana y, en cuanto me veía enfilar el camino al pueblo, la abría para gritarme: «¡Estás loca, niña!», comentario que yo me limitaba a responder con un «Buenos días, Guadalupe, nos vemos más tarde».

Las tres veces había ido a El Alquimista; las dos primeras, en compañía de Sandra, y la última, sin ella, pues a última hora le habían cambiado el turno en la piscina municipal. Ese día, Dani había aprovechado que los clientes estaban ya servidos para sentarse conmigo en la mesa donde degustaba mi café con leche.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo es ese matrimonio? ¿Son tan estirados como parecen? —Lo preguntó a la par que se colocaba un trapo de cuadros azules

y blancos que utilizaba para secar los vasos sobre su hombro y me miraba fijamente con sus ojos miel.

Asentí con la cabeza mientras mis labios se adherían con fuerza al filo de la taza de café y mis ojos bajaban la mirada al suelo, de baldosas combinadas en blanco y negro. Debía procurar que no se me notara lo atractivo que me resultaba, pues sabía nada apenas de él y aún no me había atrevido a preguntarle a Sandra si había algo entre los dos.

—¿Es qué no los conoces? Es decir, ¿no bajan al pueblo nunca? —me decidí a preguntar.

—¿Esos dos? Esos dos no pegan nada aquí, se creen que están por encima de todos. Los recados los hace Guadalupe. Ellos bajan cuando no tienen más remedio, cuando hay carreras de natación en las que participa Carolina y en las fiestas mayores, cuando todo el mundo se deja ver.

—Pero yo pensé que eran de aquí, que habían nacido en el pueblo.

—Alexander sí. Es bastante mayor que yo, diez o doce años, pero recuerdo haberlo visto, cuando yo era pequeño, en el polideportivo; solía jugar al baloncesto con sus colegas. Era un tipo normal que solía volver locas a las de su edad; supongo que por eso debe ser medio inglés. —«Así que medio inglés —pensé—; de ahí su nombre, más propio de un culebrón». —Después se marchó a la universidad y, algunos años más tarde, regresó aquí con Julia. ¡Toda una belleza! —Asentí resignada—. Pero una belleza antipática y malhumorada.

—Así que siempre ha sido así de borde...

—Puede que no siempre pero, en cuanto compraron y reformaron la casa roja, creyeron convertirse en los reyes de Zumaque o algo así.

La conversación con Dani me resultaba placentera. Era un chico sencillo que no se andaba con rodeos. Me gustaba escucharlo hablar, sentía una conexión con él. Me estuvo contando muchas cosas interesantes sobre el lugar que me acogía. Yo intentaba prestarle atención y no despistarme pensando en ensortijar con mis dedos los mechones ondulados de su pelo.

Me habló de él, me contó que había pasado varios años alejado de Zumaque, que tenía un buen trabajo en la ciudad, pero que estaba agobiado, que necesitaba una vida sencilla que lo librara del estrés y había decidido volver al pueblo a pesar de que, hacía varios años, su familia había emigrado. Comenzó a trabajar en la vieja cafetería del pueblo; el dueño era amigo de su padre, pero estaba enfermo y, en apenas nueve meses, falleció. El hombre, soltero y sin hijos, le había legado en su testamento la cafetería a Dani, para su propia sorpresa. Él la reformó y la convirtió en El Alquimista, un pequeño reducto de modernidad de estilo vintage en mitad del anticuado Zumaque.

No me pude reprimir las ganas por más tiempo y le hice una confesión.

—En realidad, si yo estoy aquí, es por ti.

*Se irguió de golpe en la silla, echando los hombros hacia atrás y abriendo su pecho, una posición de defensa que creyó un ataque inesperado. Me eché a reír, consciente de que mi afirmación había sonado a loca acosadora tipo Glenn Close en *Atracción fatal*.*

—Tranquilo, no soy ninguna chiflada. —Pareció relajar el semblante; ahora, en lugar de sorprendido, se encontraba intrigado. —Supe de la oferta de trabajo de los Caballero gracias a que tú compartiste el anuncio en Facebook y llegó a manos de una amiga, que pensó que era justo lo que yo necesitaba.

Volví a pensar en Rita tirándosele en la biblioteca. Dani permaneció en silencio, como si esperara que yo dijese algo más, pero no lo dije y él al fin reaccionó.

—¡Qué fuerte! Uno comparte ese tipo de cosas y no imagina la repercusión que puede tener en otra persona. Así que, gracias a eso, estamos tú y yo hoy aquí charlando.

—Así es.

—Pues me alegro mucho de haberlo compartido. —Exhibió al fin su casi perfecta sonrisa—. Entonces estás en deuda conmigo.

—Supongo —dije nada convencida.

—Para pagar la deuda sugiero que vengas por aquí mucho más a menudo, con o sin Sandra. ¿Te parece justo?

—Al fin una deuda que me apetece pagar. —Sonreí sin querer evitar el flirteo.

Esa misma noche, acurrucada ya bajo la manta de pelo y a través de videollamada, le conté a Rita mi conversación con Dani. «¡Serás guarra! ¡Ni siquiera le mencionaste mi nombre! El frío te ha vuelto un putón», me dijo. Echaba de menos sus bromas descaradas y nuestros viernes de chicas pero, si lo pensaba con detenimiento, era casi lo único que echaba de menos. Desde mi llegada a Zumaque, mis pensamientos se habían centrado en sus habitantes, en los que había conocido hasta la fecha. No había desperdiciado ni un solo instante en pensar en el traidor de mi ex, ni en el baboso de mi antiguo jefe. El cambio de aires, por gélido que había sido, me estaba sentando francamente bien.

Capítulo 8

EL ULULAR DEL BÚHO

En la tercera semana desde mi llegada, ocurrió algo, algo extraño. Yo había regresado de una nueva jornada deprimente como profesora particular en la casa roja. Aunque los pequeños progresos eran evidentes, pues Teo había mejorado sus notas en Lengua y Carolina me había dirigido un par de frases sin insultos de por medio, eran demasiado lentos para mi espíritu impaciente. Había puesto a hervir unas cintas nido para mi cena en la pequeña cocina de la casita y, mientras removía la pasta con la espátula de madera, leía abstraída *El aviso*, la última novela de suspense que había llegado a mis manos. Tan absorbida estaba por la lectura que hice caso omiso al tenue murmullo de pisadas provenientes del exterior. Pero un inesperado crujir de hojas secas junto al refugio me sobresaltó y me llevó a cerrar la funda del libro electrónico con un fuerte impulso. Mi cerebro concentró sus recursos en el sentido del oído; permanecí inmóvil y alerta ante un nuevo posible crujir de hojas. Maldije el agua hirviendo de la olla; su borboteo me desconcentraba. Después de unos minutos sin novedad, regresé a mis tareas, removí la pasta con la espátula y abrí de nuevo el libro electrónico. «La próxima novela será de amor», pensé divertida; estaba claro que tantas historias de suspense alimentaban mi imaginación, ya de por sí desbordante. Abrí un armario encima del fregadero, cogí el escurridor metálico, volqué la olla de cintas nido sobre él y, entonces, volví a escucharlo. Croc, croc. Pisadas sobre hojas secas.

¡Demonios!

Croc, croc. Otra vez. De manera instintiva solté el escurridor con la pasta y me armé con la espátula de madera. Clavé la vista en la puerta de entrada, esperando la llamada en la puerta. Nadie pegó. Me aproximé a la ventana lateral de la salita, sin despegarme de la pared, descorrí temerosa el lado del visillo por el que pretendía mirar sin ser vista. Era noche cerrada ahí afuera. Tan solo las luces del porche de la casa roja alumbraban la cima de la colina donde estaban ubicadas ambas viviendas. Unos grillos se atrevían a romper el silencio pero, aparte de su canto, ningún otro sonido se percibía en el exterior. ¿Me lo estaba imaginando? De repente un sollozo. Sí, alguien lloraba ahí fuera. Parecía una mujer. Me desplacé de la ventana a la puerta, aún armada con la espátula, dispuesta a averiguar quién derramaba lágrimas en el silencio de la noche. En los tres segundos escasos que tardé en abrir la puerta, un nuevo crujir de hojas secas, esta vez con paso acelerado y sonido decreciente, me indicó que aquella persona, quien quiera que fuese, se alejaba con su llanto. Salí de la casita no sin antes pulsar el interruptor junto a la puerta que debía encender el farol que colgaba en la fachada. No se encendió. Regresé a por mi móvil y, con la luz de su linterna, apunté a todo el perímetro frontal de la cabaña. Nada. Allí ya no había nadie, si es que lo había habido. Estaba helada y atemorizada, pero la curiosidad, esa que dicen que mató al gato, era más poderosa que mi deseo cobarde de regresar al interior de la casita y aferrarme a la idea de que lo había imaginado todo. Así pues, con mi móvil en la mano derecha y la espátula en la izquierda, me abrí camino en la oscuridad precedida por el haz de luz de la linterna. Bordeé la casita por el lateral izquierdo hasta llegar a la parte de atrás, donde me detuve a alumbrar las hojas secas del suelo y los árboles caducos. Allí no había más que naturaleza riéndose de mí. Decidí regresar. Ya en el umbral de la puerta, apagué la linterna del móvil. Me disponía a cerrar la puerta desde el interior cuando vi una sombra moverse unos metros más adelante; se alejaba en dirección a la casa roja.

—¡Eh, tú! —grité con un impulso que a mí misma me sorprendió—. ¿Quién eres?

La sombra paró en seco y se giró hacia mí. Imposible distinguir ningún rasgo desde aquella distancia y con tan escasa luz. Avanzó hacia mí. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Pensé en el gato al que la curiosidad había matado y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta y refugiarme en el interior de la cabaña, su vez melodiosa paralizó mis actos.

—Buenas noches, Diana. Soy Alexander. ¿Te he asustado?

¡Por todos los santos del Cielo y los dioses del Olimpo!, ¡el señor Caballero! Que si me había asustado preguntaba. Qué va, solo había estado a punto de pararse mi corazón de un infarto.

—Un poco, la verdad.

Avanzó hacia mí y yo avancé hacia él. Nos encontramos en un punto intermedio, parados sobre el suelo de hojas secas, alumbrados tan solo por la escasa iluminación que provenía de la luz encendida en el interior de la casita.

—Lo siento mucho, Diana, no era mi intención. Algunas noches salgo por aquí a pasear.

¿Y a merodear por mi cabaña? ¿Qué demonios hacía paseando por allí como un fantasma? ¿Y el llanto? No parecía un llanto masculino, no parecía que él hubiera estado llorando.

—Es que me había parecido oír a alguien llorando y salí fuera a ver —me aventuré a decir.

—¿Llorando? Pues no sabría decirte. Lo más seguro es que haya sido un búho ululando. Los sonidos de la fauna nocturna alimentan nuestra imaginación en la soledad de la noche.

¿Un búho ululando? ¿Me estaba tomando por una idiota?

—Será eso —convine sin ningún convencimiento—. Por cierto: la luz del farol de fuera no funciona.

—De acuerdo, me encargaré de eso mañana mismo. —Sus labios carnosos dibujaron una sonrisa—. Diana...

Hizo una pausa que se demoró varios segundos.

—¿Sí? —lo invité a seguir impaciente y temerosa de lo que pudiera decirme con tanta solemnidad.

—No tenga miedo.

Y ese «no tenga miedo» volvió a provocarme un escalofrío en la espina dorsal.

—Tengo que volver a la cabaña. He hecho pasta y se está enfriando.

—Sí, claro. Además, hace mucho frío y no tiene abrigo, debe estar helada.

—Asentí—. Le prometo que no volveré a asustarla con mis paseos nocturnos. ¿Puedo hacer algo por usted para compensarla?

—Podría llamarme de tú, me incomoda que me llame de usted —respondí casi sin pensar.

Volvió a sonreír de forma cálida y cercana. Eso me tranquilizó.

—Está bien, Diana. Nos tutearemos a partir de ahora.

—Tutearse no significa tener menos respeto hacia la otra persona — argumenté en un intento de justificar mi petición.

—Por supuesto. No te preocupes, me parece perfecto. Buenas noches. Que aproveches tu cena y tengas sueños bonitos.

«Y tengas sueños bonitos»... era una de las frases más tiernas que me habían dicho en los últimos meses y provenía del señor Caballero, el mismo que me había provocado escalofríos de temor segundos antes.

—Buenas noches —me despedí.

Regresé a la casita y degusté mi cena. No leí más novelas de suspense esa noche, me la pasé viendo un concurso de talentos en la televisión, intentando evadirme de mis emociones, de mis angustias, de ese llanto femenino rondando el refugio. No tuve sueños bonitos, soñé con un puente de piedra, con el Puente de los Sueños Olvidados, cubierto de nieve y con un búho posado sobre él que ululaba a la oscuridad de un cielo sin luna.

Capítulo 9

EL CUMPLEAÑOS

— ¡Pues claro que tienes que venir! Es una ocasión especial, no volveré a cumplir veinticuatro años nunca más.

Sandra se deshizo de su albornoz y dejó al descubierto una escultural figura. La licra del bañador rojo se ceñía a su piel y aprisionaba unos senos demasiado voluptuosos para la talla que vestía. La piscina municipal se encontraba en un pabellón cubierto acristalado rodeado de las pistas de tenis, de atletismo y de la cancha de baloncesto: unas instalaciones sorprendentes para un pueblo perdido en la montaña. Todos los hombres que aquella mañana del 13 de noviembre disfrutaban de las instalaciones deportivas cesaron un minuto su actividad para pararse a contemplar la exuberante figura de Sandra Rueda. Uno de ellos detuvo su carrera por una de las calles de la pista de atletismo y le guiñó descaradamente el ojo. Pensé que Sandra le contestaría con un corte de manga o algo parecido, pero ella respondió al guiño con otro y añadió una sonrisa de propina. El joven, un adonis de pelo rubio y facciones cinceladas, según los antiguos cánones griegos de la belleza, le hizo un gesto con la mano efectuando giros con el dedo índice, indicándole que la vería más tarde, antes de volver a pulsar el cronómetro de su reloj y continuar su carrera. Me quedé mirando a Sandra con cara de alucinada.

—¿Quién coño era ese? ¿Es el tipo del que me hablaste, el profesor de instituto?

Ella me devolvió una mirada divertida.

—¡Ojalá! Ese es solo Pedro.

—¿Solo Pedro?

—Sí, Pedro, el de la ferretería.

—Pero me dijiste que estabas loquita por los huesos de ese tan misterioso profesor del instituto del que, según tú, no puedes contarme nada —le recriminé en tono burlón.

En las semanas que llevábamos como amigas, había averiguado que a Sandra le gustaba hablar del tema hombres jugando al despiste, dando solo pequeños detalles para mantenerme intrigada. Lo conseguía.

—¿Y qué tiene que ver eso con Pedro, mujer? ¿Acaso tiene algo de malo seguirle un poco la bola a un tío que está como un cañón? Además, no me cambies de tema: estábamos hablando de mi cumpleaños. Tienes que venir y no hay excusa posible.

El vigésimo cuarto cumpleaños de Sandra había sido la conversación estrella durante toda la semana. «Todo el mundo vendrá a El Cuervo. Tú llevas aquí más de un mes recluida como una monja en los páramos, tienes que salir ya, ¿y qué mejor ocasión que el cumpleaños de tu única amiga aquí?». Los argumentos de Sandra eran muy válidos y razonables, pero la idea de bajar hasta el pueblo para ir a un *pub* donde solamente conocería a la anfitriona, que se pasaría su fiesta alternando con los asistentes mientras yo me quedara en la esquina más solitaria observando cómo los demás se divertían y apurando un quinto de cerveza antes de regresar sola y helada por una tétrica y empinada carretera de montaña, no me atraía lo más mínimo. Definitivamente había más contras que pros.

—Bueno, tengo toda la tarde para analizarlo. Te prometo que, al menos, lo volveré a pensar pero, por si acaso no aparezco, toma.

Saqué de mi amplio bolso negro un paquetito envuelto en papel brillante color rojo y en un lazo decorativo en dorado. La señora de la tienda de Moda y complementos Obdulia había sido muy amable. Era una mujer que rondaba

los sesenta y se había presentado como la propia Obdulia .Me había contado que antes había sido un cibercafé, Cibercafé Obdulia, pero que, cuando internet se popularizó en todos los hogares, había tenido que renovarse o morir y había preferido renovarse. La tienda de ropa llevaba funcionando hacía ocho años y se había convertido en la más popular de las dos que había en el pueblo. Le había dicho que buscaba algo para Sandra Rueda, que una mañana habíamos pasado por allí y Sandra se había quedado prendada de un colgante púrpura en forma de lágrima que colgaba de una cadena de plata. Le había preguntado si lo tenía. «Oh sí, el colgante Lágrima del desierto. Desde luego, si alguien puede sacarle partido, es Sandra y su canalillo», me había respondido. La había mirado ofendida a Obdulia por el inapropiado comentario «No te enfades, mujer; el escote de Sandra es conocido en Zumaque y ella se encarga personalmente de que así sea», había espetado. Me había sentido nuevamente indignada y le había comentado que Sandra no solo era una chica de grandes pechos, sino que, además, era muy lista, simpática y que tenía un gran corazón. «Pues claro que sí. ¿Quién ha dicho que las tetas grandes estén reñidas con la simpatía?», me había dicho. Me había dado por vencida en la batalla: compré el colgante para Sandra y me despedí de Obdulia, esa mujercilla amable, sin pelos en la lengua, que ponía nombres tan originales a sus establecimientos.

Cuando Sandra desenvolvió el regalo y abrió la cajita, sus ojos brillaron emocionados. Me abrazó con el ímpetu que la caracterizaba.

—Te has acordado del colgante. Eres única, Diana Aranda. Mil gracias. Lo estrenaré esta noche.

Nos despedimos, ella regresó a sus funciones de monitora de natación y yo emprendí la vuelta a los páramos.

Esa tarde solamente tuve que impartir una hora de clase. Teo tenía el cumpleaños de un compañero de clase y Guadalupe lo debía bajar temprano al pueblo. Al parecer, Carolina también tenía un asunto del que nadie me había dado más detalles, así que regresé a mi refugio bastante más pronto de lo

habitual. Medité ampliamente acerca de la conveniencia o no de asistir al cumpleaños de Sandra, incluso materialicé la lista de pros y contras con papel y lápiz. Volvieron a ganar los contras. Decidí hacer un bizcocho para distraerme pero, metida ya en faena, me di cuenta de que no tenía harina. Cambié mis zapatillas de casa con forma de unicornio por las botas, me abrigué con el chaquetón blanco, y corrí a la casa roja, confiada de que Guadalupe ya habría regresado y podría darme un poco de harina para el bizcocho. En efecto, Guadalupe había vuelto y me había abierto la puerta principal.

—¿Tú sabes hacer bizcochos, niña? —preguntó Guadalupe desdeñosa.

—¡A que soy una cajita de sorpresas!

—Anda, pasa y espera en el vestíbulo mientras te busco la harina; los señores tienen visita.

Así que visita. No podía evitar estar intrigada. Escuché voces provenientes de la biblioteca, ubicada tras la sala de estar. Me aproximé a la escalera con intención de escuchar algo de la conversación, pero solo se oía un murmullo incomprensible. Avancé cuatro pasos más. Entonces, distinguí la voz de Carolina, que se alzaba entre las demás, enfadada, para no variar. La puerta de la biblioteca se abrió de golpe y, al fondo de la sala, Julia Díaz me acababa de pillar in fraganti:

—¿Qué haces tú ahí? ¡Estabas fisgoneando! —¿Fisgoneando? ¿Quién utilizaba esa palabra en este milenio? Su cara era pura crispación.

—No, yo solo quería harina; Guadalupe ha ido a buscarla. Yo simplemente...

—¡Diana! —Para mi absoluta perplejidad, Sandra Rueda salió de improviso de la biblioteca y corrió a abrazarme con su sonrisa sempiterna, salvándome así del ridículo más vergonzoso.

Mientras sus brazos me aprisionaban, yo veía salir de la biblioteca al resto del coro de voces que poco antes murmuraban en la biblioteca, provenientes de Julia Díaz, Alexander Caballero y Carolina.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté a Sandra.

—Ya te dije que venía mucho por aquí. He venido a invitar a Carolina a mi cumple.

Mi cerebro recuperó una conversación de la mañana que nos conocimos. Era cierto que me había dado esa información, pero también era cierto que, en todo ese tiempo, jamás la había visto en la casa, ni ella me había vuelto a hablar de su relación con Carolina; ni siquiera esa misma mañana me había comentado que subiría para invitarla. Como poco, era extraño.

—Pero ya me voy, tengo mucho que preparar para esta noche. ¡Nos vemos!

Salió corriendo de la casa, sin dar opción a más preguntas.

—Tú no irás a esa fiesta —sentenció Julia mirando a su hija.

—¡No es justo! —replicó Carolina.

—¿Qué pintas tú allí? Sóoo tienes dieciséis años y esa Sandra, esa Sandra es...

—¡Julia! ¡Ya basta! —El señor Caballero alzó la voz.

—No irás allí sola de ninguna manera. —La señora Díaz pronunció la última frase.

De repente una lucecita en mi mente se activó, como el frigorífico cuando lo dejas mucho rato abierto; era una idea demasiado atrevida dadas las circunstancias. Puede que fuese el peor de los momentos pero, por otro lado, tal vez era la única oportunidad que tendría de acercarme a Carolina.

—Yo puedo ir con ella. —Los Caballero Díaz volvieron sus miradas hacia mí—. Sandra me ha invitado. Podemos bajar y regresar juntas; me haré responsable de Carolina.

Julia se llevó la mano a la frente y sacudió la cabeza. Le pareció una idea terrible, tal como había imaginado. Pero Carolina había cambiado la expresión de su rostro y por primera vez me miraba más sorprendida que asqueada. Seguramente la idea de bajar conmigo la repugnaba, pero no era tonta y sabía que no tendría ninguna opción de bajar al cumpleaños si no era bajo mi supervisión. Se volvió a su padre y, en el tono de voz más zalamero

que pudo entonar, preguntó:

—¿Qué dices, papi? ¿Me dejas bajar con Diana?

Era la primera vez que la oía pronunciar mi nombre. Su padre se tomó un tiempo antes de contestar; supuse que él también recurriría a la lista mental de pros y contras.

—No me parece una mala idea. —Suspiré aliviada en mi interior—. Pero con una condición —añadió dirigiendo su mirada de forma alterna hacia Carolina y hacia mí—: yo os llevaré y os recogeré a la una en punto de la madrugada.

Carolina saltó en sus brazos y le dio un beso en la mejilla, que él le devolvió sonriendo. Julia Díaz, en cambio, mascullaba improperios ininteligibles.

—¿Podrías venir a las dos, papi?

—La una y media es mi última oferta.

Su hija volvió a achucharlo y se apresuró a subir a su cuarto saltando los peldaños de las escaleras de dos en dos. Al llegar arriba se acordó de mí.

—Oye, Mary Poppins, a las nueve y media en punto aquí, ¿eh?

«A sus órdenes», pensé. ¡Menuda noche me esperaba! Me fijé de repente que alguien me observaba desde el otro extremo de la casa. Guadalupe había asistido divertida al pequeño vodevil y, con el paquete de harina en las manos, preguntó burlona:

—Ya no vas a necesitar esto, ¿verdad, niña?

No fue fácil decidir la indumentaria para la fiesta. ¿Qué se vestía, un viernes por la noche, para el *pub* de un pueblo de montaña? Unos vaqueros y un jersey blanco de cuello vuelto habría sido probablemente la opción más práctica, pero recordé un top frambuesa de cuello barco que aún no había estrenado. Llevar los hombros descubiertos supondría un reto con aquel clima pero, como la noche iba de retos, decidí incrementar uno a la

lista. También opté por calzar tacones en lugar de botas, aprovechando el hecho de que el señor Caballero nos haría de chofer. Tuve tiempo de alisarme el pelo y el reflejo que me devolvió el espejo, después de aplicar el *eyeliner* y el carmín, me gustó. Le sonreí a la imagen proyectada en el espejo y hasta me hice una *selfie*. Se lo mandé a Rita con el siguiente texto: «Esta noche me voy de fiesta, pequeña. Deséame suerte». Lo adorné con varios *emojis*.

A las nueve y media me encontraba divina y perfumada esperando a Carolina en el vestíbulo. No tuve que aguardar ni dos minutos para verla aparecer. Llevaba un vestido de punto negro entallado a la altura de las rodillas. Su larga cabellera de puntas rosas destacaba sobre el negro, igual que sus ojos verdes maquillados con sombra oscura. Era una chica preciosa y la ilusión de su cara la hacía resplandecer; era una lástima que su constante enfado con el mundo la afeara. El señor Caballero entró en escena.

—¿Listas, señoritas?

Había cambiado el abrigo de paño por una cazadora de cuero. Era la prenda más informal que le había visto hasta la fecha; lo hacía parecer más joven, además de terriblemente atractivo. El corazón comenzó a galoparme desbocado y por un instante temí que alguien pudiera escuchar mis latidos acelerados. Sin duda, estaba muy nerviosa por todo: por ser la responsable de Carolina y por tener que integrarme entre desconocidos. Temía, además, que la señora Díaz apareciera en cualquier momento y diera al traste con el plan. Pero salimos de la casa antes de que hiciera acto de presencia.

—Carolina, mejor ponte tú detrás. Deja a Diana delante, ella se mareará.
—Me abrió la puerta delantera del vehículo y yo me quedé mirándolo, antes de entrar, unos segundos más de lo socialmente aconsejable. Entonces, él se acercó a mi oído y mis fosas nasales aspiraron agradecidas las notas de su colonia; mi oreja, por su parte, se estremeció al notar el aire que exhalaba de su boca—. Gracias también por esto.

El trayecto fue breve y no me mareé, tal vez porque mi cuerpo albergaba ya demasiadas sensaciones como para hacerle hueco a una nueva. El Range Rover se detuvo justo en una de las bocacalles que emergían des la plaza del ayuntamiento, en la que se ubicaba El cuervo.

—A la una y media en punto estaré aquí. No quiero ningún retraso. Pasadlo moderadamente bien.

¿Cómo hacía uno para pasarlo «moderadamente bien»? Alexander Caballero era capaz de mostrarse encantador y cagarla segundos después. Desapareció junto a su coche y Carolina y yo nos quedamos solas ante el peligro, momento que ella aprovechó para interpretar su papel de adolescente despreciable.

—Está bien. No quiero volver a verte hasta que vuelva mi padre, ¿entendido?

—Soy responsable de ti, Carolina, eso no puede ser.

—Que pases de mi cara te digo, joder.

Dicho lo cual se apresuró a meterse en el *pub* a la velocidad de la luz. Resoplé y seguí sus pasos.

El Cuervo era más o menos lo que esperaba; la expresión «antro de mala muerte» le iba bastante bien. Las paredes grises, la barra negra, la escasa iluminación y un humo ambiental de procedencia desconocida lo envolvían en tinieblas. De las paredes colgaban pósteres de Metallica, Guns and Roses y Nirvana pero, contra todo pronóstico, la voz nasal de Shakira manaba de los altavoces. Imaginé que Sandra le habría dado instrucciones claras al DJ sobre la música que debía pinchar. Había muchísima gente en aquel espacio, de tamaño más bien reducido. Calculé a ojo que habría unas cuarenta o cincuenta personas, sin duda bastantes más del aforo de seguridad permitido. Sandra era una chica popular, de eso no cabía duda. Y, de entre la bruma artificial, emergió la anfitriona luciendo un vestido color púrpura, que se adaptaba a su cuerpo casi mejor que el bañador de licra y potenciaba, como bien había previsto Obdulia, su apretado

canalillo. El colgante Lágrima del desierto colgaba reluciente sobre la línea de su escote.

—¡Has venido! —Me abrazó por tercera vez ese día—. ¡Qué bien, cariño! ¿Has visto cómo me queda el colgante? Se lo estoy enseñando a todo el mundo. Les digo a todos que mi mejor amiga, Diana, me lo ha regalado.

Se me cogió un pellizquito de alegría en el costado. «Mi mejor amiga». Aunque, por otro lado, ¿llevaba veinticuatro años en ese pueblo y yo, que acababa de llegar, era su mejor amiga? Sandra desapareció entre la multitud, deseosa de felicitarla, y yo recordé que tenía una niñata intragable que buscar. ¿Dónde estaría esa condenada mocosa? Decidí que emprendería la búsqueda con un botellín de cerveza en la mano.

Ya provista de combustible, me adentré en la jungla humana con la intención de localizar a Carolina. En mitad de la pista de baile que algunos invitados habían improvisado entre la barra y el billar, reconocí unas cuantas caras: personas con quienes había coincidido las mañanas que había bajado a Zumaque, clientes habituales de El Alquimista, sobre todo. Embriagados como estaban por el ambiente festivo, algunos de ellos me saludaron con dos besos e incluso me presentaron a gente nueva. No tenía a los zumaqueños por personas muy extrovertidas en general, pero el alcohol es capaz de animar a los seres más sombríos. Empecé a relajarme. Le di el último sorbo a mi botella, cuando aún no había llegado al otro extremo, y regresé a la barra a por una nueva antes de continuar.

—La noche acaba de volverse interesante. —Me giré hacia la voz que había llegado nítida a mi oído a pesar del ruido circundante. Dani me miraba apostado en la barra; sus ojos miel observaban mi *look* de arriba abajo—. Te sienta bien ese color —añadió en alusión a mi top.

—¡Pero si es el alquimista en persona!

Sonrió ante mi comentario.

—Y dime: ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?

—¿En serio? ¿Así de originales sois todos los zumaqueños?

—Espera, si me dejas pensar un momento, seguro que puedo mejorarlo.

—Se llevó la mano a la barbilla con gesto pensativo; me hizo reír—. ¡Ya lo tengo! Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta la ciudad de los Goblins.

—¡Eso es de *Dentro del laberinto*! ¡Es una de mis películas favoritas! ¿Por qué has dicho eso?

—Es lo primero que se me ha ocurrido. Está claro que no puedo ser original sin recurrir al plagio de alguna escena cinematográfica.

De todas las cosas que podía haber dicho, de todas las palabras en el mundo, dijo aquello: esa frase con la que comenzaba una antigua película de los ochenta, mi película favorita nada menos. Y fue justo en aquel instante, en aquel antro de mala muerte, con aquella sonrisa casi perfecta frente a mí, cuando tuve la certeza de que estaba justo donde debía de estar, de que el destino me había guiado hasta a Zumaque por alguna razón que tal vez tuviera frente a mí.

—Te invito a una cerveza —propuse.

—Solo si me dejas pagar la siguiente.

No fueron dos, sino tres las cervezas que nos bebimos junto a la barra, charlando de cine, de libros, de música... Eran tantas las cosas que teníamos en común, tantos los gustos que compartíamos, que tuve la sensación de que de alguna forma ya nos conocíamos. A cada nuevo sorbo de alcohol, nuestros cuerpos interactuaban un poco más. Una mano en el brazo, una rodilla rozando la rodilla del otro, un mechón de mi pelo enroscado en sus dedos... El corazón, revolucionado desde hacía un buen rato, pareció llegar a su tope máximo, y mis labios, deseosos de los suyos, se humedecieron conscientes de que el beso estaba a punto de llegar.

De improviso, el DJ paró la música y las escasas luces se apagaron del todo. La tenue luz procedente de unas velas precedieron los primeros acordes de la canción más popular del mundo. La hora de la torta. El

atronador y desafinado cumpleaños feliz me devolvió de golpe al mundo más allá de Dani y de mí. ¡Carolina! Hacía horas que la había olvidado.

La busqué desesperada entre la multitud que abarrotaba el local. No la vi por ninguna parte. Sandra soplaba las velas de su torta mientras yo deambulaba como una loca entre los invitados. Estaba mareada. Demasiadas cervezas, demasiada confusión. Me paré un instante e intenté concentrarme en mitad del barullo. Tal vez solo estaba en el aseo. Abrí la puerta del baño de mujeres de manera un tanto brusca. Se escuchó una queja de dolor. Dos chicas estaban en el interior, ninguna era Carolina. Una de ellas, la más alta, a la que, al parecer, le había dado un buen golpe con la puerta, me dijo: « ¿Y tú de qué vas, tía? ¡A ver si ahora vas a llegar tú creyéndote la reina de Saba!». No estoy segura de si habría respondido a su ofensa en otras circunstancias pero, desde luego, en aquellas, no lo hice. Salí al exterior del *pub*. No sabía si Carolina fumaba, pero de repente me pareció acertada la idea de que estuviera en la puerta del local junto a los fumadores. Al salir descubrí que no había nadie fumando en la puerta. Todos habían entrado con los primeros compases del cumpleaños feliz. Todos, menos Carolina. Me dejé caer vencida sobre el asfalto. La había cagado, ¡y de qué manera!

Tuve ganas de llorar. Puede, incluso, que derramara alguna lágrima, pero en ese momento escuché el auténtico sonido de las lágrimas. Sollozos de mujer. ¿Otra vez una mujer llorando? ¿Otra vez me lo estaba imaginando? Me pareció que el gimoteo entrecortado provenía de un callejón que había a pocos metros. Seguí la pista del sonido y, al fondo del oscuro callejón empedrado, sentada en la acera entre dos coches aparcados, vislumbré la silueta de una mujer llorando. Carolina.

Me acerqué hasta ella y me senté a su lado en el estrecho hueco que quedaba.

—¿Qué ha pasado?

—¡Vete, largo de aquí!

Apeataba a alcohol, a vodka con lima concretamente. Me quedé a su lado, en silencio, ignorando sus deseos de que me fuera. Ella siguió con su llanto y yo me atreví a acariciar la parte de atrás de su cabeza. Quería que se sintiera acompañada en su pena, cualquiera que fuese. Me pareció tan frágil como un hada con las alas rotas. Unos cuantos sollozos después, su voz ebria comenzó a hablar.

—No es justo, ¿sabes? —No contesté, pero ella continuó—. El muy cabrón me dijo que me quería, pero es mentira.

Así que se trataba de un asunto de esos. Mal de amores y alcohol: mala combinación. Quise decirle que todos lo eran —pocas cosas unían más que las confesiones nocturnas y étlicas acerca del género masculino—, pero volví a callar. La dejé desahogarse.

—Ni me ha mirado. He tenido que acercarme yo y ha hecho como si no me conociera.

—¡Menudo capullo! —No sabía de quién hablaba, pero me imaginé la situación. Algunos hombres, los miserables, son capaces de decir todo lo que una chica quiere oír para conseguir su satisfacción carnal y, una vez satisfecha, hacer como si no la conociera. Odiaba a esos tipos. Carolina debió notar que mi insulto había sido sincero, porque levantó su cabeza, me miró con la expresión de un cachorrillo extraviado, y me preguntó:

—¿Te ha pasado a ti?

—Claro que sí. Nos ha pasado a todas. Pero a mí me ha pasado algo mucho más humillante. —Y sin saber muy bien por qué le contaba algo así a mi alumna diabólica, sabiendo que posiblemente lo usara en mi contra, confesé—: Mi exprometido era gay y yo me enteré cuatro semanas antes, cuando lo pillé en mi cama con mi organizador de bodas.

De repente Carolina estalló en risas, en carcajadas sonoras y contundentes como un golpe en la mandíbula. Tardó unos segundos en percatarse, por mi expresión, de que no se trataba de ninguna broma, y en ese momento ocurrió el milagro.

—Eso sí que es una putada, Mary Poppins.

Y a continuación me abrazó.

Carolina, entre hipos y gimoteos, me contó un poco más acerca de su desdicha. Resultó que el capullo no era otro que Pedro, el adonis de la ferretería. Anoté mentalmente que debía comunicarle a Sandra aquella información antes de que pasara a mayores con Pedro, si es que no había pasado ya. Yo le hablé un poco de mis fracasos sentimentales y, entre confesiones y lloros, me di cuenta de que eran las dos de la madrugada. ¡Las dos de la madrugada!

Me levanté del escalón y ayudé a incorporarse a Carolina. Pasé su brazo sobre mis hombros para ayudarla a mantener el equilibrio y, a la mayor velocidad que pude, caminamos de vuelta a la puerta de El Cuervo.

El Range Rover verde estaba allí aparcado y Alexander Caballero estaba apoyado sobre el capó. Su cara de pocos amigos me hizo tragar saliva.

—Perdone, Alexander, se nos ha hecho un poco tarde porque hemos tenido que...

—¡Papii! —Carolina se abrazó a su padre de manera impulsiva dejando patente que iba como una cuba.

—Estupendo, Diana. Tarde y borrachas. Enhorabuena, no has podido hacerlo peor.

Ojalá el cemento se hubiera abierto bajo mis pies y me hubiera tragado. Me sentía avergonzada. Había confiado en mí y yo le había fallado.

—Subid al coche —ordenó el señor Caballero con el tono más seco y tajante que pudo modular.

En el trayecto de vuelta, tampoco me mareé, volvía a tener demasiadas emociones embargándome. Esa noche había conseguido dos victorias: la atención total de Dani y un poco de afecto por parte de Carolina. Pero la gran derrota con Alexander Caballero lo había empañado todo. Era algo más que posible que mis días en la casa roja estuvieran contados.

Capítulo 10

SEÑORITA METICONA

Pasé el fin de semana refugiada en la casita alimentando mis angustias, temiendo el momento en que algún miembro del matrimonio Díaz Caballero me hiciera llamar para despedirme. Nadie pegó a la puerta. El lunes, a las tres y media en punto, me presenté en el vestíbulo, como de costumbre, para dar clases. Julia Díaz volvía a estar apostada en el sillón de la sala de estar con una revista en sus manos. Alzó la mirada para observarme con el desprecio habitual, pero no movió un ápice de su cuerpo para emitir el saludo obligado de cada sobremesa. Estaba enfadada, más de lo acostumbrado.

La clase, por el contrario, fue la mejor de las que había impartido hasta la fecha. Nada más entrar en el cuarto de estudios, encontré a mis dos alumnos sentados frente a sus respectivos escritorios; también Carolina, quien además tenía abierto el libro de Lengua sobre la mesa por el tema correspondiente.

—Buenas tardes, chicos —saludé.

—Buenas tardes, señor. —Teo aderezó el saludo con una sonrisa.

—Hola, Mary Poppins —¡Y por primera vez Carolina ejecutó la primera norma de la clase: saludar!

Me sentía increíblemente feliz; de todos los momentos que había vivido desde mi llegada, ninguno se comparaba con la dicha que obtuve con aquel saludo. Algo había cambiado la actitud de Carolina hacia mí. La complicidad compartida entre dos coches la madrugada del viernes había sido más valiosa

de lo que en un primer momento me aventuré a pensar.

La clase transcurrió en un delicioso fluir de dudas y respuestas. Me sentí útil por fin. La perpetua expresión asqueada de Carolina hacia mi persona había desaparecido. No es que fuese amable, pero al menos no era desagradable. No participó de la última norma de la clase, esa en la que contábamos lo mejor y lo peor de la jornada; eso era, tal vez, demasiado pedir. Sí lo hicimos, en cambio, Teo y yo. Me tocó empezar.

—Lo peor de mi jornada, hasta el momento, ha sido que me he quedado sin café en el desayuno y he tenido que beberme una asquerosa infusión de rooibos. —Teo emitió un sonido de desagrado mostrando su empatía con mi desgracia—. Y lo mejor ha sido la clase de hoy con vosotros dos. Estoy muy orgullosa de ambos. —Miré a Carolina buscando su asentimiento, pero siguió enroscando un mechón de su pelo en el bolígrafo azul como si no hubiera oído nada—. Teo, ahora te toca a ti.

—Lo mejor de mi jornada ha sido que he sacado un ocho y medio en Geografía. —Aplaudí la gran noticia con el orgullo de saberme meritoria, en parte, de esa calificación—. Lo peor es que voy a tener que dejar el fútbol.

La cara de Teo era de pura desolación. Ver a ese niño, que era pura vitalidad y alegría, tan deprimido me encogió el corazón.

—¿Y eso por qué?

—Guadalupe ya no puede bajarme los miércoles al entrenamiento.

—¿Y tus padres no podrían... —Me quedé a medias en la pregunta porque hubiera estado feo concluirlo con un «...hacer algo por sus hijos por una puñera vez?».

Teo negó con la cabeza.

—Oye Teo, no estés tan triste. —Me acerqué a él y le despeiné su flequillo naranja—. A veces las cosas tienen arreglo.

Los chicos abandonaron la estancia y yo me quedé mascullando una nueva idea. No era el momento, no me encontraba en la mejor posición para volver a ofrecerme a cuidar de uno de los niños, pero estaba claro que debía hacer

algo. No podía quedarme de brazos cruzados ante lo que consideraba una injusticia. ¿Por qué nadie movía un dedo por nadie en aquella montaña?

Dispuesta, como estaba, a solucionar el problema de Teo, lo primero que hice fue interrogar a Guadalupe.

—¿Por qué demonios no puedes bajar a Teo a los entrenamientos?

El tiempo que llevaba trabajando allí me había servido para averiguar que, si querías conseguir algo de Guadalupe, lo mejor era actuar como ella: con descaro y un poco de mala educación.

—¿Y a ti qué carajo te importa, niña? —me había contestado Guadalupe mientras pasaba el plumero por los cofres y figuritas que adornaban una de las estanterías de la biblioteca. La había abordado allí por la mañana, aprovechando que el resto de los habitantes no estaban.

—El fútbol y los entrenamientos con los amigos son las cosas que más le alegran la existencia a Teo. ¿Por qué queréis fastidiárselo?

—¿Por qué queremos? ¡Anda y vete a freír monas, niña! ¿Cómo iba a querer yo fastidiar a ese pelirrojo canalla?

—¿Y por qué no puedes llevarlo? ¿Qué tienes tan importante los miércoles?

—No es asunto tuyo, ¿vale?

Me pareció que era inútil intentar seguir por ese camino; Guadalupe se había cerrado en banda y ya no debía llamar más a esa puerta.

—¿Y por qué no lo baja su madre?

—¿Su madre? ¡Ja! Me río yo de su madre. El miércoles es el día que se reúne con las mujeres de la asociación benéfica de la ciudad; tiene que hacer obras de caridad y esas cosas, todas mucho más importantes que su hijo.

¡Qué asco de mujer! Julia Díaz me repugnaba cada día un poco más, era como una infusión de rooibos caducada.

—¿Y su padre? ¿No podría volver antes del trabajo y llevarlo él? —insistí

—¡Y yo que sé, niña! Además, lo que tú tienes que hacer es proteger tu culo y dejar de meter las narices donde no te llaman. Estás aquí de chiripa. ¡Traer a la niña borracha, por el amor de Dios!

Me quedé paralizada. Así que Guadalupe sabía del episodio del viernes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has oído algo?

—Pues claro que sí, ¿qué te crees? Las voces de los Caballero se oían a kilómetros. Un poco más y la propia Julia entra a patadas en la casita para sacarte a rastras de allí. Dale las gracias a Alexander de que no lo haya hecho.

—Él... ¿él se puso de mi parte? —Me había invadido una oleada de calor extraña al oír aquello, como una estufa inesperada en mitad de la nieve.

—¡No seas tonta! Claro que no se puso de tu parte, pero es un hombre justo y sabe que él es el responsable último de lo que sucedió. Al fin y al cabo, fue él quien accedió a tu tontería de propuesta.

Guadalupe llevaba razón: Alexander no me había defendido, pero se había responsabilizado de los hechos.

—Así que deja ya de proponer cosas rollo, monjita de la caridad, y límitate a dar clases, que al menos eso parece que no se te da mal.

Sonreí a Guadalupe; era el primer cumplido que me dedicaba. No era tan dura ni maleducada como a veces fingía, casi diría que ya me apreciaba, pero Guadalupe era una cebolla envuelta en capas que había que ir pelando muy poco a poco.

Por supuesto, desoí su consejo y metí las narices donde no me llamaban. Dos días después de la advertencia de Guadalupe, encontré al señor Caballero en la puerta de la casita cuando regresaba de las clases. Me temí lo peor. ¿Qué hacía allí?, ¿por qué me esperaba? ¿Había decidido, finalmente, sermonearme o pensaba echarme de una vez?

—Buenos días, Alexander.

—He venido a arreglar el farol —dijo él a modo de saludo, frío y seco.

Me percaté, entonces, de la escalera metálica que se apoyaba en la fachada de la cabaña, en la caja de herramientas que descansaba junto a la puerta de entrada, y en su indumentaria, pantalones tejanos y jersey de cuello vuelto. No es que fuese un mono de trabajo, pero sí era, posiblemente, la ropa que alguien como él utilizaría para hacer trabajos de bricolaje. Era como un actor de

Hollywood fingiendo ser un chico de mantenimiento. No había venido a despedirme. Interioricé un agradecimiento al universo por haber conspirado a mi favor.

Alexander accionó el interruptor y una lucecita de bajo consumo alumbró la zona exterior de mi refugio.

—Solucionado, ya tienes luz. —No modificó la frialdad en el tono.

—Genial, gracias. Ya puedo ver los fantasmas que merodean por la zona.

No sé por qué hice aquella broma. Los nervios siempre me traicionaban. Intentaba establecer cierta calidez, supongo, pero Alexander me miró impenetrable. Yo seguí estropeando la situación, incapaz de cerrar el pico.

—Oh, no me refería a usted con lo de fantasma. Me refería a la mujer llorando. Ya sabe, la del otro día... Vaya, el búho.

—Ya, lo entendí a la primera. Tengo que irme.

Cogió la caja de herramientas con una mano y se colocó la escalera bajo el brazo. Sin dirigirme una última palabra ni una mísera mirada, enfiló sus pasos lejos de mí.

—Alexander, espere un momento, por favor. —Allí estaba yo queriendo arreglar la situación pero consciente, al mismo tiempo, de que estaba a punto de volver a fastidiarla.

Él se giró y me miró levantando las cejas a modo de «¿qué cojones quieres ahora, niña?». Mi mente reprodujo la frase con la voz de Guadalupe. Cortocircuitos del cerebro, supongo.

—Lo siento, mucho. Déjeme explicarme lo que ocurrió el viernes. Entre un momento, por favor.

Alexander permaneció unos segundos parado en el mismo lugar antes de avanzar en silencio hasta la casita. Soltó los arreos y entró en la cabaña. Cerró la puerta tras de sí. Le ofrecí algo de beber y él optó por un vaso de agua. Lo invité a sentarse. Tomó asiento en el sofá *beige* y yo me senté en el otro extremo. Relaté una versión resumida y edulcorada del cumpleaños de Sandra. Le confesé que había perdido a Carolina de vista y que había tratado de

buscarla. No especificué que la había olvidado, durante horas, perdida como estaba, en los ojos miel de Dani. Le expliqué que, cuando la hube encontrado, ya estaba bebida, que las niñas de su constitución se emborrachaban con apenas una copa. Le dije que había estado un poco triste por cosas normales de su edad, que había tratado de consolarla y por eso no me había dado cuenta de la hora que era. Le pedí disculpas por mi estado achispado y agregué que a mí también me afectaba mucho el alcohol, que solo me había tomado un chupito obligada por la cumpleañera. Por alguna extraña razón me daba muchísima vergüenza que Alexander supiera que me había tomado varias cervezas en la barra. Mostrarme tal y como yo era no me parecía nunca buena idea ante la mirada de ese hombre.

Él había permanecido en silencio durante todo mi relato. Cuando habló, fue para expresar su más profundo disgusto con la situación y la desilusión que mis hechos le habían provocado. Volví a afligirme al oír esas palabras de su boca. Me dijo que si no me había echado era porque había notado un cambio en sus hijos. Teo había mejorado mucho sus notas y, por algún motivo, desconocido para él —eso dijo—, creía que mi presencia le hacía bien a Carolina. «No tiene los mejores referentes femeninos», añadió en clara alusión a su mujer. Sentí la tristeza de sus palabras. Pobre señor Caballero, con su bonita casa, sus flamantes hijos, su imponente figura y su bella esposa. Soportar el peso de las apariencias no era una carga liviana. Por un instante me compadecí de aquel hombre.

Cuando percibí que el ambiente se había descongelado, cuando tuve la ilusión de hallarme ante un ser humano hecho con los mismos materiales que yo, me atreví a iniciar la conversación que me había llevado a invitarlo a entrar.

—Quería hablarle de Teo.

—¿Qué pasa con él? Espero que no sea nada de las notas, porque ha mejorado mucho las últimas semanas.

—No, no es eso. Su actitud es estupenda y los resultados mejoran día a día,

pero me temo que, si pierde la ilusión por las cosas que le gustan, que si no obtiene recompensa por sus esfuerzos, vuelva a bajar los rendimientos.

Alexander me miró de reojo en un escorzo de cabeza que me mostraba su perfil izquierdo. Fruncía el ceño. Sabía que estaba a punto de proponer una nueva idea.

—Me ha comentado que ya no podrá ir a los entrenamientos de los miércoles porque nadie puede bajarlo.

—Eso no es asunto tuyo, Diana.

Lo merecía. Lo esperaba. Eran las palabras que había imaginado que me diría, las mismas que me había dicho Guadalupe, pero sin enviarme a freír monas. Tenía que seguir argumentando.

—En cierto modo, sí es asunto mío.

Alexander me miró desafiante, estaba a punto de mandarme a callar o de salir de la cabaña sin despedirse. Continué hablando antes de darle opción a alguna de esas alternativas.

—Usted me pidió que lo ayudara con su educación. Me dijo que quiere evitar a toda costa que sea uno más de los chicos del pueblo que vagan sin rumbo consumiendo cannabis. Si no muestran interés por las cosas que le gustan, él perderá las ganas de satisfacer a sus padres.

Alexander suspiró.

—Las cosas no son tan fáciles. Todos tenemos obligaciones. Teo debe comprenderlo. No todo gira en torno a ellos.

Nada giraba en torno a ellos, en realidad, pero tuve el buen juicio de morderme la lengua y no decirlo.

—Pero yo puedo bajarlo —ofrecí.

—¿Tú? —Soltó algunas carcajadas irónicas— ¿Y cómo lo harás? ¿Bajaréis y subiréis andando por la carretera en la oscuridad de la fría noche? ¿Lo bajarás en algún vehículo mientras te mareas? ¿Lo traerás borracho?

Esa última pregunta retórica fue un machete retorciéndose en mi costado. Me imaginé clavándole las uñas en sus mejillas de señoritingo. Pero yo había

previsto todo aquello.

—Tengo un amigo en el pueblo. Es Carlos, el panadero. Se ha ofrecido a bajarnos y volver a subirnos en el coche si lo ayudo con sus exámenes. Se está sacando el graduado escolar. Yo lo ayudaría a repasar mientras Teo está en el entrenamiento.

Alexander no pudo disimular la expresión de asombro. Incluso me pareció observar un atisbo de admiración por la institutriz meticona aspirante a monja.

Reconozco que a mí misma me había sorprendido la rapidez con la que la mañana anterior había llegado al acuerdo con Carlos. Lo conocía, como a la mayoría, por ser habitual de El Alquimista. El panadero era, junto con Dani y Teo, uno de mis hombres favoritos del pueblo. Era amable y risueño. Su cara regordeta tenía siempre las mejillas sonrosadas tiznadas de harina y la sonrisa dispuesta. Sandra decía que andaba medio enamorado de la chica nueva, pero yo nunca le hacía demasiado caso a Sandra. Varias veces me había pedido que le diera unas horas de clase a cambio de dinero, pero yo no había aceptado. Prefería invertir el tiempo en otros menesteres y el dinero no me hacía falta. Sin embargo, cuando el asunto de los entrenamientos de Teo ocupó la totalidad de mis pensamientos, recordé la furgoneta con la que Carlos repartía el pan y solo tuve que hacer la propuesta. No tardó ni cinco segundos en contestar afirmativamente.

Después de varios minutos de exasperante silencio, Alexander Caballero cogió sus herramientas y se dirigió a la puerta principal con intención de salir por ella. Pensé que había fracasado pero, antes de abandonar la casita, emitió un veredicto:

—Lo pensaré. Sabrás la decisión antes del próximo miércoles.

Habría corrido a abrazarlo en ese mismo instante, pero me limité a asentir con la cabeza y contener mi emoción.

Cuando el señor Caballero se marchó, yo me quedé ordenando mis ideas al compás de la música de mis auriculares. Vi la noche llegar desde la ventana. Cené una tortilla francesa y un yogur; me acurruqué en el sofá, bajo la manta,

para leer un rato, y debí quedarme dormida mucho antes de lo habitual. Desperté sobresaltada. Debían ser las dos o las tres de la mañana. No estaba segura si un mal sueño me había desvelado o si algún elemento externo me había conducido de vuelta a la vigilia. Puse las manos sobre el pecho para apaciguar los latidos apresurados. Hacía frío. Decidí retomar el sueño en la cama.

Desperté la mañana siguiente con cierto dolor de cabeza. La segunda parte de mi noche no había sido tan satisfactoria en lo concerniente a calidad de sueño. Había tenido continuos despertares. Mientras ponía a calentar agua en la cafetera eléctrica, mi mirada se quedó perdida en un punto indefinido de la cabaña. De repente algo me llamó la atención. En el suelo, junto a la puerta de entrada, había un papel blanco del tamaño de un sobre pequeño doblado por la mitad. Recuperé al instante mis funciones motrices mermadas por la hora temprana y acudí rauda a cogerlo. Lo desdoblé con curiosidad. En él, escrito con bolígrafo verde, una frase decía: «SANDRA RUEDA NO ES QUIÉN TÚ CREES».

Capítulo 11

LA PRIMERA NEVADA

—Me rindo. Me importa una leche el sintagma nominal. No lo necesito para hacer pan.

Carlos sudaba desde el nacimiento del pelo y las gotitas le perlaban su cara rechoncha. Él mismo era como un pan de pueblo: duro por fuera y tierno por dentro. La ternura que me inspiraba se reflejaba en mi sonrisa.

—Carlos, lo estás haciendo fenomenal. Lo del sintagma es lo más complicado. Venga, vamos a repasarlo otra vez.

Hacía mucho frío en las gradas, pero nos habíamos refugiado en la zona cubierta. Horas antes había caído agua nieve y los asientos aún estaban húmedos. Era nuestro segundo miércoles de entrenamiento. En el primero todo había salido a pedir de boca y nadie había puesto objeciones al segundo.

Yo me sentía fenomenal. Por un lado, veía a Teo exultante jugando con sus compañeros. Hacía bromas y reía todo el tiempo. Por otro lado, me animaba ver a un hombre como Carlos esforzándose por sacarse el graduado escolar, lo cual —como bien decía— no necesitaba para seguir trabajando de panadero, pero correspondía a una especie de satisfacción personal que era siempre la más poderosa de las satisfacciones. Era reconfortante sentirse útil. Disipaba cualquier sombra que, de vez en cuando, viniese a nublar mi vida sencilla de maestra particular.

La nota anónima bajo la casita había sido una sombra alargada. ¿Quién se

había acercado en mitad de la noche hasta la cabaña para dejarme un recado así? ¿Y por qué? Pensé que debía haber sido alguno de los cinco habitantes de la casa roja. Descarté a Teo de inmediato, por su corta edad y por carecer de sentido alguno. Julia Díaz, Alexander Caballero, Carolina o Guadalupe eran los cuatro sospechosos principales. Imaginar que alguien externo a la casa hubiera venido con nocturnidad, expresamente, para dejarme esa nota bajo la puerta me parecía algo demasiado aterrador como para tenerlo siquiera en cuenta. La segunda pregunta, el porqué, era algo aún más inquietante. «SANDRA RUEDA NO ES QUIÉN TÚ CREES». ¿Y quién creía yo que era Sandra Rueda?: una chica atractiva que trabajaba como monitora en la piscina y ayudaba en la tienda de su madre. ¿Acaso había algo sórdido o misterioso en eso? Sandra Rueda era mi amiga en Zumaque; ¿pretendía alguien advertirme de que no era tan amiga mía en realidad? ¿Y por qué no me lo decían directamente?, ¿por qué tanta intriga? Si la persona autora de la nota pretendía ponerme en alerta y hacerme dudar de la propia Sandra, lamentablemente lo había conseguido. La mañana que recibí el anónimo, pensé en decírselo pero, cuando la tuve delante, algo me frenó. ¿Y si no podía fiarme de ella?

No podía dejar que una tontería de nota manuscrita empañara mi vida allí, una vida que había comenzado a valorar, y no estaba dispuesta a permitir que la sombra de la duda lo pudriese todo. Decidí olvidar la nota y no hacer pesquisas sobre su procedencia o su intención.

El entrenamiento había acabado y Pedro, el adonis de la ferretería, el chico que había tonteado con Sandra y hecho llorar a Carolina, me guiñó el ojo desde un extremo del campo. Aparte del ferretero era también el entrenador de fútbol de los chavales. Todo el mundo era varias cosas en Zumaque; había más roles que desempeñar que almas morando el pueblo. Reaccioné a su guiño con una mueca de desagrado. Por suerte para mí, era inmune a los guapos tontos.

Bajé a los vestuarios para recoger a Teo y descubrí una desagradable escena que me hizo hervir la sangre. Un niño alto y fuerte, un par de años mayor que Teo, le propinaba un empujón a mi pelirrojo favorito. Teo se balanceó sobre sí

mismo intentando mantener el equilibrio, pero no pudo evitar caer al suelo y mancharse de barro. El niño mayor soltó una carcajada maligna y escupió un gargajo junto a las zapatillas manchadas de Teo.

—Eres una mierda, Risketos —dijo el macarra antes de largarse de allí y dejar a Teo rojo de vergüenza e indignación sobre el césped mojado. Tal vez debí haber corrido para auxiliar a mi chico, pero el instinto me hizo aguardar al macarra de turno. Lo esperé agazapada tras la pared de los vestuarios.

—Eh, tú, payaso. —Lo trinqué del brazo cuando pasó por mi lado, lo cual provocó en él una reacción de pajarillo asustado intentando escapar de las garras del cazador.

Se zafó de mi agarre y preguntó con evidente cara de mosqueo:

—¿Qué haces, tía loca?

Volví a agarrarlo con fuerza del brazo, una fuerza procedente de la ira que me embargaba.

—Eso es, niño, soy una tía loca. Una tía loca con familiares aún más locos que estarán dispuestos a darte una paliza, una paliza que te impedirá volver a jugar esta temporada y las siguientes si vuelves a ponerle un dedo encima a Teo. ¿Me entiendes?

El niño ya no intentaba deshacerse de la presión de mi mano sobre su brazo, solo asentía con cara de panoli.

—Y otra cosa, niño —añadí aprovechando que el espíritu de Rebeca de Mornay, en *La mano que mece la cuna*, aún habitaba mi cuerpo—: si tú o tus colegas mierdosos volvéis a llamarlo Risketos, me encargaré de que todo el mundo sepa esa cosa que tú y yo sabemos que es mejor que no sepa nadie.

Vi el terror en sus ojos. Yo no conocía a ese mocoso de nada, pero sé que todo el mundo tiene cosas que no quiere que nadie sepa, especialmente a los catorce años. Cuando estimé que estaba lo suficientemente aterrorizado, liberé su brazo y lo dejé ir. Estaba seguro de que ese niño no volvería a ser un problema para Teo. Era la primera vez que amenazaba a alguien; resultaba especialmente rastrero que hubiera sido a un crío preadolescente. No era algo

de que estar orgullosa y, sin embargo, me sentía bastante bien.

Vi llegar a Teo, ya cambiado y fingiendo estar alegre. Quise decirle que ya no debía preocuparse por ese macarra pero, en lugar de eso, le dije:

—Oye, qué bien has jugado. Eres la envidia de tus compañeros, chaval.

—Ya, seguro —dijo él esbozando una media sonrisa—. ¿Y Carlos dónde anda?

—Ha ido a por la furgoneta; tenemos que esperarlo en la puerta del campo.

Mientras esperábamos a Carlos, comenzaron a caer unos copos de nieve que se deshacían al llegar al suelo. Eran mis primeros copos de nieve. Extendí los brazos, levanté la mandíbula y observé el cielo agradecida. Comencé a reír a carcajadas. Estaba nevando. No pude reprimir los saltos de alegría.

—¡Está nevando, Teo, está nevando! —exclamé cogiéndolo de las manos y dando vueltas como en el corro de la patata.

—Estás loca, seño —dijo muerto de la risa mientras ambos girábamos cogidos de la mano bajo el agua helada.

—¿Hay una fiesta y nadie me ha invitado?

Dani apareció justo en ese momento. Salía del polideportivo con la equipación de baloncesto. Deshizo el nudo de nuestras manos y se unió al improvisado baile de la nieve. Allí estábamos los tres, dando vueltas y riendo en una especie de baile tribal que daba las gracias a los dioses por la nieve caída. Un instante feliz: eso era lo que estaba viviendo. Un instante del que estaba segura que se convertiría en un recuerdo para atesorar con el transcurso del tiempo. A veces desearía conservar la inocencia de cuando se es feliz y se ignora lo que está por venir.

La magia de aquel momento se rompió con el estridente pitido de la furgoneta de Carlos.

—¿Te veo mañana en El Alquimista, Diana? —preguntó Dani.

—Eso está hecho —contesté guiñándole el ojo del mismo modo que Pedro, el de la ferretería, hubiera hecho poco antes conmigo.

En el camino de regreso, mientras ascendíamos la carretera con el traqueteo

de cascarria vieja de la furgoneta que abastecía de pan a los vecinos de la localidad, Teo y yo observábamos los copos caer a través de la ventana. Yo no podía borrar la sonrisa de la cara e incluso Teo, a pesar de su desencuentro tras el partido, parecía sonreírle al mundo exterior. Carlos, en cambio, no había dicho una palabra desde que nos recogió y su rostro estaba serio, algo nada habitual en él. Nuestra improvisada danza tribal parecía haberle disgustado.

—¿Qué hay entre Dani y tú?

Rompió el silencio a bocajarro. Me sentí incómoda, molesta incluso, con aquella pregunta indiscreta que no esperaba de sus labios. ¿Qué había entre Dani y yo? No era una pregunta fácil para mí. Había habido chispas al conocernos, al menos por mi parte. Después, en la noche del cumpleaños de Sandra, me había parecido que el flirteo mutuo que habíamos mantenido desde nuestro primer encuentro había evolucionado a una atracción irresistible, a una complicidad mágica que no podía ignorar. Dani me gustaba muchísimo, pero él me despistaba. Después del cumpleaños lo noté un poco más distante. Tal vez se hubiera sentido abrumado por el beso que había estado a punto de suceder esa noche. Tal vez yo no le gustara tanto. Sin embargo, en los últimos días había vuelto a invitarme a por unos bollos de canela, a observarme con ojillos traviosos desde la barra de la cafetería y aquella misma tarde, sin ir más lejos, no había dudado en unirse a nuestro baile de la nieve. Me desconcertaba.

—Nada. No hay nada entre Dani y yo —contesté con seguridad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que Dani...

Hizo una pausa que me resultó eterna.

—¿Es que Dani qué? —inquirí ansiosa.

—Nada, no es nada.

¿Por qué nadie hablaba con claridad? Si tenía algo de que advertirme, ¿por qué se había callado? Empezaba a estar harta de las medias verdades y de las insinuaciones de todo el mundo. Regresé la vista a los copos, que hacía rato

habían comenzado a cuajar sobre el suelo formando un fino manto blanco sobre la tierra húmeda.

La nieve cayó incansable durante horas, durante días, durante todo el primer fin de semana de diciembre. Nos quedamos aislados en la casa roja. Los niños no habían podido bajar al colegio ni el jueves ni el viernes, así que dedicamos las mañanas a avanzar en sus lecciones. Hacíamos pausas para descansar y picar algo. En uno de esos pequeños recreos, salimos al exterior, al porche de la gran casa, para respirar el aire puro y gélido. Admiré la arboleda que daba acceso a la mansión. Las ramas, ahora níveas, formaban un arco helado de belleza sobrecogedora. Teo fue el primero en lanzar una bola de nieve. Carolina lo siguió. Ambos dirigieron sus proyectiles a mi abrigo blanco. Me preparé para la guerra. Las bolas surcaban el aire helado y alcanzaban sus objetivos con mayor o menor fortuna. «¡Chúpate esa, Mary Poppins!», exclamaba Carolina cada vez que una acertaba a estamparse sobre mis orejas rosas. Reía como nunca. El hada en la nieve había dado un cambio abismal: si bien conservaba la chulería y apatía propia de su edad rebelde, ya apenas se molestaba en aparentar no divertirse cuando lo pasaba bien. Era esperanzador. Yo no era una buena tiradora de bolas de nieve debido a mi inexperiencia, apenas había logrado impactar dos bolas de muchas sobre mis objetivos por abatir. Pero me había esmerado en preparar un gran proyectil compuesto de numerosas capas de nieve; había moldeado una bola enorme y compacta que pretendía ir directo al trasero de Carolina, que en esos momentos mantenía una lucha encarnizada con su hermano Teo en el suelo blanco. Agarré firme la bola con la mano derecha, roté el hombro hacia atrás y levanté el brazo sin perder de vista mi objetivo. Esta vez no iba a fallar. Con la trayectoria fijada, lancé la bola con todo el impulso del que fui capaz. Tan concentrada estaba en mi objetivo que no vi a la persona que se acercaba a los

niños hasta que mi inmenso proyectil se estampó en toda la superficie de su cara y la hizo caer de culo sobre la nieve. Teo y Carolina se revolcaban de risa en la nieve mientras Julia Díaz se limpiaba el agua helada de la cara e intentaba incorporarse con una elegancia que había perdido por completo al caer sobre las nalgas.

—¡Julia! Lo siento muchísimo —Corrí a ayudarla resignada sabiendo que mi deseo de desaparecer de allí *ipso facto* no iba a cumplirse—. No la había visto, le juro que iba dirigida a Carolina.

Nuevas risas procedentes de Teo y Carolina estallaron con mis palabras. Maldije mi suerte y mi pésima puntería. Le extendí mi mano. No la asió. Farfulló unas cuantas palabrotas. Una vez en pie, recobró su pose de actriz de Hollywood y empleó su habitual tono de mando para preguntar lo siguiente:

—¿No deberíais estar en clase?

—Estábamos en el descanso —me justifiqué—, pero ya regresábamos.

Regresamos al interior de la casa entre risas contenidas. Guadalupe nos sonreía desde la ventana del vestíbulo; como siempre, había sido testigo de todo lo ocurrido. Cuando se aseguró de que Julia Díaz no podía oírnos, me dijo:

—¿Estás segura de haber fallado la bola? Yo creo que has dado en el blanco. Nos reímos sin reservas. Había sido un momento memorable.

El señor Caballero trabajó desde casa esos días. Lo vi salir y entrar de su despacho, ubicado en la primera planta, justo al lado de la sala de estudios. Su presencia ejercía un poder magnético sobre mí. No podía evitar seguir sus pasos con la mirada, aunque intentaba hacerlo de forma discreta para que nadie, sobre todo él, se percatara. No tenía claro si su magnetismo procedía de su propia altivez o de justo lo contrario: de los momentos en que acertaba la distancia con el resto de los seres humanos y se mostraba como una persona

cercana de gestos amables. Guadalupe lo veneraba tanto o más como aborrecía a la señora Díaz. Pero Guadalupe solo hablaba de lo que quería hablar; además, era astuta y percibía rápido cuando intentaba sonsacarle información mediante argucias de la comunicación. En esos momentos cortaba tajante la conversación con un «¿Es que no tienes nada que hacer, niña? Yo no tengo tiempo de estar de cháchara», y se marchaba a sus quehaceres dejándome con las ganas. Pero esos días había flaqueado y la inquebrantable armadura que portaba se resquebrajó. Fue la tarde del sábado. Yo llevaba encerrada en la casita toda la mañana. Había visto caer la nieve desde la ventana al compás de las notas melancólicas de Ed Sheeran y de Adele, había acabado una nueva novela y había visto dos episodios de *Motive*, una serie policíaca canadiense donde sabes quién es el asesino, pero tienes que averiguar el móvil. Había incluso chateado con Rita y también con Sandra. Ambas aseguraban echarme de menos. Yo también las extrañaba, aunque un poco más a Sandra, pues su presencia se había hecho tan familiar en mi vida que los cinco días que llevábamos sin vernos me parecían más que los dos meses que llevaba sin ver a Rita, a cuya ausencia ya me había acostumbrado, aunque no por ello no me muriese de ganas de compartir un buen rato de diversión junto a ella. La cabaña se me había empezado a hacer pequeña y decidí, tras un café junto a la chimenea, calzarme mis botas de nieve, mi abrigo blanco, mis orejeras rosas, y salir a deambular por los alrededores.

Había al menos cincuenta centímetros de nieve polvo y mis extremidades se hundían a cada paso como si caminara sobre toneladas de harina. El paisaje se ocultaba tras un mar de nubes. El horizonte era inescrutable. Todo alrededor era gris y blanco. Pensé que me hallaba en un Olimpo nevado, o tal vez en Narnia o en algún lugar más allá del Muro. Pero entre tanta blancura inmaculada, la casa principal se alzaba desafiante, roja como la sangre, como las hojas del árbol zumaque. Me había ido acercando a la casa sin ningún interés en particular, solo por la extraña satisfacción de seguir hundiéndome en la nieve.

Distinguí el plumífero verde de Guadalupe en la entrada. Estaba sentada en un escalón del porche. Ocultaba su rostro tras las palmas de sus manos. Parecía que llorase. Apartó las manos de la cara al escucharme llegar. Se secó las lágrimas en un movimiento rápido y fingió que no lloraba, pero ya era tarde.

—Eh, ¿qué ocurre? ¿Va todo bien ahí adentro? —Señalé la casa mientras me acomodaba junto a ella en el escalón.

—No es nada, niña. ¿Y tú qué demonios haces deambulando por aquí? —Recuperó su compostura habitual mientras cambiaba de tema, pero esta vez no iba a librarse.

—Guadalupe, hay veces que contarle libera. Anda, pruébalo.

—Ya te he dicho que no es nada. Cambios hormonales, esta puta menopausia que me trae loca.

—Eres terca como una mula —le recriminé.

—Vale, es mi madre.

—¿Tu madre? ¿Está mala? —pregunté antes de que volviera a colocarse la armadura. Asintió con un movimiento leve de cabeza.

—La peor de las enfermedades: alzhéimer. Está empeorando mucho. Está en una clínica. Antes iba los sábados y los domingos, pero cambiaron los días de visita. Ahora, en vez de los domingos, voy los miércoles por la tarde. —He ahí el motivo por el que ya no podía bajar a Teo los miércoles; me sentí ruin por haberla criticado en su momento—. El pasado miércoles no me reconoció ni un instante. Se pasó las horas gritando para que me echaran de su habitación. Decía que yo era una espía rusa que quería envenenarla. —Sonrió amargamente—. Hoy no he podido verla por culpa de esta maldita nevada. He llamado a la clínica para preguntar por ella. Dicen que está mejor, tranquila y calmada, pero no me fio. No puedo verla y me ha dado un bajón. Malditas hormonas de mierda.

Posé mi mano en su rodilla a modo de consuelo. Dudé si abrazarla, pero temí que tal vez aquello fuera demasiado para ella y generara el efecto

contrario al deseado. La mano fue suficiente. Lloró un poco, dos o tres minutos. Luego se recompuso. Enjugó las lágrimas y movió un poco la pierna, lo justo para indicarme que debía quitar ya mi mano de su rodilla. Había abierto un poco su corazón y ya era el momento de volver a cerrarlo.

—¿Y sabes qué, niña?

—¿Qué?

—Justo al acabar la visita vi algo del todo inesperado.

—Soy toda oídos.

—Y también debes ser una tumba o no te contaré ni una palabra más.

—Comprendido. Una tumba.

—Hay dos ascensores en la clínica. Yo salía al vestíbulo por el de la izquierda, y en ese momento una mujer rubia entraba por el de la derecha. De espaldas no llegué a reconocerla pero, cuando al meterse en el ascensor se giró, pude verla de frente. Era Julia Díaz. En el instante previo a que las puertas automáticas se cerraran, ella también me vio. Estoy segura. En esa fracción de segundo, se me ocurrió pensar que tal vez se hubiera acordado de que era miércoles y yo iba a ver a mi madre. Pensé que, a lo mejor, quería interesarse en su estado de salud, recogerme o algo así. Pero su cara se descompuso al verme, como si se hubiera visto descubierta en algo, como si la hubiera pillado in fraganti haciendo algo que no debía. Apartó la mirada de mí y la dirigió a la caja de botones del ascensor, pulsando frenéticamente con el dedo uno de ellos para que las puertas se cerraran lo antes posible.

—¿Estás segura de que era ella?

—Tan segura como de que me llamo Guadalupe García Escobar.

—Tal vez no te vio.

—Por mis muertos que me vio.

—¿Y crees que fue a ver a tu madre?

—¡Pero si no la conoce! Tuvo que ir a otra cosa.

—¿Pero qué tipo de clínica es? ¿Es una residencia para enfermos o es otra cosa?

—Aparte de alojar pacientes, hay un ala de consultas. Ya sabes, psiquiatras, psicólogos, ¡todos loqueros!

Qué curioso. ¿Habría ido a visitar a alguien o habría acudido a una consulta? Lo que estaba claro era que no quería que nadie lo supiera.

—Seguramente haya ido a tratarse la mala leche —bromeé con Guadalupe, que no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Bueno, niña, me ha venido bien esta pequeña charla —dijo levantando sus posaderas del escalón del porche— pero, como le cuentes a alguien una sola palabra, olvídate de comer jamás ni un bocado de mis tortitas.

—Mis labios están sellados.

Capítulo 12

PREÁMBULO DE NAVIDAD

—No quiero que te vayas, Diana. Quédate, porfa, lo pasaremos muy bien. Iremos a la ciudad a ver las luces y nos compraremos unos modelazos para lucir las noches de fiesta. Seremos las reinas de El cuervo.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina. En dos semanas sería Nochebuena. En El Alquimista el espumillón rojo y verde decoraba las paredes. También había un árbol pintado en la pared que, en vez de con bolas, estaba adornado con fotografías de clientes habituales de la cafetería. Algunas eran muy antiguas, de la década de los setenta incluso. En lo más alto del árbol, en el lugar tradicionalmente dedicado a la estrella, habían colocado la fotografía del antiguo dueño de El Alquimista. Un hombre de frente algo más que despejada y barba negra sonreía al fotógrafo desde la barra, donde apoyaba las palmas de sus manos. En su hombro, un trapo de cuadros azul y blanco igual al que Dani solía utilizar. Tenía cara de buena persona.

Dani no estaba en la cafetería. Había dejado al mando a Rafa, un joven veinteañero que solía trabajar para él algunas horas y se desenvolvía tan bien como su jefe con los clientes. Al parecer, era habitual que Rafa se quedara al frente del negocio algunos días al mes, cuando Dani iba a visitar a su familia. Fue una pena no poder verlo. La nevada me había tenido aislada algunos días y en esos días había pensado mucho en él, en las ganas que tenía de dar un paso más. Ese paso tendría que esperar.

Tenía a Sandra sentada frente a mí, sorbiendo su café e intentando convencerme de que, a diferencia del conocido turrón, no regresara a casa por Navidad. Yo pensaba volver a casa. ¿Quién no quiere regresar a su pueblo en fechas tan señaladas? ¿Quién no quiere estar en su casa, con su familia y sus amigos? Creo que yo no quería. No tenía unos padres ni unos hermanos con quien celebrar la Nochebuena. La pasaría comiendo *pizza* frente al televisor y deseando que llegara la Nochevieja para disfrutarla junto a Rita con la ayuda del champán. Pero empezaba a creer que unas risas y una ronda de bares junto a una emperifolladísima Rita no era un motivo de peso real como para desear de manera ferviente volver a casa. Sin embargo, había una razón más poderosa por la que quería volver y era absurda y patética al mismo tiempo. No quería decirle a nadie —ni a Sandra ni a Dani ni a Guadalupe ni, menos aún, a los Caballero Díaz— que prefería quedarme porque no tenía una vida a la que regresar. Prefería marcharme antes de que se compadecieran de mi penosa existencia. Qué ironía irme de un lugar donde deseaba quedarme para que no creyeran que no tenía un lugar mejor al que acudir.

Sandra, tengo ganas de ver a mi gente —dije sin mucha convicción.

—Ya lo sé, pero es una oportunidad para pasar las fiestas juntas. ¡No sabemos si estarás aquí el año que viene!

No, desde luego que en aquel momento no sabíamos nada de nada. Sin embargo, algo en aquellas palabras, un deseo de hacer caso a mis apetencias o una intuición acertada, me hizo tomar la decisión en aquel preciso instante.

—Eres la tía más pesada sobre la faz de la Tierra. ¡Me quedaré aquí!

Sandra dio palmitas con sus manos, se levantó y me dio un achuchón, antes de volver a sentarse triunfante frente a su taza de café.

—Lo pasaremos bomba, ya verás. Le diré a mi madre que ponga un plato más en Nochebuena. Este año cenamos en mi casa. Vendrán mis tíos y mis abuelos. Nos pillaremos un puntito y luego nos iremos a El cuervo.

—No quiero ser una molestia, Sandra.

—¿Una molestia? Serás mi tabla salvavidas. La excusa perfecta para

largarme sin tener que fregar los platos.

Hicimos algunos planes navideños antes de abordar un nuevo tema que llevaba mucho tiempo deseando comentarle. Aproveché que ella había comenzado a hablarme de su profesor de instituto, un misterioso hombre del que no me daba demasiados detalles. Sabía que impartía clases de Historia en la ciudad, que era mayor que ella, que Sandra se veía con él un día a la semana, pero que —según decía— no era el tipo de hombre con quien mantener una relación seria. Eso no me sorprendía. Sandra era un espíritu libre; sentirse atada de alguna manera a una persona no formaba parte de su forma de ser. Aun así se notaba que ese hombre le gustaba, al menos le gustaba más que el resto de los pretendientes masculinos que la rondaban. Puesto que el tema «hombres» estaba sobre la mesa, decidí pedir unos bollos de canela y afrontar al fin la cuestión.

—Sandra, creo que me gusta Dani.

Preferí ir directa al grano, aunque lo dije mirando el fondo de mi taza de café, incapaz de mirar a la cara a Sandra, temerosa de su reacción. Indignada levanté la vista al escuchar sus carcajadas.

—¿No me digas? ¡Jamás lo hubiera imaginado! —Volvió a reírse y yo capté la ironía—. Es más que evidente, nena.

—¿Ah, sí? —No oculté que me había molestado su reacción—. Y si tan evidente es, ¿por qué no me has dicho nada nunca?

Sandra, quien acostumbraba a dar respuestas rápidas y directas sin haberlas pasado por filtro, se calló unos segundos antes de responder.

—No sé, es que Dani...

—¿Es que Dani qué? —Otra más andándose con rodeos—. ¿Te has liado con él, no?

—Pues no, listilla, no me he liado con él. Eso crees, ¿no?: que me he liado con todos los tíos de este pueblo y alrededores.

—Sandra, yo no he dicho eso en ningún momento.

—¿Y qué si lo he hecho? —Se levantó airada de la silla y continuó ofendida

con su perorata—. Estaría en mi derecho. Soy joven y soy libre. ¿Acaso no puede una mujer disfrutar y hacer lo que le venga en gana sin que la juzguen?

Había alzado la voz y los clientes del local se habían vuelto a mirarla.

—Sandra, por favor, siéntate y cálmate. Yo no he insinuado nada de lo que estás diciendo.

Creo que dudó por un momento si marcharse o volver a sentarse. Optó por la segunda opción.

—Joder, es que estoy harta de la gente y de sus habladurías, y ahora tú me sales con esas.

—Perdóname, no pretendía ofenderte. Solo lo he preguntado porque el día que lo conocí me pareció que flirteabais y no estaba segura de si había algo entre vosotros o no. Por eso no me he atrevido a contarte nada antes.

Pareció satisfecha con mi explicación, porque relajó la crispación de su rostro y volvió a utilizar un tono normal de voz.

—Está bien, siento haberme puesto así. Supongo que me has pillado un poco susceptible. Pero tranquila, ese flirteo del que hablas ha sido siempre la forma habitual de comunicarnos entre nosotros. Nunca ha habido nada, nunca me ha dado pie; si lo hubiera hecho, otro gallo hubiera cantado. No está nada mal este Dani.

Me alegré de que volviera a sus frases sin filtros.

—¿Y por qué has dicho «es que Dani...»?

—No sé, porque Dani no ha estado con ninguna chica desde que volvió al pueblo. Eso siempre me ha resultado raro. Un tío como él, tan guapo y tan simpático, podría tener a quien quisiera y no parece querer a nadie, ni mujeres ni hombres. Es extraño.

—Tal vez no haya conocido a la persona idónea.

—Puede ser. Tal vez estaba esperando a una chica del sur que viniera a rescatarlo de este frío pueblo del demonio. —Me guiñó el ojo.

—Puede ser. —Sonreí—. En el día de tu cumpleaños, creo que estuvimos a punto de besarnos, pero entonces empezaron a cantarte el cumpleaños feliz y

yo recordé que tenía que buscar a Carolina y salí de allí como una bala. Después de aquello no ha vuelto a producirse un momento similar hasta el otro día, que bailó conmigo y con Teo bajo los copos de nieve al acabar el entrenamiento.

—¡Vaya, vaya, de lo que se entera una!

—No estoy segura de si le gusto o de si tan solo se muestra amable.

—Pues tenemos un nuevo plan para esta Navidad: Operación Alquimista. Tenemos que averiguar qué coño le pasa por la cabeza a ese tío antes de año nuevo.

—Madre mía, creo que me arrepentiré de mi decisión de quedarme.

Cuando comenté mi decisión de quedarme en la casa roja, me sentí tan estúpida como había imaginado. Les di la noticia un poco antes de la cena, quería asegurarme de que estuvieran todos presentes y sabía que, minutos antes de que Guadalupe la sirviera, la familia al completo estaría ya pululando por el comedor. Me disculpé por la intromisión antes de preguntarles si les parecía bien que pasara las Navidades en la casita.

—¿Es que no tienes a dónde ir? —Julia Díaz fue la primera en hablar, con tal desprecio que sentí como si estuviera devolviéndome la bola de nieve que le había estampado en la cara por accidente días atrás.

—Sí, sí tengo a dónde ir —contesté procurando mantenerme digna—, pero he hecho amistades aquí y me gustaría disfrutar las fiestas en su compañía. De hecho ya tengo planes para Nochebuena y Nochevieja —agregué para que dejaran de compadecerse de mí, si es que alguien lo hacía.

—Pero clases no habrá, ¿no? —preguntó Teo haciendo gala de su naturalidad.

—Bueno, eso ya dependerá de la decisión que tomen vuestros padres. Si

me quedo aquí, por supuesto que estaré disponible para cualquier momento en que se me requiera.

—¡Joder, Mary Poppins! ¡Anda y pírate a tu pueblo! —exclamó Carolina.

—Por supuesto que puedes quedarte en la casita siempre que quieras, Diana. Es un periodo vacacional y no tendrás que impartir clases, a menos que lo desees o que las notas trimestrales de Teo y Carolina lo requieran —dijo Alexander mirando con gravedad a sus dos hijos—. En cualquier caso, si requerimos tus servicios, se considerarían horas extras.

Asentí con una sonrisa y el señor Caballero agregó unas palabras más, las justas para hacerme sentir un poco menos estúpida.

—Será un placer tenerte por aquí en Navidad. Ya sabes que la puerta de esta casa estará abierta si te apetece unirse a cualquiera de nuestras celebraciones.

Vi a Guadalupe sonreír desde un rincón del comedor. Ella también se alegraba de que yo me quedara aunque nunca lo diría.

Dani, que ya había regresado de su mensual visita a la familia, también pareció alegrarse de mi decisión.

—Esto es un notición, Diana. Bollito de canela especial para ti para celebrarlo.

Sonreí coqueta. No podía evitarlo, estaba feliz de volver a verlo, de que se alegrara de mi presencia allí en Navidad. Claro que, si él se iba con la familia, mis fiestas en Zumaque no cumplirían mis expectativas.

—Y tú, Dani, ¿te quedarás aquí o pasarás las fiestas con tu familia?

—Lo cierto es que pensaba bajar algunos días, pero... ¿sabes qué? Acabo de verlos y creo que soportarán no verme el careto durante algunas semanas más. Me gusta pasar las fiestas aquí; el ambiente en El Cuervo es estupendo, pero este año, además, tengo el mejor de los alicientes para quedarme.

Y dicho esto posó su dedo índice sobre la punta de mi nariz, como una varita mágica concediéndome un deseo. Eran las doce de la mañana y El

Alquimista estaba rebotado de clientes, incluida Sandra, que me observaba divertida desde nuestra mesa. Si no fuera por aquellos elementos, no habría podido aguantarme las ganas de ponerme de puntillas sobre el taburete para sortear mejor el muro que se interponía entre nosotros —en este caso la barra del bar— y plantarle un beso en los morros, en esos morros tan bonitos.

—¿Y bien? —preguntó Sandra sonriente cuando regresé a mi asiento.

—Iba a visitar unos días a la familia en Navidad, pero ha decidido quedarse aquí cuando le dije que me quedaba. ¿Cómo lo ves? —le pregunté triunfante.

—Lo veo fenomenal, nena. Vaya, vaya, parece que este Dani se nos va a enamorar...

—¡Oh, venga ya, exagerada! Con tenerlo rendido a mis pies besando el suelo que piso, me conformo —bromeé.

Degustamos los bollos cortesía de Dani mientras disfrutábamos de una de nuestras charlas sobre todo un poco. Charlar con Sandra era sencillo. Era seis años más joven que yo, pero su madurez acortaba la diferencia de edad. Era una chica lista que no había podido estudiar en la universidad, pero estaba al día de los sucesos del mundo y se interesaba en las cosas que desconocía. Su espontaneidad la convertía en una interlocutora de lo más amena. Estaba empezando a quererla mucho. Por eso me exasperaba la sombra que empañaba mi relación con ella, la desconfianza que a veces me generaba cuando me contaba las cosas a medias o sentía que me ocultaba información. Tal vez no lo hiciera a menudo, quizás solo me parecía a mí; desde luego yo estaba aún sugestionada por aquella nota anónima que no había podido llegar a olvidar.

—Sandra, ¿cómo es tu relación con Carolina?

Este tema me había resultado extraño desde el primer momento. Se llevaban nueve años. Sandra decía ser su amiga, pero nunca la había visto con ella más allá de la tarde de su cumpleaños.

—Ya te dije, somos amigas.

—¿Muy amigas?

—No, no sé, amigas normales supongo. Carolina viene a nadar, la conozco de eso.

—¿Y subiste cuatro kilómetros expresamente para invitarla a tu fiesta de cumpleaños?

—No subí andando, me llevaron. ¿Oye, qué es esto?: ¿un puto interrogatorio?

—¿Por qué te pones a la defensiva? Solo es curiosidad. Simplemente me extraña tu relación con ella; le sacas nueve años.

—¡Joder y tú me sacas seis! ¿Qué importa eso?

—No es solo la edad, es que en realidad nunca te he visto con ella.

—Oye, pues ven los martes y jueves a la piscina a las seis y nos ves, ¿vale? ¡No sé qué quieres que te diga!

—Vale, vale, perdona, ya no te molestaré más con ese tema.

Nos acabamos nuestros respectivos bollitos en silencio, disgustadas la una con la otra. Sandra fue la primera en levantar la bandera blanca.

—Oye, mira, es que Carolina y yo no nos llevamos tan bien últimamente. Es un asunto complicado.

—¿Es por Pedro, el de la ferretería?

Sandra me miró extrañada, pero dos segundos después contestó:

—Sí, es por Pedro. Ya sabes, ese tío es tan idiota como guapo.

—Ya, supongo que Carolina está en esa edad en la que una se enamora de capullos sistemáticamente. Seguro que ha visto cómo te tira los tejos y se ha enfadado.

—Exacto —contestó Sandra de inmediato, como si le hubiera puesto en bandeja la excusa perfecta. Ahora sí que me sentía enfadada con ella. Era más que evidente que Pedro, el de la ferretería, no tenía nada que ver en su complicada relación con Carolina. Me estaba mintiendo. Pero lo dejé estar, no quería volver a discutir con ella una vez más y había empezado a

sentir un leve dolor de cabeza.

El dolor de cabeza fue aumentando progresivamente en las horas posteriores y estuvo acompañado de náuseas y vómitos. Permanecí al margen del mundo casi por cuarenta y ocho horas, anclada a la taza del váter de la cabaña o durmiendo en la cama en los momentos de mejoría. Guadalupe cuidó de mí esos dos días. Me traía sopas, que yo expulsaba de mi cuerpo al poco de ingerir, y me proveía de sueros para que no me deshidratara. Eso sí: lo hacía con mascarilla. «No querrás que pille el virus... Esta casa se vendría a pique sin mí, niña. No puedo ponerme mala», me decía y yo me sentía, ante aquella visión, como en la película *Estallido*, de Dustin Hoffman: en cuarentena, aquejada de un virus desconocido y mortal. Tal vez aquel hombre antipático, el primero que había visto en Zumaque, había hecho bien en rehuirme. Mi mente enferma enlazaba un pensamiento surrealista con otro sin darme tregua. Guadalupe, además de alimento, me había traído un dibujo que Teo había hecho. Se había dibujado a él mismo recogiendo la copa del torneo de fútbol y me había dibujado a mí aplaudiendo desde la grada. Había añadido una frase al pie de folio que decía: «Ponte buena pronto, señor». Y hasta Carolina se había dignado a preguntar por Mary Poppins. Según Guadalupe, tanto Alexander como Julia se habían interesado en mi estado de salud y habían manifestado que no me preocupara por las clases, que solo se retomarían cuando me encontrara en perfectas condiciones.

Al tercer día me encontré mejor y, aunque era sábado y la climatología no era buena, a eso de las cinco de la tarde, decidí abandonar el limbo de los enfermos y reincorporarme al mundo de los vivos. Me sentía físicamente agotada, pero había recobrado las ganas de participar de la vida cotidiana. Obligué a mi cuerpo a caminar hasta la casa roja para informarles de mi recuperación, de mi disponibilidad y para agradecerles sus muestras de afecto, aunque algunas fuesen obligadas.

Guadalupe me abrió la puerta y dio dos pasos atrás al verme, para

ponerse a salvo del contagio, pero se alegró de ver mi mejoría. Me acompañó hasta el salón principal, donde tenía lugar una escena digna de un cuento de Dickens o de una película de sobremesa de Antena 3.

En una esquina del majestuoso salón, sobre una alfombra persa y junto a la ventana de mayor tamaño, un magnífico y frondoso abeto adornaba la estancia. Había cajas de cartón abiertas, de donde sobresalían diversos adornos y luces de Navidad. El fuego crepitaba en la chimenea. Alexander estaba agachado junto al árbol, apoyado sobre su pie izquierdo y su rodilla derecha. Vestía un jersey de punto burdeos con un cuello ajustado pero ligeramente elevado, tipo Perkins. Un adorno con forma de reno dorado colgaba de la parte baja del abeto. Carolina y Teo rebuscaban más adornos entre las cajas. La escena familiar me conmovió. Era tan perfecta, tan cinematográfica, que casi deseé sacarles una foto para subirla a Instagram. De repente caí en la cuenta de que Julia no estaba en la estancia; tal vez su ausencia era justo lo que la convertía en una escena perfecta.

—¡Diana!

Teo fue el primero en percibir mi presencia y corrió a abrazarme.

—Hola, Teo, no te acerques mucho, que no quiero pegarte nada —le dije mientras alborotaba su hipnótico cabello.

Carolina no llegó a saludarme del todo, pero un esbozo de sonrisa fue más que suficiente. Llegó el turno de Alexander que, sin llegar a incorporarse, me dijo:

—¡Cuánto me alegro de que estés mejor, Diana!

—Gracias. Solo quería que supierais que ya me encuentro bien y estoy disponible para lo que necesitéis.

—¡Estupendo porque lo cierto es que te necesitamos ahora mismo! — exclamó jovial Alexander.

Sus hijos lo miraron estupefactos temiendo tener que recuperar las clases justo en ese momento, y reconozco que yo misma tuve ese temor.

—Necesitamos tu ayuda con la decoración navideña. Hay mucho que

colocar y Julia no está. Necesitamos dos manos más y las de Guadalupe están amasando harina para las galletas. ¿Qué dices?, ¿te unes a nosotros?

¿Que si me unía a ellos? ¡Me moría de ganas de participar en esa escena! En las Navidades de los últimos años, había decorado sola, en mi piso (Ricardo siempre estaba trabajando), un ridículo árbol formado por un triste alambre en espiral que había comprado en IKEA. Participar de la decoración de aquel abeto, en un ambiente tan idílico, era casi un pequeño milagro de Navidad. Me volví a mirar a Guadalupe, sabía que estaría detrás pendiente de todo. No me equivocaba: al girarme me encontré con sus ojos aspaventados diciéndome que ni se me ocurriera entrometerme en algo tan familiar. Pero no quería hacerle caso, ni aunque llevase razón. Quería formar parte de la estampa familiar por una vez. Quería ser la protagonista de la película. Quería, por unos minutos, ocupar el papel de Julia Díaz.

—¡Me encantaría! —Alexander sonrió, Teo aplaudió y Carolina siguió callada. La cosa pintaba bien—. ¿Por dónde empiezo?

El señor Caballero y yo nos ocupamos de las luces y de colocar los adornos de la parte alta del abeto; yo necesité de la ayuda de un taburete para ello. Teo y Carolina rebuscaban sus adornos favoritos y nos los iban alcanzando. Ellos decoraban también la parte baja y colocaban el espumillón. El olor de las galletas que Guadalupe preparaba inundaba la estancia. Se mezclaba a través de mis fosas nasales con la lavanda de la colonia de Alexander. Deseé haber podido embotellar ese aroma, llevarlo siempre conmigo en un frasco y destaparlo cuando necesitara una dosis de momentos sublimes. Alexander tarareaba una canción familiar, pero no acertaba a saber cuál era, seguro que de alguna película antigua que tenía en la punta de la lengua.

—Me suena esa canción.

—Sería imperdonable que no te sonara. —Alexander simuló enfado

—Es de una película en blanco y negro, pero...

—Imperdonable, imperdonable —repitió él—. Tócala de nuevo...

—¡Sam! —finalicé yo. Menuda idiota, desde luego era imperdonable no haber reconocido la melodía a la primera—. «As time goes by», de la película *Casablanca*. Mi única excusa es que acabo de recuperarme de un virus que, por lo visto, me ha debido atrofiar algunas neuronas.

—Por ahí te vas a librar —dijo Alexander sonriendo.

Yo admiraba su porte, sus facciones dulces, sus largas pestañas, sus ojos verdes, sus labios gruesos. ¡Cómo envidié, entonces, a Julia Díaz! Ella lo tenía todo. Tenía una belleza clásica que hacía girar las cabezas a su paso, tenía dos hijos estupendos junto a aquel hombre encantador, vivía en la casa más bonita que había visto jamás y, aun así, era una persona despreciable. Además, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué no estaba allí disfrutando de aquel momento? Ojalá no apareciese en toda la tarde.

Cuando los adornos del árbol estuvieron colocados, nos dimos cuenta de que faltaba el principal: la estrella que lo coronaba. Rebuscamos en todas las cajas sin hallarlo. Entonces, alguien recordó que se había quedado en una caja en el sótano. Teo se ofreció a ir a buscarla y Carolina decidió ayudarlo. Alexander y yo nos quedamos solos en el salón sin adornos para colocar.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Qué tal un pacharán? Tengo el mejor de todos.

—En ese caso tendré que aceptar; no siempre tiene una la ocasión de probar algo que sea el mejor de su especie —acepté sonriendo.

Me sirvió el mejor pacharán de todos de pie junto a la chimenea. El primer sorbo me supo a rayos; el segundo, solo a alcohol, y el tercero fue simplemente exquisito. Unos pocos tragos fueron suficientes para soltar mi lengua:

—¿Por qué Alexander? Es un nombre inglés, ¿no?

—Mi madre era inglesa, de un pequeño pueblo al sur del país, Whitecliffs. Cuando tenía quince años vino a España con su familia.

Visitaron Segovia, Toledo y dejaron Madrid para el final. El último día de su periplo español, acudieron al museo del Prado. Mi madre se quedó abstraída contemplando *El Coloso*, de Goya, y se separó del grupo sin darse cuenta. Los buscó por el museo sin resultado y, ya en estado máximo de nerviosismo, salió corriendo al exterior. Tan deprisa y apurada iba que perdió un zapato en la escalinata. Por suerte, mi padre estaba allí para recogerlo.

—¿En serio? ¿Igual que *Cenicienta*? No puedo creerlo.

—Pues créelo. Mi padre corrió tras ella para devolvérselo. Ella estaba llorando y él no entendía una sola palabra de lo que ella le contaba. Pero le puso su zapato y la abrazó para consolarla. Algunos minutos después su familia apareció en la puerta del museo. Estaban muy preocupados y no entendían la presencia de mi padre allí. Se marcharon con mi madre a los pocos minutos, tiempo suficiente para que mis padres se intercambiaran las direcciones. Tres años después de aquello, mi madre regresó a España y lo hizo para casarse con mi padre.

—¡Pero si solo se habían visto unos minutos! ¡Y ni siquiera se habían entendido!

—Pero se escribieron cartas durante esos tres años. Mi padre las escribía en español y mi madre, en inglés, y así fueron conociendo el idioma del otro y enamorándose perdidamente.

—¡Vaya!, es una historia maravillosa. ¿Y siguen juntos?

—Ambos fallecieron hace algunos años; mi padre lo hizo al año de morir mi madre. Estuvieron juntos más de cuarenta años.

—Es increíble.

No solo la historia era increíble, también lo era que Alexander me la hubiera contado así sin más. Era como si tuviera ganas, desde hacía tiempo, de hablar con alguien de esa historia. Seguramente la había contado en numerosas ocasiones, pero tal vez llevara un tiempo escondida en el silencio. Una historia de amor contada al calor de la chimenea. No se

me ocurría nada mejor. Que su madre fuese inglesa se me antojaba una buena razón para justificar la personalidad de Alexander: encantadora pero a veces altiva, sumamente correcta y con un toque de inaccesibilidad que echaba por la borda en ocasiones cada vez más numerosas. Mientras degustaba un nuevo trago del «mejor pacharán de todos», se me ocurrió que tal vez debería seguir siendo inaccesible conmigo porque, si continuaba mostrándose tan cercano y adorable, me iba a ser cada vez más difícil ignorar la taquicardia que solía provocarme su presencia.

—Diana... —pronunció mi nombre proseguido de una pausa. Sus pausas eran capaces de provocarme un infarto—. Creo que lo mejor que he hecho últimamente ha sido contratarte.

—¡Aquí está, la tenemos! —gritó Teo mientras Carolina levantaba en alto una estrella dorada.

Su interrupción en el salón fue tan inoportuna como necesaria porque no habría sabido qué decir ante semejante halago. En realidad no había sabido interpretarlo del todo. Desde luego debía referirse a mi labor como educadora, pero su tono de voz... ¿denotaba algo más? ¿Quería yo que denotara algo más? «¡Por supuesto que no!», me contesté rápido antes de divagar por aguas pantanosas. Él era Alexander Caballero, el padre de mis alumnos y, sobre todo, el marido de la madre de mis alumnos; no iba a permitirme entrar en esa paranoia absurda. Sin duda estaba influenciada por el ambiente familiar, el fuego y el pacharán. Decidí que ya era hora de abandonar la escena, de dejar de interpretar un papel que no me correspondía. Colocada la estrella, agradecí el magnífico rato disfrutado y me marché al refugio. Lo hice, eso sí, sin poder borrar la sonrisa idiota de mi cara.

La Navidad se nos echó encima a un ritmo vertiginoso. El último día de

clase coincidió con la entrega de notas de Teo y de Carolina. Teo había sacado sobresaliente en todo, excepto en Matemáticas y en Ciencias, donde había obtenido sendos notables. Carolina no solo las había aprobado todas, sino que había mejorado considerablemente la media con respecto al último trimestre del curso anterior. No cabíamos, en sí, de gozo. Yo estaba orgullosa de mis alumnos y de mi trabajo, pero lo más importante no eran las notas, era su actitud. El cambio de Carolina había sido abismal; seguía interpretando su papel de borde insufrible, pero se mostraba a sí misma tal y como era cada vez con más frecuencia. A veces, incluso, la sorprendía sonriendo. Se había cortado las puntas tintadas de rosa, pero seguía pareciendo un hada. Ahora era un hada buena, pero eso no tenía nada que ver con su cambio de *look*.

En cuanto a Teo, seguía irradiando luz, pero ahora de manera continua. Yo me había encargado de que no volvieran a meterse con él. No solo mantenía a raya al macarra que lo había empujado ofreciéndole mi mirada de Bulldog cada miércoles en los entrenamientos, también había ido un paso más allá y me había vuelto a meter donde no me llamaban. Una mañana me acerqué hasta su colegio y conseguí hablar con la directora. Le conté el problema que venía sufriendo Teo a causa de algunos abusos que se habían estado metiendo con él y llamándolo Risketos. Les dije que el señor Caballero estaba muy enfadado por ese asunto y que se vería obligado a cambiar a Teo de centro escolar si ese comportamiento hacia su hijo volvía a repetirse. Guadalupe me había contado que Alexander solía donar cada año una importante cantidad de dinero al centro, así que utilicé esta información a mi favor. Actué una vez más a espaldas de los Caballero Díaz, que no tenían ni idea de aquel asunto, pero en el centro nadie pareció dudar de la institutriz y, según las palabras del propio Teo, ningún cromañón se había vuelto a meter con él en muchos días.

El preámbulo de Navidad fue más memorable que la Navidad misma pues, aunque esta había sido bonita y divertida, ningún momento se quedó impreso en mis emociones como la tarde que hubimos adornado el árbol de Navidad de la casa roja.

Desde luego había habido momentos reseñables a lo largo de las fiestas. El primero de ellos había sido la actuación escolar del colegio de Teo. Habían organizado un espectáculo musical en el salón de actos. Yo me había sentado en la tercera fila junto a la familia, como un miembro más de ella. Lo había hecho al lado de Carolina y había dejado al matrimonio en el extremo opuesto. El indispensable *hit* navideño de Mariah Carey, «All I want for Christmas», había sido el elegido por la clase de Teo. Él iba de muñeco de nieve. Daban ganas de derretirse solo de verlo con su sombrerito de copa, su bufanda de rayas y sus dos enormes bolas de gomaespuma decoradas con algodón. Al margen de la actuación, lo más destacado había llegado un poco antes, cuando Sandra irrumpió en el salón de actos para ver la función de su sobrina. Había llegado tarde, en la pausa entre la segunda y la tercera actuación, y sus pasos habían resonado por el pasillo que había entre las dos hileras de sillas para el público. Como siempre, las cabezas se volvieron hacia ella. Me vio y yo la saludé con la mano; ella me respondió al saludo. Después saludó a los Díaz Caballero. Carolina no respondió y Julia lo hizo con una mueca desagradable que pretendía ser una sonrisa. Alexander había sido el único que había respondido con cordialidad, levantando la mano en gesto de saludo. Le había indicado que se sentara en un asiento libre en nuestra fila, pero ella declinó la proposición y se sentó en la fila de sillas de la hilera izquierda, junto a su madre, que la observaba con gesto serio. Me atreví a preguntarle a Carolina si estaba enfadada con Sandra. «Se supone que sois muy amiguitas, ¿no? Pues que te lo cuente ella, Mary Poppins», había sido toda su respuesta.

La Nochebuena había estado bien. La familia de Sandra se pasó la cena engullendo todos los manjares que habían preparado y cantando villancicos entre plato y plato. Yo había llevado un tiramisú casero de postre, que todo el mundo probó y nadie se acabó. Aun así habían sido muy educados y todos mintieron diciendo lo bueno que me había salido. Recién pasada la medianoche, nos fuimos a El Cuervo donde, tal y como había dicho Sandra, el ambiente era estupendo. No puedo decir que no me lo había pasado bien, pero

fue decepcionante comprobar que Dani se había encontrado indispuesto y se había ido a casa antes de que nosotras llegáramos.

En Nochevieja nos vimos. Yo había reservado mis mejores galas para la ocasión: un mini vestido dorado que me asemejaba a una burbujita Freixenet de lo más sexi. Estaba convencida de que Dani no podría resistirse a mis encantos. Nada más verme entrando en El Cuervo, abrió la boca y después dejó escapar un silbido.

—¿He muerto y he subido al cielo? —preguntó cuando me acerqué a él quien, ataviado con vaqueros, camisa gris, chaqueta negra y pajarita, estaba irresistible.

—Tal vez... ¿Me dejas ser tu guía?

Y a pesar de lo prometedor del inicio, la noche había acabado en nada. Nuestra charla junto a la barra se había visto interrumpida en incontables ocasiones por amigos de Dani, por Sandra, por conocidos del pueblo que, ebrios de felicidad y de alcohol, venían a sacarnos a bailar, a contarnos chistes malos de Año Nuevo o a darnos la tabarra así sin más. En un momento dado, Dani había mirado su móvil y salido fuera a hablar. No volví a verlo. Sandra, por su parte, estaba en un estado lamentable a eso de las tres de la mañana; había llegado el momento de que dejara de beber. Yo me quedaba con ella en su casa, así que estimé que lo más sensato era marcharnos de allí y dejar la Operación Alquimista para cuando soplaran vientos más favorables.

Y así sin más, la Navidad en Zumaque había llegado a su fin. Todos los deseos de año nuevo que habíamos esparcido al compás de los brindis estaban a punto de truncarse para siempre.

Capítulo 13

LA NOCHE DEL CRIMEN

El 8 de enero amaneció feo y gris. Las nubes cubrían el cielo y embotaban el ambiente, como si alguien hubiera instalado un techo más bajo, como si le hubieran robado unos metros al cielo y el aire fuese menos respirable. Tal vez solo lo notaba yo, quizá solo era el frío espeluznante, que ni todas mis capas térmicas ni mi abrigo blanco ni mis orejeras rosas eran capaces de llegar a mitigar. Todo ello, unido al hecho de que era el primer viernes después de las fiestas navideñas, era razón más que suficiente para que me pareciera la peor noche del mundo para salir. Pero Sandra difería de mi argumento. Según su teoría, la gente aún tenía ganas de un poquito más de fiesta y había que aprovechar esos últimos coletazos antes de que todos regresaran a sus tumbas como zombis. También opinaba que el frío jamás era un motivo para no salir en Zumaque; si lo fuera, El Cuervo solo abriría en agosto. Pero había una razón de peso por la que yo debía salir esa noche, según ella: había algo importante que tenía que contarme. Me había intrigado lo suficiente como para desafiar los escasos tres grados sobre cero que marcaba el mercurio y aceptar su propuesta de vernos.

Todo esto me lo había dicho por teléfono esa mañana, que yo había pasado dándole vueltas a lo que tendría que decirme. ¿Serían buenas o malas noticias? ¿Estaría relacionado con la ya caduca y fracasada Operación Alquimista? ¿Sería algo relacionado con Carolina?

Durante la tarde, la vuelta a la rutina diaria de las clases había dejado estos pensamientos en un segundo plano. Tanto los niños como yo iniciamos con ánimo el nuevo trimestre, con el objetivo claro de seguir avanzando y mejorando las evaluaciones finales. Llevábamos una hora de clase cuando sentí una imperiosa necesidad de ir al baño. Había un aseo justo enfrente de la sala de estudios, pero el inodoro se había estropeado el día anterior y no me quedó más remedio que bajar al que había en la planta baja junto a la escalera principal. La idea no me entusiasmaba porque era probable que me topara con Julia, quien probablemente aún estaría leyendo su revista de decoración en el salón. Me alegré de haber errado en mis suposiciones. El salón estaba desierto. No había rastro de Julia ni de ningún otro ser humano en toda la planta baja. Ni siquiera se oía la banda sonora de los pasitos cortos de Guadalupe sobre el parqué. Resuelta ya mi urgencia, me disponía a lavarme las manos cuando al fin escuché unos pasos, pero no eran los de Guadalupe; esos los conocía bien. Decidí no abrir el grifo para no hacer notar mi presencia. Tal vez fuese Julia y, en ese caso, prefería esperar a que los pasos se alejaran. Rehuía de cualquier encuentro con ella como rehúyen los ateos la Semana Santa. Pero los pasos se detuvieron y a continuación se hicieron audibles un dúo de voces susurrantes. Era imposible distinguir algo de lo que decían, pero estaba claro que una de ellas era la inconfundible voz de Alexander. La otra provenía de una mujer; no era la voz de Julia, pero era una voz familiar. Entonces se escuchó una risa femenina que me puso en alerta. Esperé en el baño hasta que no oí ni pasos ni voces; por alguna razón no quería ser descubierta, aunque me moría de ganas de descubrir qué estaba pasando ahí fuera. Giré el pomo de la puerta con el mayor sigilo posible, asomé la cabeza para cerciorarme de que no hubiera moros en la costa y caminé de puntillas, cual bailarina, para amortiguar el sonido de mis botas sobre el roble. Un impulso me llevó a asomarme al salón principal y, al hallarlo vacío, el deseo irrefrenable de confirmar mis sospechas me obligó a adentrarme en él para echar un vistazo al interior de la biblioteca. Me quedé

helada ante la imagen que mis ojos vieron. Allí, de pie junto a una estantería repleta de libros, Alexander Caballero abrazaba amorosamente a su acompañante. No podía verle la cara porque apoyaba su mejilla en el hombro de él, pero su melena azabache no dejaba dudas respecto de su identidad. Aquella escena tan íntima estaba protagonizada por las dos personas que menos hubiera imaginado. Alexander Caballero y Sandra Rueda. Sentí una puñalada de dolor, pero no podía detenerme a analizar el porqué me resultaba tan dolorosa aquella escena. Debía regresar al cuarto de estudios antes de ser descubierta.

La retirada de la planta principal fue más fácil que retomar las clases después de lo que había presenciado. ¿Por qué un hombre abraza así a la amiga de su hija adolescente? Mi mente insistía en responder siempre con la misma respuesta: «Están liados, pazguata». ¿Pero cómo era posible? El honorable Alexander Caballero, con su educación y su porte inglés, no era el tipo de persona que engaña a su mujer y menos con una chica veinte años más joven, ¿o sí lo era? ¿Y Sandra? ¿Cómo había sido capaz de ocultarme algo así durante cuatro meses? No, no me cuadraba. Tenía que ser prudente una vez más antes de abalanzarme como una loba sobre Sandra. Esa noche debíamos hablar; ella tenía algo que contarme y yo, mucho que preguntarle.

A las diez en punto mi cuerpo serrano, embutido en unos ajustados vaqueros y en un jersey de pelo rosa a juego con las orejeras, se encontraba apostado en la barra de El Cuervo, ya cerveza en mano, esperando ansiosa la llegada de Sandra. «Crazy», de Aerosmith, sonaba a través de los altavoces dejando patente que aquel lugar estaba a salvo de modas latinas, o de cualquier moda en general. Aquello era una de las cosas que me gustaban de Zumaque. La gente oía lo que quería, vestía lo que les daba la gana —aunque fuera de pana—, y comían platos

contundentes, que no subían a las redes sociales. Apuré el primer botellín. Saqué el móvil del bolsillo y miré la hora. Las diez y veintiocho. Sandra se retrasaba casi media hora; no era lo habitual. Le envié un mensaje que decía: «¿Dónde leches te has metido?». No lo vio. En todo el tiempo que llevaba allí, nadie se había acercado a hablar conmigo. Conocía a casi todos los clientes de vista. Estaba el quiosquero con su mujer; le compraba caramelos mentolados cada día. La chica que limpiaba el ayuntamiento, con quien solía coincidir en el desayuno en El Alquimista, estaba bailando con sus amigas junto a la cabina del pinchadiscos. También había un grupo de hombres jugando al billar; entre ellos reconocí al médico de familia local que me había recetado los medicamentos para el virus de estómago y me había tenido dos días fuera de cobertura. Poco a poco el bar se iba llenando como cada viernes, de hecho un poco más que cualquier viernes normal. Sandra llevaba razón: eran los últimos coletazos de las fiestas. Pero nadie se había acercado a saludarme. Los odié un poco a todos por eso: por no compadecerse de la pobre chica nueva, con su estúpido jersey rosa, que bebía cerveza sola en la barra. Quince minutos después yo me había terminado el segundo botellín y Sandra no había aparecido ni contestado. Cogí mi bolso del taburete donde lo había dejado y rebusqué unas monedas en la cartera para pagar las consumiciones. Me habían dado plantón. Tal vez Sandra sabía que la había visto esa tarde abrazada a Alexander y no se atrevía a dar la cara. A la mierda Sandra. Encontré un billete de cinco euros y llamé a El Turco, el dueño de El Cuervo, un cincuentón con una encrespada cola de caballo negra que le llegaba a la cintura y unos fornidos brazos con la piel cubierta de variopintos tatuajes, que iban desde una mano de póker de ases a la cara de un cachorro de pastor alemán pasando por serpientes, arañas y demás fauna tenebrosa.

—Turco, cóbrame, por favor.

—¿Te han dejado tirada, guapa? —preguntó amable mientras recogía el billete.

—Eso parece. Por cierto: si ves a Sandra luego, hazme el favor de matarla de mi parte, ¿quieres?

El turco me guiñó un ojo y contestó:

—Por supuesto. Tu cara preciosa bien vale un homicidio.

—Ah, no, de aquí no se marcha nadie sin haberse tomado una conmigo.

Ni siquiera un coro de ángeles celestiales me habría proporcionado tanta felicidad como oír la voz de Dani junto a mí.

—Dani, ¿cómo tú por aquí?

—Es el primer viernes no festivo del año, ¿cómo iba a perderme algo así? —Sonreí. Dani siempre me hacía sonreír—. ¿Y tú? Has quedado con Sandra y a ese bichillo le ha salido otro plan, ¿no?

—Pues no lo sé, pero te juro que la voy a matar en cuanto aparezca, si es que aparece.

—No te lo tomes a mal, seguro que ni se ha acordado de que habéis quedado.

—Eso tampoco dice mucho a su favor —argumenté.

—Es un espíritu libre. Te aseguro que tú eres la persona a quien más tiempo ha dedicado desde que la conozco. Pero bueno, olvidémonos de ella. Tú y yo teníamos un asunto pendiente desde Nochevieja.

—¿Ah, sí? —pregunté irónica—. No sería un asunto demasiado importante, porque me dejaste colgada por una llamada.

—Vaya, vaya, nos ha salido rencorosilla la niña. Era una llamada importante, de mi madre. Mi padre sufre ataques epilépticos y había sufrido uno. Estaba nerviosa.

—Joder, Dani, lo siento, perdona. Qué bocazas soy. ¿Está todo bien?

—Sí, tranquila, tú no sabías nada. Además, no fue nada grave, pero claro, ya se me cortó el rollo.

—Claro, normal. Bueno, ¿y de qué se trataba ese asuntillo pendiente que ya ni me acuerdo? —inquirí juguetona, tratando de esfumar las conversaciones taciturnas y sustituirlas por otras más sugerentes.

—Tú y yo. Nosotros somos el asuntillo pendiente, ¿no te parece?

En el bar sonaron los primeros acordes de «Wonderwall», de Oasis. Mis mejillas se incendiaron y mi mente intentó acallar el repiqueteo sistólico de mi pecho para procesar la información y dar una respuesta inteligente, a la par que seductora. Sin embargo, solo acerté a contestar:

—Me parece.

Una vez más la conversación entre ambos fluía. Una vez más parecía intuirme, como si ya nos hubiéramos conocido antes, en otro tiempo, en otra vida. Una vez más sentí que nos envolvía un campo de fuerza magnético que nos separaba del resto del mundo, que nos aislaba en una burbuja que nadie debía explotar, donde todo lo que anhelaba era un beso de sus labios.

No tenía constancia de cuánto tiempo había pasado, de si habían sido minutos u horas. No recordaba cuántas cervezas más nos habíamos bebido, no sabía exactamente cómo nuestros cuerpos se habían ido acercando hasta quedar muy poco margen de aire respirable entre nosotros. Pero sabía que podía percibir el calor de sus muslos bajo la tela gruesa de sus vaqueros. Sus manos entrelazadas rodeaban mi cintura y, con un firme apretón, me acercaron un poco más a él, al magnético olor que transpiraba, a sus labios entreabiertos, que buscaban ya los míos sin reparo. Oleadas de calor recorrieron mi cuerpo al tacto húmedo de su boca. Su lengua buscó la mía como el nómada que busca agua en el desierto. Iniciaron un baile secreto en una coreografía improvisada que me hacía sentir pulsaciones de deseo en mis partes más íntimas. Mis manos se enroscaron en su pelo ondulado; nos apretamos un poco más mientras nuestras bocas daban rienda suelta a su festín. Noté la dureza de su entrepierna y casi olvidé donde estábamos.

—Vamos a mi casa —dijo él

Y yo respondí anhelante que sí. Solo deseaba tocarlo, besarlo, sentirlo dentro. La urgencia nos apremiaba y nos apresuramos a pedirle la cuenta. Aliviamos la espera con un nuevo beso de tornillo. Nuestros labios se

separaron al oír al Turco con el cambio. Me hice de nuevo consciente del lugar donde me encontraba. Parada frente a nosotros reconocí la silueta de Sandra Rueda, que nos miraba fijamente sin atisbo de disimulo.

—¿Dónde te habías metido? ¡Habíamos quedado a las diez! —le recriminé a voces aunque apenas quedara ya rastro de aquel enfado en mi ser.

—Se me ha hecho tarde y no tenía batería para avisarte. Pero vaya, no parece que lo hayas pasado mal en mi ausencia. —Me pareció percibir cierto resquemor en su tono—. Vaya, vaya, Dani —dijo girándose hacia él—. Si resulta que tienes más instintos de los que yo pensaba.

—Voy al baño —fue todo lo que Dani dijo ignorando por completo a Sandra y a su comentario.

—¿Oye, qué te pasa? ¿Por qué te pones así? ¿Es que no te alegras por mí? ¡Nos hemos besado! —La achuché efusiva porque no podía reprimir mi felicidad—. Es más: estábamos a punto de ir a su casa hasta que apareciste tú. Cortarollos.

Sandra dulcificó el gesto y me devolvió el achuchón.

—Perdóname, Diana, ha sido un día extraño.

Entonces recordé su abrazo con Alexander en la biblioteca.

—Por cierto, Sandra: querías contarme algo...

Sí, tengo que hacerlo, pero bueno, supongo que puede esperar. No quiero ser tan aguafiestas. Mira, si te parece, yo me tomaré algo por aquí con Pedro y los colegas mientras tú te despides de Dani como te apetezca. —Me guiñó el ojo—. Ahora, eso sí: nada de ir a su casa todavía. A la única casa que vas a ir es a la mía. Tenemos que hablar, ¿vale?

—Vale. —Asentí poco convencida. Mis ganas de estar con Dani eran mayores que la curiosidad por su conversación aunque, si implicaba una confesión sobre ella y Alexander Caballero, la balanza volvía a inclinarse del lado de la curiosidad.

Le expliqué a Dani que no podía irme con él, que tendríamos que aplazar

la visita a su casa para otro momento. Intentó disuadirme con palabras y besos; yo casi me dejé disuadir, pero Sandra reapareció para cortar de raíz cualquier flaqueza del cuerpo.

—Me la llevo, Casanova.

Y dicho esto cogió mi bolso y mi abrigo y me sacó a rastras de El Cuervo.

La bofetada de aire gélido me hizo recobrar el sentido de la ebriedad de un plumazo. Comenzamos a caminar en silencio. Las suelas de nuestras botas repiqueteaban sobre el suelo empedrado. Cruzamos la plaza del ayuntamiento, desierta como el resto de calles del pueblo. Todos los zumaqueños dormían, a excepción de aquellos que apuraban sus tragos en El Cuervo. Deseaba estar allí con Dani; en cambio, estaba subiendo la cuesta que conducía a la casa de Sandra en un incómodo silencio. No deseaba dormir allí, quería volver a la casita, arrebujarme en mi cama y recordar cada detalle de esa noche, cada gesto, cada mirada, cada beso.

—Entonces, ¿Dani te gusta de verdad? —La pregunta de Sandra me sacó de mi ensoñación.

—Supongo, no sé. Bueno, es que es tan mono, tan simpático, tan agradable y besa tan bien...

—Vaya que te gusta.

—Pues sí, eso parece —confirmé sonriendo bobalicona— Pero bueno, dejemos ese tema. Tú tenías algo que contarme.

Acabábamos de llegar a la puerta de Ultramarinos Rueda. Sandra y su madre vivían justo arriba. En realidad, la tienda se ubicaba en la planta baja de una casa de dos plantas que funcionaba tanto de vivienda como de negocio. Sandra, pensativa, desvió la mirada hacia su izquierda. Su gesto era serio.

¿Sabes qué? —preguntó—. No es nada que no pueda esperar a mañana.

Así que otra vez pretendía dejarme con la miel en los labios. Estaba harta de sus misterios.

—Sandra, te vi esta tarde —afirmé decidida.

Ella frunció el entrecejo y arrugó los ojos sin comprender de qué hablaba yo.

—¿Me has visto dónde?

—En la casa roja. En la biblioteca, abrazando a Alexander.

Allí estaba su cara de haberla pillado in fraganti. Se quedó callada. La había cogido desprevenida. Así que era cierto. No tenía una explicación para esa escena. Tenían un lío. Volví a sentir una especie de punzada en el estómago.

—Diana, no es lo que estás pensando.

—¿Ah, no? ¿No estás liada con un hombre casado que es veinte años mayor que tú y que es el padre de tu amiga?

—No.

Contestó con solemnidad y sin atisbo de titubeo, con tanta seguridad que lo cierto es que le creí. Pero al instante recordé las palabras del anónimo: «SANDRA RUEDA NO ES QUIEN TÚ CREES». Volví a dudar.

—Anda, pasa y te lo cuento.

—La verdad es que no tengo ganas de quedarme, Sandra.

—¿Te has enfadado? Déjame que te lo explique.

—No, no es eso. Es solo que estoy cansada y me apetece dormir en mi cama. Ya me contarás mañana todo lo que tengas que contarme.

—Venga, no seas tonta. ¿Cómo vas a volver ahora? Es demasiado tarde y hace frío. ¿Vas a subir sola por esa carretera infernal?

—No sería la primera vez. Además, debo de estar volviéndome tan loca como los de aquí porque ahora mismo casi no siento el frío.

—Pero es peligroso. Tú, sola...

—¡Anda ya! ¿Qué puede pasarme en Zumaque? Tú misma siempre dices que aquí nunca pasa nada.

Sandra sonrió convencida de que no estaba enfadada con ella. En verdad no lo estaba, confiaba en que me estaba diciendo la verdad. Confiaba en

que su explicación me satisfaría. Pero no quería escucharla esa noche. Esa noche prefería volver a mi refugio y sumergirme en las cosas bonitas que me habían ocurrido durante la velada. Así que me despedí de ella con dos besos.

—¿Nos vemos mañana en El Alquimista a las once?—le pregunté

—Está bien. Hasta mañana, entonces. ¡Y ten cuidado!

—Tranquila, no me pasará nada.

Y allí la dejé, a las tres de la madrugada, junto a la puerta de los ultramarinos, preocupándose por mí y sonriéndome por última vez.

Esa noche, por primera vez, algo iba a pasar en Zumaque.

SEGUNDA PARTE

*Son los inocentes, y no los sabios,
quienes resuelven las cuestiones difíciles.*

Pío Baroja

Capítulo 14

DETENIDA

No podía dejar de mirar las esposas que aprisionaban mis manos. Una vez Ricardo quiso utilizar unas para una fantasía sexual. Pretendía que lo esposara al cabecero de la cama, le vendara los ojos y lo tratara como a un esclavo. Nuestra vida sexual siempre había sido pobre y escasa; supongo que habría sido diferente si yo hubiera tenido un pene. Sin embargo, aquella tarde Ricardo había estado dispuesto a dar rienda suelta a su libido, pero a mí me había parecido una idea terrible. Yo solo quería coitos sencillitos pero frecuentes, no quería juegos de esclavitud una vez al año. «Jamás me verás con unas esposas», recuerdo haber dicho en algún momento de mi negativa a esposarlo o a ser esposada. Y ahora estaba allí con unas. Claro que esto no era ningún fetiche sexual, era una jodida acusación de asesinato. Me habían detenido por la muerte de Sandra Rueda, mi mejor amiga.

—Solo es una detención preventiva mientras esclarecemos los hechos de la muerte.

Eso había dicho Arturo, el jefe de policía. El mismo hombre que siete días antes me había dejado pasar por delante de él en la cola para pagar en Ultramarinos Rueda. Ese día él llevaba una cesta de compra cargada hasta los topes y yo solo llevaba galletitas saladas. Me había sonreído afable y me había dicho: «Pasa tú, mujer, que yo llevo un cargamento». Y yo había pensado que probablemente no habría un jefe de policía, en ningún lugar del

mundo, tan amable como Arturo. Pero ahora ese hombre no me resultaba ni simpático ni amable, me resultaba un tonto del culo que me había detenido por algo que yo no había hecho.

—¿Detención preventiva? ¿Pero por qué?

—Hay indicios evidentes de que has sido la responsable del delito del que se te acusa.

—¿Indicios evidentes? ¡Esto es una locura! ¡Pero si yo dejé a Sandra en la puerta de su casa a las tres de la mañana! ¡Viva, la dejé viva!

Y entonces caí en la cuenta. Yo había sido la última persona que la había visto con vida —antes del verdadero asesino, claro está—, pero todos me habían visto salir con ella de El Cuervo: todos creerían que fui yo la última persona que la vio. Había dicho indicios evidentes... ¿Qué más indicios contra mí habría? ¿Sería solo un farol? ¡Dios mío, Sandra estaba muerta! Asesinada. No quería dejar de recordarlo. Esa era la verdadera tragedia.

La jefatura de policía era una estancia dividida en tres áreas diferenciadas únicamente por tres mesas distintas: una para avisos y denuncias, otra para trabajo administrativo y otra con un banco donde sentaban a los detenidos. Una especie de calabozo rural. Allí, en esa tercera área, me encontraba yo, sentada en el banco y esposada. Al otro lado de la mesa estaban Arturo y otros dos agentes de policía que se identificaron como CP 4054 y CP 4026, aunque yo sabía que se llamaban Antonio y Roberto.

—¿Reconoces esto?

El jefe de policía me enseñó la fotografía de un collar sobre un suelo enfangado. Por supuesto que lo conocía, era el collar Lágrima del desierto, el que le había regalado a Sandra por su cumpleaños.

—Sí, lo reconozco. Es el collar que le regalé a Sandra en su cumpleaños, ¿pero qué tiene que ver con todo esto?

—¿Lo llevaba puesto anoche?

¿Que si llevaba puesto el collar?, ¿cómo demonios iba acordarme? No lo sabía, no lo recordaba, no podía pensar con claridad. Tenía tiritones de frío y

de miedo. Quería volver a mi casa, no quería estar allí siendo interrogada. Un momento, eso era: me estaban interrogando. Esas cosas, en las pelis, se hacían delante de un abogado. No podían hacer eso, ¿o sí podían? Me arriesgué.

—No diré una palabra más si no es en presencia de mi abogado.

Me sentí ridícula al decirlo, como si fuese Jodi Foster en lugar de Diana Aranda, pero parecía haber funcionado porque los agentes se miraron entre ellos y, a continuación, el jefe dijo:

—Puedes hacer una llamada.

Me pasaron un teléfono. La primera persona en quien pensé fue Rita y la llamé. No sé por qué. Tal vez lo más inteligente habría sido llamar a alguien de Zumaque. Podía haber llamado a Dani, pero la noche anterior nos habíamos besado y no quería que pensara que ya lo trataba como el típico novio que va a la comisaría a sacar a su chica del calabozo. Alexander era abogado; podría haberlo llamado, pero ¿cómo iba a hacer algo así? Dios mío, Alexander, mi jefe; pensé que seguramente me despediría después de aquello. Podría haber llamado a Sandra; ella era mi mejor amiga de Zumaque, era la mejor opción, pero estaba muerta.

—*Vale, cálmate, tranquila. Lo arreglaremos* —fue lo que dijo Rita al otro lado del teléfono después de mis lloros y de mi somera explicación de lo sucedido—. *Estaré allí en unas horas y llevaré conmigo al mejor abogado. Voy a sacarte de ahí, cariño.*

—Tiene que colgar ya, señorita —dijo Roberto, también conocido como CP 4026.

Colgué. Me quedé allí, temblando en el banco de detenidos. Mirando las esposas. Llorando a ratos. Sandra estaba muerta. Asesinada. A mí me habían detenido —de manera preventiva, decían— a la espera de esclarecer los hechos de su muerte. Había indicios evidentes que me acusaban, decían también. Me habían enseñado la foto del collar que le había regalado a Sandra. ¿Por qué? ¿Por qué estaba sobre un suelo enfangado? ¿Sandra lo había llevado puesto la noche anterior? No era capaz de recordarlo, atontada como

estaba por los besos de Dani. Mi cabeza era un caos, los pensamientos se amontonaban en mi cerebro sin vía de escape. Igual que yo misma. Me ofrecieron agua. Bebí. Me ofrecieron comida: un sándwich de jamón y queso. Intenté comerlo, pero al segundo bocado una náusea emergió desde mi estómago y vomité allí, sobre las baldosas imitación de parquet de la jefatura. Ni el jefe de policía ni sus dos CPs lo limpiaron. Esperaron a que llegara la limpiadora, que resultó ser la chica que limpiaba también el ayuntamiento, la misma que estaba en El Cuervo con sus amigas la noche anterior. Seguramente me había visto dándome el lote con Dani junto a la barra, habría visto mi cara extasiada de felicidad suprema, y catorce horas después estaba allí limpiando mi vómito de detenida.

Seis horas después escuché un repiqueteo de tacones entrar en la jefatura. Solo una persona llevaría tacones en una situación así: esa era Rita. ¡Dios, cómo me alegraba de escuchar su taconeo! La vi entrar, me enderecé. Sus mechaz cobrizas habían conquistado su melena hasta convertirla en una despampanante pelirroja, que apareció impecablemente vestida con camisa y pantalón pitillo, pero su rostro desencajado expresaba su turbación y su compasión por mí. Nada más verme corrió a abrazarme. Los agentes quisieron impedirlo, pero no lo consiguieron. Rompí a llorar una vez más. Cuando me recompuse lo primero que dije fue lo siguiente:

—Dijiste que traerías a un abogado.

—Y lo traigo.

—¿Y dónde está?

—Fuera, esperando tu permiso.

—¿Mi permiso? ¿Es una broma?

—Diana, es Ricardo.

¡Madre mía! Había jurado que jamás volvería a tener ningún tipo de relación con él, no quería volver a ver su cara en todos los días de mi vida. Me había humillado y Rita lo traía a modo de salvador en un momento de mi vida aún más humillante.

—¿Cómo se te ocurre...?

—Diana, es el mejor abogado que conocemos. Lo sabes y sabes también que haría cualquier cosa por ti.

—Supongo que no estoy en condiciones de elegir —dije levantando mis manos esposadas.

No sentí nada especial al ver entrar a Ricardo. Sí acaso un poco de pena al ver su cara compungida. Estaba afectado de veras. Vestía pantalones vaqueros color salmón y una americana azul marino. Inapropiado en todos los sentidos, para la situación y para el clima. Había dejado crecer su melena hasta la mandíbula y se recogía una y otra vez, de manera casi compulsiva, los mechones lacios que escapaban de la frontera de sus orejas.

—Hola, Diana. —Fue un saludo que buscaba mi aprobación. Se la di asintiendo con un movimiento de cabeza casi imperceptible—. Los agentes me han explicado la situación. Van a hacerte unas preguntas, yo estaré contigo. No te preocupes, solo quieren aclarar algunos detalles antes de ponerte a disposición judicial. —Ricardo debió haber percibido que esas dos últimas palabras habían aumentado la bolsa de mi propio cacao mental porque añadió —: Tranquila, es lo habitual; el juez o la jueza es quien debe decidir si puedes regresar a casa o si aún se precisa algún tiempo más para esclarecer los hechos. Diana... —Cogió mis manos esposadas. No sentí nada una vez más—. Te conozco y confío en ti. No serías capaz de hacerle daño a una mosca. Estate tranquila.

Y ahí sí sentí algo. Sentí que ya no era mi pareja, pero seguía siendo un amigo. Pestañeeé para reprimir las nuevas lágrimas que se agolpaban en mis ojos.

Nos dejaron solos a Ricardo y a mí, pero antes me quitaron los grilletes a petición de Ricardo. Instantes después el jefe de policía entró acompañado de un señor que se presentó como el inspector Ángel de la Monja. Aparte de lo cómico del nombre, aquel hombre no tenía nada de extraordinario. No parecía un inspector de policía, al menos no uno de los que salen en las películas. Si

hubiera coincidido con él en otras circunstancias, habría pensado que se trataba de un contable, un empleado de banca o un funcionario del ayuntamiento. Estatura media, complexión media, pelo corto y moreno, facciones regulares sin nada reseñable; tal vez solo el arco pronunciado de sus cejas se apartara un poco de lo común. Sin embargo, algo lo delataba: vestía una gabardina *beige*. Eso era muy de detectives.

—Bien, señorita Aranda, ¿puede contarnos qué hizo en las últimas veinticuatro horas antes de ser detenida?

Miré a Ricardo y él asintió, así que procedí.

—Estuve en casa por la mañana. Por la tarde estuve dando clases particulares a los hijos de Alexander Caballero y Julia Díaz; es mi trabajo —aclaré como si el anodino inspector de la Monja no hubiera recabado ya todos los datos sobre mí—. Después regresé a casa, comí algo y me arreglé. Había quedado esa mañana con Sandra en que nos veríamos por la noche. —Al llegar a ese punto me di cuenta de que no había mencionado el extraño abrazo entre Sandra y Alexander. ¿Debía hacerlo?; tal vez eso desviara el foco de atención sobre mí, ¿o quizás me hacía parecer más culpable? Decidí continuar mi relato obviando aquel detalle por el momento. El inspector anotaba algunas cosas en una pequeña libreta de canutillo mientras yo hablaba—. Habíamos quedado en El Cuervo, pero Sandra no había llegado. Le mandé un mensaje, pero no contestó. Tardó mucho en llegar, no sé cuánto en realidad. Yo estuve todo el tiempo con Dani, el propietario de El Alquimista; él puede confirmárselo si quiere.

—Gracias, señorita Aranda —dijo el inspector por pura cortesía. Lo más seguro era que, durante todas las horas que yo llevaba en la jefatura, hubieran hablado ya con Dani y con el resto de las personas que habían estado en El Cuervo—. Continúe, por favor.

Dudé también si debía mencionar el hecho de que Dani y yo nos habíamos estado besuqueando. Imaginaba que ya tendría esa información, pero supongo que me apetecía contarlo en voz alta, especialmente delante de Ricardo. Me

abstuve.

—Sandra quiso que nos fuésemos ya, quería que durmiera con ella en su casa. Tenía algo que contarme, pero yo preferí dormir en mi cama. Así que la acompañé a su puerta y regresé a la cabaña. Eran las tres de la madrugada cuando la vi. —Me detuve—. Por última vez.

—¿Alguien la vio regresar a casa? —preguntó el inspector sin dejar de escribir en su libreta.

—No, no lo sé. No vi a nadie en todo el camino.

—¿Qué era eso que la señorita Rueda quería contarle?

—Oh, bueno, al final no lo hizo. Dijo que podía esperar hasta el día siguiente. —Volví a recordar que Sandra estaba muerta, asesinada. Lloré de nuevo. Ricardo me cogió la mano.

—Está bien, señorita Aranda. Según ha contado al jefe de policía, reconoce haberle regalado este collar a la señorita Rueda —dijo mostrándome la fotografía del collar que ya me había mostrado el jefe de policía—. ¿Puede decirme si lo llevaba puesto anoche?

—Es que no lo recuerdo, no me fijé. Supongo que lo llevaba, le encantaba ese collar. Pero, por favor, dígame... ¿qué tiene que ver eso con su muerte? ¿Por qué está en el barro? Me han metido aquí, me han acusado de asesinato, del asesinato de mi mejor amiga, y no me han dicho nada, ni siquiera sé cómo ha muerto.

—Aún estamos a la espera de que la autopsia confirme la muerte pero, según el examen preliminar, la señorita Rueda murió, entre las tres y las cinco de la madrugada, estrangulada y, aunque aún no podemos confirmar este punto, por las marcas que presentaba en el cuello, el collar que usted le regaló fue probablemente el arma con la que se cometió el crimen.

Sentí que me faltaba el aire. Palpitaciones. Abrí la boca en busca de aliento. Comencé a jadear. Me ofrecieron agua. Bebí. Me calmé. ¿De verdad no estaba soñando? El inspector esperó a que me recuperara para dar la siguiente estocada. Una nueva fotografía. Una especie de fibra, una pelusa de color rosa.

—¿Reconoce esto, señorita Aranda? —Negué con la cabeza—. Son fibras de pelo de color rosa aparecidas en el escenario del crimen. Según algunos testigos, en la noche de los hechos que nos ocupan, usted vestía un jersey de pelo rosa y unas orejeras del mismo color. Mandaremos a analizar ambas prendas de ropa para ver si coinciden con la fibra encontrada, pero dígame: ¿qué cree usted?, ¿cree que coincidirán?

—Diana, no tienes por qué contestar si no quieres —intervino Ricardo.

—Pero sí quiero. ¡Es que no lo sé, joder! ¡No sé si coincidirán! Puede que sí, estuve con ella. Esas putas orejeras siempre sueltan pelo, joder. Pudo quedarse alguna en la ropa de Sandra... ¿Cómo lo llaman a eso? Una transferencia, ¿no? Y sí, estuve con ella hasta las tres. Puede que haya sido la última persona con que la gente la vio. Nadie me vio regresando a casa y la mataron con en el maldito collar que le había regalado, pero créame —dije casi suplicando—: yo no maté a Sandra Rueda.

—Una última pregunta, señorita Aranda —dijo el inspector—: ¿es cierto lo que aseguran algunos testigos de que usted le pidió al propietario de El Cuervo que por favor matara a su amiga si la veía?

Capítulo 15

LA LISTA DE SOSPECHOSOS

Que el interrogatorio del inspector Ángel de la Monja me hacía parecer culpable estaba claro. Fui la última persona a quien habían visto con Sandra, no tenía coartada para la hora de su muerte, a menos que apareciera algún testigo que me hubiera visto. La habían estrangulado, supuestamente, con el collar que le había regalado en su cumpleaños; había aparecido pelo de mis orejeras junto al cadáver y el puñetero Turco había dicho que le había pedido que la matara de mi parte. Indicios evidentes. Yo misma me habría creído culpable si no fuera porque sabía que yo no la había matado. Sin embargo, Ricardo dijo que no tenían nada en realidad. Que no podían retenerme, que el juez estaría de acuerdo.

Ricardo llevaba razón. No tardaron en ponerme a disposición judicial. La jueza, una mujer de mi misma edad de proporciones menudas y rostro agradable, me hizo preguntas similares a la del inspector, pero sin las connotaciones acusatorias que este había utilizado. Me puso en libertad a condición de que no pudiera abandonar Zumaque mientras durara la investigación. Una investigación que, estaba claro, me tenía a mí como principal sospechosa.

Pero yo no había matado a Sandra y, si yo no lo había hecho, alguien debió hacerlo. Alguien en Zumaque, en ese pueblo donde nunca pasaba nada, había estrangulado a una chica de veinticuatro años y había abandonado su cadáver

junto al Puente de los Sueños Olvidados. Y yo estaba dispuesta a averiguar quién lo había hecho. Debía hacerlo, tenía dos poderosos motivos para dar con el culpable: por un lado, librarme de una condena injusta por asesinato y, por otro lado, vengar la muerte de Sandra Rueda.

Rita y Ricardo se marcharon. Ojalá hubieran podido quedarse, pero tenían trabajo y obligaciones. En nuestra despedida me fundí con Rita en un abrazo interminable con la promesa de sus labios de que regresaría unos días, en cuanto pudiera, para animarme. De Ricardo me despedí con dos besos y un abrazo menos efusivo que el de Rita, pero igual de sincero. Seguiríamos en contacto y estaría siempre disponible para mí en caso de que lo necesitara. Eso dijo. Los vi marcharse en el coche de Ricardo. Se alejaban por la carretera, a lo lejos se veía el Puente de los Sueños Olvidados, aún acordonado con cinta policial.

Carlos, el panadero, se ofreció a subirme en coche hasta la casa roja. Lo hizo cuando me lo encontré al salir de la jefatura. Fue el único de la docena de zumaqueños con los que coincidí a la salida que no me miró con asco y desprecio. Algunos, incluso, escupieron al pasar por mi lado. Alguien llegó a grita: «Vete de aquí, asesina». Creo que fue la mujer entrada en carnes que me había saludado en mi primera visita a El Alquimista junto a Sandra, el día en que todos miraban expectantes a la chica nueva. La chica nueva les había salido rana. Me habían detenido, con eso tenían suficiente. A ellos les importaba poco que solo fuera de manera preventiva y a la espera de que se esclarecieran los hechos. Para ellos sería la asesina de Sandra Rueda, a menos que se demostrara lo contrario. Por eso debía demostrarlo.

Carlos fue muy amable durante el trayecto. Se preocupó por mi estado anímico y se ofreció a cualquier cosa que necesitara. Cuando llegamos a la entrada de la casa roja, mientras me bajaba de la furgoneta, añadió:

—Diana, yo te creo.

¿Me creerían en la casa roja? ¿Debía pegar en la fastuosa puerta de roble y hacerles saber que yo no había matado a nadie? ¿O debía, quizás, correr al

refugio de la casita y aislarme allí el resto de mi vida hasta que me largaran a palos?

Di dos golpes con la aldaba en la puerta principal. Guadalupe abrió. No pudo disimular su consternación al verme. Me empujó con ella al porche y entornó la puerta para que no pudieran escucharme.

—¿Qué has hecho, niña? —Se deslizaron dos lágrimas por sus mejillas.

—Nada, Guadalupe. Lo juro. Nada. Sandra era mi amiga.

No sé si me creía, pero al menos quería hacerlo, porque me aferró con sus brazos en un abrazo maternal que no había experimentado en años. Una vez más, rompí a llorar deshecha.

—Esto es una tragedia. Carolina está llorando desde esta mañana, no ha probado bocado. El señor Caballero lleva todo el día en el despacho encerrado. La señora Díaz no para de pegar a la puerta y no le abre. Han dicho que te han detenido.

—Pero me han soltado porque soy inocente. Llegué aquí sobre las tres y media de la madrugada. Alguien debió verme. Déjame que hable con ellos y les explique.

—No sé si querrán verte, es demasiado pronto. Vete a la casita, niña. Yo se los diré, pero espera que pase un poco este *shock*. El funeral será el lunes, según han dicho. Es mejor esperar a después del funeral.

Seguí el consejo de Guadalupe y me encerré en el refugio. Fueron horas turbias. No era capaz de asimilar todo lo sucedido. Mi cerebro no funcionaba con normalidad. Dormí algunos ratos y tuve sueños convulsos. Cuando despertaba prefería seguir dormida. Estuve todo el domingo desconectada pero, al llegar la noche, encendí el televisor. Las noticias de las nueve. La presentadora, una mujer de corto cabello rubio y mirada azul glacial, abrió con el siguiente titular:

La autopsia de la joven asesinada ayer en la pequeña localidad de Zumaque confirma las sospechas de que la víctima, Sandra Rueda, fue estrangulada utilizando, posiblemente, una cadena. Algunas fuentes señalan

que se trataría de un collar que pertenecía a la propia víctima. Desde la policía no se ha querido confirmar este hecho ni tampoco la existencia de ningún sospechoso, aunque desde estos informativos podemos confirmarles que al menos una persona ha sido interrogada como presunta responsable del asesinato. Los datos de esta persona no han trascendido y el hermetismo caracteriza a los habitantes de la localidad, que se niegan a hacer declaraciones ante la cámara. Pero todos ellos han destacado a nuestros compañeros el carácter risueño y extrovertido de Sandra Rueda.

Apagué el televisor. El carácter risueño y extrovertido de Sandra Rueda... «SANDRA RUEDA NO ES QUIEN TÚ CREES». ¿Quién era Sandra Rueda? ¿Quiénes eran sus enemigos? ¿Quién querría verla muerta?

Me preparé un café doble. No había tiempo de lamentarse. Cogí un boli y una libreta de hojas blancas en cuya portada, celeste y con un arcoíris, se leía la siguiente frase: «Hoy es un buen día para ser feliz». Y en ese asco de libreta con mensaje positivo cutre, comencé a anotar la lista de sospechosos.

Al primero que anoté fue Alexander Caballero. Me dolía hacerlo, pero no podía dejar de pensar en ese abrazo. Sandra había dicho que no eran amantes, que tenía una explicación. Yo le había creído. Ella iba a explicármelo, pero alguien la había matado antes de que lo hiciera. ¿Me habría visto Alexander en la biblioteca? ¿Querría silenciar a Sandra? Los vellos se me erizaban al pensarlo, no podía casi imaginar algo así, pero no debía sucumbir a las emociones ni engañarme con lo que yo deseaba creer. Debía estar en la lista.

El siguiente sospechoso que escribí aún era más inverosímil. Carolina Caballero. ¿Cómo una niña de solo dieciséis años iba a matar a alguien? En realidad, esas cosas sucedían. Lo veíamos en las noticias a veces. Niñas angelicales que resultan ser demonios envidiosos y asesinos. Carolina ni siquiera era angelical; además, estaba enfadada con Carolina. ¿Habría descubierto la hipotética relación con su padre? ¿Serían celos causados por la historia con Pedro, el ferretero? Desde luego no podía descartarla.

Al siguiente sospechoso lo apunté con menos remordimientos. Julia Díaz. Si

la relación entre su marido y Sandra existía, ella podía ser perfectamente la autora del crimen. Su aversión por Sandra era manifiesta. Supongo que era mi sospechosa favorita.

Guadalupe y Teo quedaban fuera de mi lista, ellos no tenían razones aparentes, por lo que la lista continuó con los sospechosos que no vivían en la casa roja. Esto era más complicado, pues en realidad no conocía a todos los que formaban el círculo de Sandra, ni sabía de nadie que le tuviera especial manía. Aun así añadí una persona más a mi lista.

Ni siquiera lo conocía, no tenía nombre y no sabía si existía en realidad. Pero, si existía, debía dar con él y debía estar en la lista. El profesor del instituto.

Algunas elucubraciones después, la libreta quedó así:

LISTA DE SOSPECHOSOS:

—ALEXANDER CABALLERO: ¿Amantes?

—CAROLINA CABALLERO: ¿Celos? ¿Conocía la supuesta relación con su padre?

—JULIA DÍAZ: ¿Sabía algo de la relación con Sandra? ¿Qué misterio esconde? Averiguar a quién visita en la residencia psiquiátrica.

—PROFESOR DEL INSTITUTO: ¿Existe? Averiguar su identidad. ¿Qué tipo de relación mantenían?

DUDAS QUE RESOLVER Y OTRAS AVERIGUACIONES QUE HACER:

+¿Quién escribió el anónimo? ¿Por qué me lo mandó a mí?

+¿Qué tenía que contarme Sandra?

+¿Me vio alguien en el camino de vuelta a la casita después de dejar a Sandra?

+¿Quién es era Sandra Rueda?

No era gran cosa, pero al menos tenía para empezar. Pensé en lo que opinaría el inspector de la Monja si veía mi libreta. ¿Se parecería en algo a la

suya? Casi seguro que no. Probablemente, en la suya solo habría escrito la siguiente pregunta en letras enormes y la habría rodeado con un círculo rojo: «¿POR QUÉ DIANA ARANDA MATÓ A SU AMIGA?». Al menos es lo que yo hubiera escrito si fuera él.

Capítulo 16

EL FUNERAL

Había estado lloviendo durante toda la noche, pero el frío se había vuelto más intenso y comenzaban a caer los primeros copos. El cementerio de Zumaque estaba ubicado en el extremo oriental, en una colina empinada de dificultoso acceso. «Hay que estar en forma para ver a los muertos en este puto pueblo», me había dicho Sandra una mañana en que volvía de dejar flores junto a la lápida de su abuela. Llevaba razón. Yo una vez había pensado que esa chica sería capaz de alegrar hasta un funeral. ¿Sería capaz de alegrar el suyo? Por un momento imaginé que me había gastado una broma, que nada de lo que había pasado era cierto y que, de un momento a otro, aparecería riendo a carcajadas de detrás de alguna tumba. La realidad era asoladora. Una multitud de gente se amontonaba junto al ataúd cerrado de Sandra. La madera negra se iba cubriendo del blanco de la nieve, como si quisiera convertir lo malo en bueno, la tragedia en esperanza.

Yo había llegado tarde a conciencia. No sabía cómo reaccionaría la gente al verme. Lo más sensato habría sido no acudir, pero el asesino estaría allí. Tal vez, si observaba todo en la distancia, a salvo de los ojos inquisidores, podría observar algún detalle, algún gesto revelador. El inspector Ángel de la Monja debía opinar lo mismo que yo. Fue de las primeras personas que vi, a una prudente distancia de los demás, observándolos. ¿Me habría visto ya? ¿Esperaba verme allí? Vestía gabardina y sombrero. En esta ocasión sí parecía

un inspector. El inspector Gadget.

Me fijé en las primeras filas. El corazón se me encogió al ver a Lucía Estévez, la madre de Sandra. Estaba flanqueada por dos familiares que la sujetaban de los brazos para evitar que cayera al suelo. Rota de dolor, deshecha. Su llanto desgarrador me traspasaba el alma. Hubiera deseado estar allí, consolarla, llorar con ella, despedir a mi amiga, ¡pero había tantas razones que lo impedían!

Los Caballero Díaz ocupaban la segunda fila con respecto a la proximidad al ataúd. Julia Díaz, embutida en un elegante traje de chaqueta negro entallado, parecía una figurante, una actriz contratada para dar glamur a la escena. Parecía afligida, cansada, pero no lloraba. Teo se entretenía con los puños de sus mangas, más bien ajeno al doloroso espectáculo al que lo habían forzado a asistir. Carolina lloraba escondiendo su rostro con las manos; su padre le pasaba el brazo por los hombros, protegiéndola, apoyándola, pero era él quien más consuelo parecía necesitar. Lloraba. Sí, estaba llorando y aquello me sorprendió; esa flaqueza en el ánimo no era algo que esperara de él. No me gustaba tanta afectación. Quedé extrañada e incómoda.

De repente, entre la multitud, reconocí el cabello ondulado de Dani. Dani... Parecía que había pasado tanto tiempo desde que nos habíamos besado. No había tenido noticias de él. Ni siquiera me había enviado un mensaje preguntando cómo me encontraba. ¿También me creería culpable? ¿Y él? ¿Debía adjuntarlo a mi lista de sospechosos? A Sandra no acababa de gustarle; tal vez Dani escondía algún trapo sucio. Lo añadiría a la lista al regresar a casa, no debía cegarme por ningún tipo de sentimiento. Cualquiera podía ser el asesino.

—Buenos días, señorita Aranda.

El inspector de la Monja me había sobresaltado. Se encontraba justo a mi lado. No sabía de qué forma había conseguido llegar desde el otro extremo hasta donde yo estaba, sigiloso como un zorro.

—No esperaba verla aquí. Ha sido muy valiente.

—¿El haber venido me hace parecer más culpable, inspector? —pregunté con retintín.

—¿Eso cree?

—¿Contestar con otra pregunta forma parte del grado de criminología o es que usted es gallego?

—Mi abuela es gallega. Me alegra que esté usted lo bastante animada como para despedir a su amiga.

—No he venido a despedirla. Esa gente me linchará por su culpa si me ven aquí. He venido a lo mismo que usted.

—Yo he venido a presentar mis respetos, señorita Aranda.

—Usted ha venido a observar reacciones, a captar detalles, a asegurarse de no dejar ningún cabo suelto y de que podrá dormir tranquilo cuando me metan entre rejas.

—Entonces, según su reflexión, usted está aquí para asegurarse de que no haya más culpables que usted misma...

—No, yo estoy aquí para observar a los demás. Yo no la maté, pero alguien debió hacerlo. Pienso averiguar quién fue.

—¿Sospecha de alguien en concreto, señorita Aranda?

¿Debía contarle lo que creía?, ¿hablarle de mi lista de sospechosos? En realidad no tenía aún ni una sola prueba, ni siquiera indicios tan evidentes como los que me incriminaban a mí. Debía ofrecerle algo relevante para que lo tuviera en cuenta. No podía acusar a nadie injustamente.

—Lo cierto es que no. Teorías difusas aún.

—Me encantaría conocerlas.

—Las conocerá, inspector. Espero que pronto porque sé que el tiempo corre en mi contra.

Un murmullo rompió el silencio reinante. Un grito se hizo audible: «¡Que se vaya de aquí!». El inspector y yo nos giramos para ver el dedo acusador de Lucía Estévez señalándome.

—Déjeme acompañarla a casa, señorita Aranda —sugirió el inspector Ángel

de la Monja.

Capítulo 17

EL PROFESOR MISTERIOSO

Dejé que el inspector me subiera en coche hasta la casa roja. Agradecí su deferencia de permanecer en silencio durante el trayecto. Debió haber percibido mi desolación. La madre de Sandra me había expulsado del funeral de su hija. Me creía culpable. Me pregunté cuál pensarían que había sido mi móvil. ¿Celos?, ¿envidia? Era absurdo.

Ángel de la Monja me dejó en la entrada de la casa roja. Observé a Guadalupe espiando desde la ventana. Antes de despedirse el inspector observó con detenimiento el entorno. Por eso quería acompañarme. Quería conocer el lugar donde me alojaba, el camino, las distancias desde el pueblo a la casa, las probabilidades de que yo hubiera cometido el crimen. Supuse que ya habría hablado con todos los testigos o con la mayoría de ellos. ¿Qué clase de detective sería si no lo hubiera hecho? Yo, al menos, pensaba empezar cuanto antes.

Ningún miembro de la familia Díaz Caballero se había acercado a verme después del funeral pero, a través de una nota que me había entregado Guadalupe, me hicieron saber que me concedían unos días, tres exactamente, para que pudiera afrontar lo sucedido antes de regresar al trabajo. Tal vez creían que al cuarto día estaría ya con mis huesos entre rejas. Me propuse invertir el tiempo de esos días libres en descubrir quién había matado a Sandra, así que el martes por la mañana, después de otra noche de sueños

interrumpidos y de despertares convulsos, una vez que la familia se marchó a sus obligaciones, yo enfilé la carretera abajo dispuesta a despejar una de las dudas de mi libreta de arcoíris: averiguar la identidad del profesor de instituto.

Zumaque no tenía instituto; los chicos debían trasladarse al de Patones para recibir las clases. Muchos de ellos iban en autobús. La parada estaba próxima al Puente de los Sueños Olvidados. Mientras esperaba sentada en el banco de madera junto a la señal que indicaba la rudimentaria parada, podía ver el puente. Ya no estaba acordonado. Ya debían haber recabado toda la información del lugar del crimen. Allí, en ese hermoso puente de piedra, donde Sandra me había confesado que su sueño era ser feliz, había perdido la vida. O tal vez no. A lo mejor la habían matado en otro lugar, pero la habían llevado allí, ¿pero por qué? No tenía mucho sentido, a menos que alguien quisiera que encontraran su cuerpo allí, a la entrada del pueblo. ¿Una forma de humillarla? Tal vez. Aunque lo más sencillo era que la hubieran estrangulado allí mismo. Desplazar el cuerpo desde otro lugar era demasiado arriesgado. La explicación más sencilla solía ser casi siempre la correcta.

El segundo autobús de la mañana bajaba casi vacío. Aparte de mí, solo dos adolescentes ocupaban los últimos asientos. Adolescentes rezagadas que cuchicheaban sobre mí sin disimulo. Eran una oportunidad que no podía desaprovechar. Me levanté de mi asiento en la tercera fila y me dirigí hacia ellas. Vi el temor en sus ojos. No en vano la gente decía que había matado a una chica.

—¿Qué pasa? No hablábamos de ti —dijo una de ellas de repente. Llevaba un *piercing* en la nariz y el pelo teñido de lila.

Me senté en los asientos delanteros, vuelta hacia ellas.

—Solo quiero haceros un par de preguntas.

Se miraron entre ellas, confundidas. La chica del pelo lila parecía llevar la voz cantante. La otra, una chica morena de pelo corto y con un *piercing* en la ceja, se veía francamente atemorizada. La del pelo lila asintió. Ya tendría algo

que contarles a los colegas del instituto ese día.

—¿Conocíais a Sandra Rueda?

Ambas asintieron. En realidad todo el mundo conocía a Sandra y su muerte no había hecho más que aumentar su popularidad. Era una pregunta absurda, pero no había tenido tiempo de preparar nada mejor. Continuó.

—¿La habíais visto alguna vez por el instituto? Este curso quiero decir.

Volvieron a mirarse entre ellas. La del pelo lila contestó:

—No. Sandra era mucho mayor. No estudiaba en el instituto desde hacía mucho.

—Lo sé, pero tal vez iba por allí de vez en cuando. No sé...

—¿Qué pringado quiere ir al instituto después de haberlo terminado?

La chica morena, en silencio hasta el momento, comenzó a hablar tímidamente.

—Yo la vi una vez.

—¿La viste? —pregunté casi emocionada—. ¿Dónde estaba?

—No la vi exactamente en el instituto. La vi en la cafetería que hay en la puerta hará una semana. Lo recuerdo porque yo estaba haciendo pellas y al verla me asusté pensando que era una profe. Hasta que se giró y vi que era ella.

—¿Estaba con alguien?

Negó con la cabeza.

—¿No recordáis haberla visto alguna otra vez?

La morena negó con la cabeza de nuevo. La del pelo lila intentó pensar para recobrar el protagonismo, pero acabó negando también.

—Solo una pregunta más: ¿quién es el profesor más guapo del instituto?

Se miraron estupefactas una vez más y estallaron en risas. Desde luego pensarían que, si yo no era una asesina, era una chiflada seguramente.

—Carlos Martínez, el profe de Historia. Está tan bueno que a veces hasta voy a sus muermos de clases.

La morena asintió sonriendo. Se había ruborizado. El autobús llegó a

Patones en ese momento.

—Gracias, chicas. Muchas gracias.

Me bajé del autobús con un nuevo ímpetu. Las puertas estaban cerradas y no había pensado en una excusa creíble para colarme, así que esperé a las chicas del bus y entré con ellas cuando les abrieron la puerta. Saludé al conserje decidida y también a la mujer que ocupaba la secretaría. Ninguno me preguntó quién era o qué quería. Tampoco yo tenía muy claro lo que pretendía. Encontrarme con el profe guapo por los pasillos, supongo.

Las puertas de acceso a las aulas eran de madera verde y sin ventanas. No podía espiar el interior desde el pasillo, así que me quedé vagando por las plantas esperando la hora del cambio de clases. Entonces, me fijé que, en las paredes de los pasillos de la primera planta, estaban colgadas diferentes orlas de distintas promociones. Busqué a Carlos Martínez. Lo encontré en la cuarta orla. «Carlos Martínez Ruz. Profesor de Historia» rezaba bajo la foto en color de un hombre de unos cuarenta años de pelo claro, ojos profundos y sonrisa sincera. Atractivo para una mujer de treinta como yo. Irresistible para una alumna de dieciséis años. ¿Era este, Sandra? ¿Era este tu profesor misterioso? Después de inspeccionar el resto de las orlas, deduje que debía ser él sin lugar a dudas.

El cambio de hora llegó y convirtió el pasillo en una locura de hormonas adolescentes y empujones que acabó tan repentinamente como había empezado. Apenas pude ver a dos profesores: un señor calvo con gafas y bigote y una mujer de pelo rizado. No había sido un buen plan.

Salí del instituto. Entré en la cafetería de al lado y pedí un café con leche.

—Buenos días. Soy Verónica Sánchez, periodista de *El País*. —Me presenté con firmeza a la señora que atendía tras la barra aunque todo mi cuerpo temblaba de nervios por dentro—. ¿Le importa que le haga unas preguntas? Es con relación a la muerte de Sandra Rueda, la joven estrangulada en Zumaque.

La señora dejó sobre la mesa las tazas de café que acababa de rellenar y se colocó los mechones que escapaban de su coleta detrás de las orejas.

—Dios mío, pobre chica. Qué desgracia. Venía aquí algunas veces, ¿sabe?
¡Bingo!

—¿Con qué frecuencia?

—De vez en cuando, una o dos veces al mes como mucho.

—¿Venía sola o acompañada?

—Sola, aunque creo que la vi con un hombre en dos ocasiones. Un profesor del instituto, creo.

—¿Este? —Le enseñé una foto en mi teléfono móvil. Una foto de Carlos Martínez que había conseguido tecleando en Google su nombre completo y su profesión.

—Sí, puede que fuese él.

—¿Los vio en actitud cariñosa?

—No, simplemente se tomaron un café mientras charlaban. Puede que ella lo mirara más embobada; él se mostraba un poco más..., más...

—¿Reticente?

—Sí, supongo. ¡Oh, Dios, mío! ¿No creerá que él es sospechoso? —preguntó la mujer llevándose las manos a la cabeza.

—Oh, no. Además, yo solo soy periodista. Es trabajo de investigación nada más. Para conocer un poco el entorno de la chica asesinada.

—Comprendo.

—Muchas gracias, señora, ha sido usted muy amable. Solo una cosa más: ¿el profesor suele venir a tomar café?

—Me temo que no. Creo que va con otros compañeros a la cafetería que hay en la acera de enfrente. El café vale diez céntimos menos y esos maestros son unos agarrados.

Fui a la cafetería de la acera de en frente y pedí otro café con leche. Me cobraron diez céntimos menos por él. Llevaba diez minutos esperando cuando

vi entrar a un grupo de cinco personas: tres mujeres y dos hombres. Uno de ellos era Carlos Martínez. Tenía que actuar rápido, antes de que se sentaran todos en la mesa, separarlo del grupo para poder hablar con él. Una de las mujeres se sentó en una mesa. Les guardaba el sitio a los demás mientras pedían en la barra. Carlos Martínez también pedía junto a la barra. Me levanté de mi silla y lo abordé.

—Hola, ¿eres Carlos Martínez, el profesor de Historia? —Él asintió turbado. Sí, era un hombre muy atractivo. No tenía tiempo de jugar a la periodista, ni tampoco era lo más sensato en este caso. Debía ir al grano—. Yo soy Diana, soy amiga de Sandra Rueda.

Su gesto cambió. Trago saliva. Estaba incómodo. No dijo nada. La camarera le preguntó lo que quería. Él pidió un café cortado y un bocadillo mixto y quiso regresar a la mesa que su compañera les había guardado. Pero antes me despachó con un «No sé quién es Sandra Rueda».

Su mentira era demasiado descarada. Todo el mundo, en cien kilómetros a la redonda, sabía quién era. Su nombre había salido en todos los informativos. Negar que la conociera solo incrementó mi sospecha sobre él. No podía dejar que se marchara así sin más; era el momento de arriesgar.

—Sandra me contó que tenían una relación.

El profesor suspiró.

—Vayamos a un sitio más tranquilo —dijo casi en un susurro.

Nos quedamos en la cafetería, pero en una mesa apartada, donde nadie podía oírnos. Él se excusó con sus compañeros, que tuvieron cotilleo del que hablar esa mañana.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Porque te advierto que no tengo nada.

¡Creía que lo estaba chantajeando! Eso sí que no me lo esperaba.

—¡No! Yo solo quería saber el tipo de relación que tenían. Ella hablaba mucho de ti, pero yo había llegado a dudar de tu existencia.

—Entonces, ¿solo sabes lo que ella te dijo? ¿Te pasó alguna foto o video?

Ese hombre cada vez parecía más sospechoso. Estaba claro que no quería

que su relación con Sandra saliera a la luz. Yo me enfadaba por momentos, pero no quería desperdiciar la baza que él mismo me había entregado.

—Tal vez —dije—, pero tranquilo, no estoy aquí para chantajearlo. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué hay de malo en una relación entre dos adultos? Además, Sandra era un espíritu libre.

—Pero yo no —dijo el profesor tocándose, con el dedo pulgar, la alianza que llevaba en el anular derecho.

Estaba casado. Era una teoría que me rondaba la cabeza incluso antes del asesinato. Todo el misterio con respecto a la identidad del profesor me había dado a pensar que tal vez mantenía relaciones con alguien casado. Pero si se lo hubiera preguntado, se habría puesto hecha una furia. Me decepcioné un poco, lo admito. Había averiguado que mi amiga tenía relaciones con un hombre casado y pensé si el profesor era el único. ¿Alexander Caballero sería otro? Estaba furiosa.

Por otra parte, el hecho de que Carlos Martínez fuera un hombre casado que había mantenido relaciones con una chica joven que había aparecido muerta lo convertía en un buen sospechoso. Mejor que yo incluso. ¿Era el hombre que tenía frente a mí un asesino?

El profesor de Historia se vino abajo.

—Yo nunca habría tenido una aventura, nunca. No soy ese tipo de hombre. Pero Sandra, Sandra era diferente. No solo era exuberante, era lista, divertida, alegre, me hacía olvidar que ya soy un hombre de mediana edad.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fue un día a la salida del instituto. Ella había venido a acompañar a una amiga, según me dijo después. Se le había caído un libro que llevaba. *Madame Bovary*. Me sorprendió que una chica así leyera los clásicos. Le hice algún comentario sobre el libro. Comenzamos a charlar, fue algo casual. Al día siguiente vino a esperarme al acabar las clases. Me dejó llevar.

—¿Con qué frecuencia os veíais?

—Cuando ella quería. Dos o tres veces al mes. Ella aparecía siempre de

improviso, no llamaba; simplemente la veía esperándome a la salida. Nunca pude decirle que no. —Parecía arrepentido.

—Está claro que su mujer no lo sabe...

—No, por Dios. Me echaría de casa. Tenemos un hijo de cuatro años. No lo soportaría. Quiero a mi mujer y adoro a mi hijo. Sandra fue un error que no debí haber cometido. Pensaba decírselo la siguiente vez que nos viéramos.

—Se podría decir que la muerte de Sandra le ha quitado un peso de encima.

—¿Qué? ¡Nooo! Es horrible lo que le pasó. No he dormido nada desde que me enteré. Nadie merece una muerte así. Ella estaba tan llena de vida... Por favor, prométeme una cosa. —Asentí con la cabeza—. Prométeme que no le dirás a nadie lo mío con Sandra, arruinarías una familia.

—Lo prometo —dije mientras cruzaba los dedos por debajo de la mesa.

Capítulo 18

ALGUNAS RESPUESTAS

Llamé al inspector Ángel de la Monja en cuanto me subí de vuelta al autobús que iba en dirección a Zumaque. Me había dado su tarjeta por si tenía algo que comunicarle.

—¿Sí? —Su voz indiferente contestó el teléfono.

—¿Inspector de la Monja?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Diana Aranda.

—*Buenas tardes, señorita Aranda, dígame en qué puedo ayudarla.*

—Anote este nombre: Carlos Martínez Ruz. Es profesor de Historia en el instituto de Patones.

—¿Y por qué debo anotarlo, señorita Aranda?

—Porque está casado y tenía una aventura clandestina con Sandra Rueda.

—¿Y cómo conoce usted este dato? —*El inspector no había modificado la indiferencia de su voz.*

—Sandra me lo contó.

—¿Y por qué no nos informó desde el principio de esta supuesta relación?

—No estaba segura de que fuese cierto. Ni siquiera sabía su identidad. Pero ahora lo sé. He hablado con él esta mañana y me lo ha confesado.

—*Señorita Aranda, por favor, le ruego que no investigue usted por su cuenta; podría perjudicar gravemente los avances de nuestra investigación.*

Comuníquenos cualquier detalle que considere importante, pero no sea imprudente. Hay mucho en juego.

—Recuerde: Carlos Martínez Ruz —repetí antes de colgar el teléfono.

Llegué a las puertas de la casa roja con una frágil esperanza en el ánimo. El profesor tenía un móvil. Aunque algo, en los ojos abatidos de ese hombre, me había hecho pensar que era inocente. ¿Había cometido un error diciéndoselo a de la Monja?

Guadalupe salió al porche al verme llegar. Yo pensaba regresar directo al refugio para planear el siguiente paso, pero ella me abordó y me invitó a entrar en la casa. No tenía fuerzas aún para enfrentarme a los señores; ella me prometió que no estaban e insistió en que tenía que entrar, que era cosa de los niños. Intrigada, la acompañé al interior. Guadalupe subió conmigo las escaleras y me abrió la puerta de la sala de estudios. Lo que encontré allí me hizo estallar en lágrimas.

Sobre los escritorios blancos, en lugar de lápices y gomas, habían dispuesto cuencos llenos de galletitas saladas y Risketos. Había una radio junto al alféizar que emitía las notas alegres del último éxito pop. Sobre el ventanal colgaba una tira con banderines amarillos, cada uno de ellos con una letra blanca que formaban dos palabras: TE CREEMOS.

Me derrumbé de rodillas sobre el suelo. Teo acudió raudo a mi rescate. Me abrazó. Carolina también se unió al abrazo. Tardé unos minutos en recuperarme de tanta emoción.

—Solo queríamos que lo supieras y animarte un poco —dijo el bendito pelirrojo.

—Y darte las gracias —añadió Carolina.

—¿Las gracias? —le pregunté mientras le acariciaba un mechón de su pelo, recién lavado.

—Sí, las gracias por haberte preocupado por nosotros. Ya sabes, no solo de las notas. No han vuelto a meterse con Teo desde que lo llevas al fútbol y nos da que has tenido algo que ver, —Sonreí. Los chavales eran chicos listos—. Y

yo, bueno, me has recordado que no soy tan tonta como a veces pensaba, que a todos nos va mal de vez en cuando, pero que ser borde tampoco ayuda.

La abracé. Mi hadita borde cada vez era más especial. ¿Cómo había podido siquiera incluirla en la lista de sospechosos?

Disfrutamos de un rato agradable, pero solo a medias. Todo estaba demasiado reciente. Sandra era el tema principal de nuestras conversaciones. Sus padres, me dijeron, estaban abatidos, sobre todo su padre. Cuando llegaban a casa, cada uno se encerraba en su dormitorio y no salían de ellos durante el resto del día.

—¿Sus dormitorios? —pregunté casi sin querer.

—Sí, hace más de un año que tienen dormitorios separados —contestó Teo con toda su inocencia, sin darle importancia.

Teo salió para ir a la cocina a por más Risketos. Aproveché el momento a solas con Carolina.

—¿Por qué tu padre está tan mal? Al fin y al cabo, Sandra era amiga tuya, no suya, ¿no crees?

—Ya, bueno, él y Sandra... se llevaban bien.

La percibí revolverse en la silla, junto al escritorio, donde se sentaba. Sacó una libreta de su bolso y se puso a dibujar. Solía hacerlo cuando se ponía nerviosa.

—¿Por qué te enfadaste con ella? ¿Fue por Pedro, el de la ferretería?

Ella negó con la cabeza, cada vez más incómoda. Siguió dibujando unas formas tubulares de las que salían filamentos, como si fueran plantas de un mundo imaginario. Entonces me di cuenta. Lo estaba dibujando con un bolígrafo de tinta verde.

—Carolina, ¿te importaría escribir el nombre de Sandra en la hoja?

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡No! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Fui yo qué?

—¡Tú escribiste el anónimo. —Soltó el bolígrafo y me miró con ojos

espantados—. Vamos, reconócelo. «SANDRA RUEDA NO ES QUIÉN TÚ CREES». Fuiste tú.

—¡Es que era verdad! ¡Sandra Rueda no era quién tú creías! —Rompió a llorar.

—¿Por qué me escribiste aquel anónimo?

—Estaba enfadada con ella. La simpática de Sandra, la guapa de Sandra. Todos caían rendidos a sus pies. ¡Hasta te había convertido en tu mejor amiga! En aquel momento me sentía furiosa con ella y tuve el impulso de escribírtelo; tal vez tú averiguabas su secreto, tal vez a ti te lo contaba.

—¿Qué secreto?

—No puedo decírtelo.

—¿Tiene que ver con tu padre?

—Te he dicho que no puedo decírtelo.

—La mujer llorando... — murmuré—. También eras tú, ¿verdad?

—¿La mujer llorando? —Carolina parecía confundida de verdad.

—Una noche, antes del anónimo, alguien se acercó a la cabaña. Era un llanto de mujer. Pero, cuando abrí para saber quién era, ya no estaba. Eras tú, ¿verdad?

—Puede ser. He salido más de una vez de esta casa con ganas de llorar. Antes de que tú llegaras, me refugiaba en la casita cuando necesitaba desahogarme.

Teo regresó con los Risketos, pero la reunión estaba a punto de concluir. Tenía demasiadas cosas que procesar.

Al llegar al refugio cogí la libreta del arcoíris e hice algunas anotaciones nuevas en color rojo. La lista quedó así:

LISTA DE SOSPECHOSOS:

—ALEXANDER CABALLERO: ¿Amantes? *Casi seguro. Confirmar.*

—CAROLINA CABALLERO: ¿Celos? *Sí.* ¿Conocía la supuesta relación con su padre? *Sí.*

—JULIA DÍAZ: ¿Sabía algo de la relación con Sandra? ¿Qué misterio

esconde? Averiguar a quién visita en la residencia psiquiátrica.

—PROFESOR DE INSTITUTO: ¿Existe? *Sí*. Averiguar su identidad.
Carlos Martínez Ruz. ¿Qué tipo de relación mantenían? *Amantes*.

DUDAS QUE RESOLVER Y OTRAS AVERIGUACIONES QUE HACER:

+¿Quién escribió el anónimo? *Carolina*. ¿Por qué me lo mandó a mí?
Quería que averiguara el secreto de Sandra. ¿Qué secreto?

+¿Qué tenía que contarme Sandra?

+¿Me vio alguien en el camino de vuelta a la casita después de dejar a Sandra? *Nadie, de momento*.

+¿QUIÉN ES ERA SANDRA RUEDA?

Había contestado algunas de las preguntas, pero faltaban las más importantes. Me encontraba como al principio. ¿Realmente podía Carolina haber matado a Sandra? ¿Tenía una chica de dieciséis años fuerza suficiente para estrangular a una mujer joven? No lo creía y menos teniendo en cuenta la constitución delgada de Carolina. Además, ¿cómo iba a salir de la casa roja sin que nadie la viese? A menos que alguien la hubiera visto y la estuviera encubriendo. Eso podría justificar el abatimiento exagerado de Alexander Caballero ante la muerte de Sandra. ¿Había matado Carolina a Sandra debido a la relación que mantenía con su padre y este lo había descubierto? Todo era demasiado terrible. Demasiado rocambolesco. La cabeza me daba vueltas. Intenté dormir, al día siguiente tendría que dar respuesta a unas cuantas preguntas más de mi libreta.

Capítulo 19

UNA CASA CON JARDÍN

Los planes del miércoles por la mañana pasaban por enfrentarme al fin al señor Caballero. Su nombre aparecía una y otra vez en mis delirios mentales. Quería visitarlo en la ciudad, en su trabajo, fuera de la casa roja, ponerlo entre la espada y la pared, contarle lo que sabía, sacar una nueva confesión. Pero esos planes se vieron alterados por una llamada. Una llamada de Dani.

—*Diana, tengo que hablar contigo.* —Fue lo primero que dijo al descolgar el teléfono.

—Han pasado cinco días. Cinco días, Dani. Me han acusado del asesinato de Sandra y tú me llamas cinco malditos días después. Pensé que eras una especie de amigo. —No quise ocultar ni un ápice de mi decepción.

—*Perdóname, Diana, no supe cómo reaccionar. Sandra fue asesinada, te detuvieron, tú eres la última persona que la vio... Reconozco que he estado confundido.*

—Me crees culpable.

—*No, Diana, te lo prometo. Ahora no. Tú no podrías haberle hecho algo así. Ella era tu amiga, y tú eres, tú eres... incapaz de hacer daño. Lo sé.*

«Ahora no». Esas dos palabras me habían golpeado fuerte. Había llegado a pensar que yo era una asesina. Dolía, dolía mucho.

—¿Qué quieres, Dani? —pregunté con seriedad

—*Quiero saber cómo estás, hablar contigo, verte, olerte... No puedo dejar*

de pensar en ti, Diana.

Un nuevo sentimiento se revolvió en mi estómago, un cosquilleo agradable, una sensación placentera que casi había olvidado. Se hizo una pausa en la comunicación. Después de unos momentos de silencio, él continuó:

—*Ven, por favor. Necesito verte. Tomemos un café, hablemos de todo lo que quieras hablar y, si no quieres hablar, no lo haremos, pero ven.*

—No puedo aunque quisiera. Es demasiado duro volver a El Alquimista. Sandra ya no estará y todo el mundo cree que la maté; no es el plan más apetecible.

—*Veámonos en mi casa.*

Después de una nueva y prolongada pausa, pregunté:

—¿Cuándo?

—*Ahora.*

Una hora más tarde estaba frente a la puerta de madera verde que daba acceso a la casa de Dani, una de las casas de piedra de una sola planta que se encontraban en el extremo más oriental del pueblo. Había sido propiedad del antiguo dueño del bar; Dani la había heredado junto con El Alquimista. Quería verlo. Me había dicho a mí misma que tenía que verlo para aclarar ciertos puntos con él, para continuar mi investigación, pero lo cierto era que quería verlo porque su llamada me había hecho recordar los besos compartidos al son de la música de El Cuervo. Solo habían transcurrido cinco días, aunque una eternidad parecía separar ambas fechas. Pegué a la puerta mientras intentaba templar mis nervios. Dani abrió. Se mostraba abatido, al borde del derrumbe. Sentí deseos de desmoronarme en sus brazos, de derrumbarnos juntos.

Su casa era una modesta vivienda decorada con encanto, el mismo encanto que hacía indispensable el acudir a su cafetería y, al igual que esta, olía a canela y a flores. No en vano, en la parte posterior de la casa, se ubicaba un pequeño jardín con flores de muchos tipos, desde adelfas hasta girasoles. Era un pequeño país de las maravillas. De repente me sentí bien. Preparó café y

me lo ofreció junto a sus famosos bollitos. Sentados junto a una mesa redonda del comedor, charlamos de todo un poco, según fue fluyendo. Le recriminé su actitud de nuevo. Me dio sus razones; lo comprendí a medias. Y al fin hablamos de Sandra. Empecé yo.

—¿Qué te pasaba con Sandra? —Me miró turbado, sin comprenderme—. Oh, venga, había algo entre vosotros; no os pasabais ninguna. Nunca he tenido claro si os picabais tanto porque no os caíais tan bien como decíais o porque no podíais dejar de tontear.

—Estás muy equivocada. Entre Sandra y yo nunca hubo nada. No sé ella, pero a mí me caía bien. Era simpática, divertida, lista...

—Y muy guapa, ¿o es qué vas a obviar ese detalle?

—Por supuesto que no voy a obviarlo; era algo evidente. Era una chica atractiva, con curvas; babeaban por ella aquí y en los alrededores. Sin embargo...

—Sin embargo... —repetí animándolo a continuar.

—Sin embargo, no era el tipo de chica que me gusta. Le faltaba cierta sensibilidad, un toque de ingenuidad. No sé, le faltaba algo, le faltaba... ser tú.

Se levantó de su silla y se aproximó a la mía. Se inclinó junto a mí, tomó mis mejillas entre sus manos. Percibí el aroma intenso de las adelfas. Acercó su boca entreabierta a la mía. Me besó despacio. Desperdigó pequeños besos en la comisura de mis labios, también en el cuello y regresó a mi boca invadiendo su cavidad con su lengua anhelante. Me estremecí desde la punta de los dedos de mis pies hasta la coronilla. Se me erizaron los vellos de la piel. Me sentí mal por sentirme tan bien, por desear que me bajara las bragas y me penetrara una y otra vez. Me levanté de la silla, pensé en irme, pero él me tomó de la cintura y con un impulso me subió a la mesa redonda del comedor. Rodeé con mis brazos su cintura y bajé mis manos a su trasero. Lo aproximé a mí. Noté su miembro duro a través de sus pantalones. Estaba a punto de pasar y yo no lo evitaría.

Pasó. Le desabroché el botón, le bajé los vaqueros, lo ayudé a bajarme los

míos y, sentada aún sobre la mesa, sentí oleadas de calor con cada embestida. Sus movimientos eran suaves y enérgicos, y sus caricias eran un bálsamo para las heridas abiertas. Hacía mucho que no experimentaba nada así. Lo necesitaba. Después del clímax experimenté un estado de felicidad que al instante me llenó de remordimientos. Sandra estaba muerta y yo me acababa de tirar a Dani. Me aparté de él y me bajé de la mesa con movimientos bruscos.

—Tengo que irme —dije.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? —Y sin esperar mi respuesta añadió—: Diana, no estamos haciendo nada malo. No podemos dejar de vivir ni de sentir porque Sandra ya no esté.

Me acarició un mechón de pelo y me dio un beso en la frente. Supongo que llevaba razón, pero no podía evitar sentirme culpable por lo que había acabado de pasar. Ojalá pudiera ir a El Alquimista y reunirme con ella para contarle lo que había acabado de suceder. Aunque tal vez ella ya lo sabía, tal vez había observado la escena desde una dimensión desconocida, desde donde quiera que fuese que las almas iban, si es que iban a algún lugar después de abandonar el cuerpo. ¿Qué le habría parecido aquel polvo espontáneo en la mesa del comedor? Sentí que el estómago se me revolvía.

Capítulo 20

DESPEINADA

Me sentía mal. Físicamente mal. ¿Podían los remordimientos provocar unas náuseas tan intensas? Pero ningún malestar podía apartarme de mi siguiente paso en la investigación. No había ido a hablar con Alexander Caballero; eso ya tendría que esperar al día siguiente porque la cita que me traía entre manos era ineludible. Era miércoles por la tarde y existía una posibilidad, por remota que fuera, de que Julia Díaz volviera a visitar la clínica psiquiátrica. En cualquier caso, si ella no aparecía, yo debía averiguar a quién iba a visitar.

La mujer de la recepción me miró con escepticismo después de observar por unos segundos la foto de Julia Díaz que yo le había dejado sobre el mostrador.

—Entonces, ¿la conoce?

—No he entendido bien lo que quiere, señorita —contestó sin muestras de empatía.

—Ya se lo he comentado. Esta señora viene algunos días y un miércoles fue muy amable con mi abuela, que está ingresada con alzhéimer. Por lo que me han dicho, le estuvo leyendo libros y contando historias. Me gustaría darle un detalle para agradecérselo —expliqué mostrándole una caja roja de bombones —, pero no sé nada de ella. Tal vez usted la conoce o sabe a quién viene a visitar...

—No puedo darle ese tipo de información.

—Solamente quiero darle estos bombones...

La mujer volvió a negar con la cabeza.

—Déjelos aquí y se los daré de su parte —dijo.

Me la imaginé escondida tras el mostrador devorando ansiosa las almendras rellenas de praliné.

—No, gracias.

Me retiré del mostrador sin la información que necesitaba, pero no había sido una derrota total. Había quedado demostrado que Julia Díaz visitaba la clínica con frecuencia, la suficiente como para que la recepcionista supiera que podría darle los bombones. Me senté en un sillón del *hall*, semioculto por una planta de proporciones considerables. No perdía nada por esperar y necesitaba calmar mis náuseas.

Una hora y cinco visitas al aseo después, una rubia con apariencia hollywoodiense abrió a su paso las puertas de cristal de la clínica. Allí estaba, la mismísima Julia Díaz con una gabardina de cuadros escoceses y unos *stiletos* que repiqueteaban a cada paso que daba. Se acercó al mostrador. Temí que la mujer de recepción le hablara de mí o de los bombones o, peor aún, que se hubiera dado cuenta de que llevaba escondida tras una planta una hora de mi vida y se lo hiciera saber a Julia Díaz. Pero mi querida señora tan solo intercambió con ella un par de frases inaudibles para mí y se dirigió rauda al ascensor del ala izquierda. Antes de que las puertas se cerraran, me fijé en la altura que señalaba su dedo índice al pulsar el botón. Accionado el mecanismo, Julia Díaz se elevó a las alturas.

Corrí a coger el siguiente ascensor tomando la precaución de que la recepcionista no me viera. Ante el cuadro de mandos, dudé si Julia habría presionado el botón de la segunda o de la tercera planta. Me decanté por la segunda. Las puertas se abrieron y me desembarcaron en una planta con varios pasillos de moqueta azul Klein y puertas de madera blanca. Escuché un murmullo de voces y seguí el camino que me marcaban a través del pasillo central. Un poco más adelante divisé lo que parecía ser una sala de espera. Julia Díaz no estaba en ella. Seis personas se congregaban allí: tres hombres

que charlaban animadamente sobre el partido de liga de la noche anterior, dos señoras que se enseñaban fotos en sus respectivos móviles y una mujer que se mordía las uñas. Me dirigí a esta última.

—Disculpe, ¿ha visto usted a una mujer rubia con una gabardina de cuadros?

—Ha entrado en la consulta del doctor Ferrer —contestó señalando una puerta al final del pasillo.

—Gracias. Una cosita más: ¿qué trata el doctor Ferrer?

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer con una desconfianza del todo comprensible.

—Soy la hermana de la mujer rubia —improvisé—. Sé que no es muy ético, pero necesito saber qué le está pasando a mi hermana. No nos cuenta nada a la familia y queremos ayudarla. La he seguido porque sé que viene aquí cada semana. Tal vez, si supiera qué le pasa, podría ayudarla.

Sentí que estaba pasándome de rosca, pero la mujer que se mordía las uñas encontró creíble mi argumento.

—El doctor Ferrer es psiquiatra, trata crisis de parejas sobre todo. Su hermana también viene los lunes.

—Gracias. ¿Sabe si mi cuñado ha venido alguna vez con ella? Es un hombre alto, moreno, con barba...

—No, y dudo mucho que vaya a venir algún día.

Este último comentario llegó acompañado de una sonrisa maliciosa.

—¿Conoce a Alexander, mi cuñado?

—Oiga, señorita —dijo la mujer acercándose a mí y bajando el tono de voz—, créame si le digo que no debe preocuparse por su hermana.

—Pero si usted misma me está diciendo que visita al doctor dos veces en la semana.

—No quiero ofenderla, pero creo que sus visitas son, ¿cómo decirlo?, algo más íntimas...

—¿Insinúa que tiene un lío con el doctor?

—Yo solo digo que más de una vez la he visto salir de la consulta

despeinada.

¿Era posible? ¿Tenía Julia Díaz un amante? ¿Se ponían los cuernos mutuamente? Camas separadas... Al parecer *miss* y *míster* perfectos habían cateado el examen de la fidelidad. Le di de nuevo las gracias a mi informante y me senté directamente junto a la puerta de la consulta del doctor Ferrer. Con un poco de suerte, tal vez unos jadeos confirmaran el rumor. No escuché más ruido que el de mis tripas rebeldes provocándome retortijones, pero al fin, unos cuarenta minutos más tarde, la puerta de la consulta se abrió y tras ella apareció Julia Díaz con un mechón de su coleta fuera de lugar.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó al verme con cara de psicópata.

—¿Te apetece un café, Julia?

—¿Qué quieres?

—Hablar. Sé lo tuyo con el doctor, pero no he venido por eso.

—No sé de qué me hablas, niña. —Su cara se volvía más roja por momentos.

—Tranquila, puedo guardar el secreto. De hecho, lo guardaré si te tomas un café conmigo y charlamos un rato.

—Putada pirada asesina.

—Tomemos un café.

La clínica tenía su propia cafetería. Allí iban a parar los familiares de los pacientes ingresados en busca de un respiro de tanta demencia, los clientes que acudían a consulta mientras llegaba la hora de su cita con el loquero o las adúlteras con aroma de virgen con las sospechosas de asesinato. Esas últimas éramos Julia y yo. Por primera vez me sentía en una situación de privilegio con respecto a ella. Tenía una sensación de superioridad proveniente no solo de que tenía en mis manos una baza para chantajearla, sino, más bien, del hecho de que yo había tocado fondo. Iría a la cárcel si de la Monja o yo no dábamos con el verdadero asesino de Sandra Rueda, por lo que su condición de jefa insufrible ya no ejercía ninguna influencia sobre mí.

—Manzanilla con azúcar moreno —exigió Julia al camarero dándole una

orden, como acostumbraba a hacer con todos los habitantes del planeta.

—Yo tomaré otra con azúcar normal, por favor. —Realmente necesitaba una manzanilla para mi estómago—. Y bien —continué cuando el camarero se alejó—: ¿qué tenías en contra de Sandra Rueda?

Julia no esperaba mi pregunta, la había pillado totalmente desprevenida. Supongo que imaginaba que comenzaría a preguntarle por el doctor Ferrer, pero la verdad era que no tenía tiempo de andarme con rodeos.

—¿A qué viene esto? Más bien tendría yo que hacerte esa pregunta a ti. ¿Qué tenías tú en contra de Sandra para que acabaras estrangulándola? ¡Y pensar que te he tenido todo el tiempo al cuidado de mis hijos!

—Es verdad, ¿por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no me has echado de tu casa? Si creyeras que soy culpable, me habrías alejado de tus hijos... ¡Tú sabes que yo no lo hice!

—¡Yo te habría echado a patadas de mi casa! Es Alexander quien se empeñó en darte el beneficio de la duda.

—¿Alexander?

—Sí, Alexander. El guapo y perfecto Alexander. ¿Crees que no he visto cómo lo miras? ¿Crees que no sé el poder que ejerce sobre las mujeres con su caballerosidad? Así me conquistó a mí, pero no tardé en descubrir que no es oro todo lo que reluce.

—¿Sabías lo de Sandra? —le pregunté un poco aturdida aún.

—¿A qué te refieres? —Me miró suspicaz, cautelosa.

—Él y Sandra estaban liados, ¿no es así? ¿Empezaste por eso tu aventura con el doctor Ferrer?

El camarero se aproximó con las manzanillas y ambas guardamos silencio mientras nos mirábamos con ojos escrutadores la una a la otra, intentando averiguar con la mirada cuánto sabíamos y cuanto ignorábamos.

—Ay, Diana, las cosas no son tan simples como tú las cuentas. Llevo viendo al doctor Ferrer hace mucho tiempo, a escondidas, avergonzada de tener que

ser tratada por un experto en crisis de pareja y tener que hacerlo sola porque mi querido esposo nunca me ha querido lo suficiente como para intentar arreglar lo nuestro. El doctor ha sido lo único bueno que me ha pasado en los últimos tiempos.

—¿Y Sandra? ¿Desde cuándo eran amantes?

—¿Qué quieres, Diana? ¿Para qué has venido?

—Yo no la maté, Julia. No fui yo, pero alguien debió hacerlo.

—¿Y crees que fui yo?

—Tenías un buen motivo.

—Estás muy confundida, Diana, mucho.

—¡Pues ayúdame! ¿Quién la mató?

—Hasta hace solo unos minutos pensé que habías sido tú.

Me dejé resbalar por el asiento de la silla, desmoralizada. Julia Díaz observó mi abatimiento y recuperó su superioridad sobre mí. Sin perder su altivez me dio un sorprendente consejo.

—Yo, que tú, hablaría con mi marido.

Capítulo 21

PALABRA DE CABALLERO

Sentado sobre un sillón de cuero negro con ruedas, parapetado tras la mesa de caoba de su despacho en la casa roja, el señor Caballero se imponía aún más que de costumbre. El brillo de su mirada verde se había evaporado a pesar de que sus ojos, acuosos y enrojecidos, indicaban que se había pasado los últimos días llorando. ¿Podía ese hombre tan afectado haber cometido el crimen? Recordé una noticia de hacía décadas: el asesinato de un menor a manos de su tío. Antes de que su detención lo llevara a confesar, había aparecido en todos los telediarios haciendo declaraciones ante las decenas de micrófonos de la prensa, aparentando ser el hombre más afligido sobre el planeta. Todo el país se había sentido conmovido con sus palabras, con las palabras del propio asesino. Supuse que la respuesta a mi propia pregunta era afirmativa.

La noche anterior, cuando regresé de mi sorprendente visita a la clínica, le hice saber, a través de Guadalupe, mi necesidad urgente de hablar con él y Alexander decidió citarme a las nueve en punto de esa mañana de jueves.

El señor Caballero me había recibido expeliendo sus dulces notas frutales, expresándome —de forma parca y correcta— su apoyo ante mi situación, aunque yo percibí cierto recelo en su tono. ¿Sospechaba de mí igual que yo lo hacía de él? Si así era, no me encontraba ante el asesino de Sandra, ¿o acaso era justo lo que quería hacerme creer? Sentía que, a cada hora que pasaba, me

encontraba más lejos de la verdad en lugar de más cerca, y cada minuto que transcurría sin pistas fiables era una nueva baldosa que facilitaba el acceso a mi entrada en prisión. Pese a lo traumático de mi situación, encontraba especialmente difícil iniciar la conversación con él.

—¿Qué era eso tan urgente, Diana?

Se tapaba la boca con la mano, sosteniendo la mejilla con el pulgar. Sin duda tenía mejores cosas que hacer, un jueves por la mañana, que hablar con la profesora particular de sus hijos. Claro que, cuando esa profe era la sospechosa del asesinato de su amante, las prioridades cambiaban. Tomé aire.

—Yo no maté a Sandra.

No tenía intención de comenzar así, pero las palabras surgieron solas de mis labios, como una disculpa. No sabía por qué me importaba tanto que él supiera que yo no era culpable. Se limitó a asentir con la cabeza. Yo había imaginado otra escena en mi mente tras pronunciar esas palabras. No sé, tal vez un abrazo, palabras de consuelo..., pero él simplemente asintió sin añadir nada más, esperando más palabras, impacientándose con mi silencio. No tuve más remedio que continuar.

—Era mi amiga. Jamás le habría hecho daño. Ella era la única persona que...

—¿Qué es lo que quieres, Diana?

Me cortó de manera tan brusca que me ofendí. Puesto que era evidente que no le interesaban mis sentimientos sobre lo sucedido, pasé directamente al grano.

—El día que murió os sorprendí en la biblioteca. —Se revolvió en su sillón de cuero—. Os vi abrazados.

Noté que sus ojos volvían a humedecerse aunque sus palabras estaban lejos de mostrar sus sentimientos.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¿No es un tanto raro que un hombre de tu edad abrace así a una amiga de su hija?

—Mira, Diana, si has venido aquí a acusarme de algo quiero que te vayas.

Quiero que te vayas de aquí ahora mismo. —Se levantó de su asiento y bordeó la mesa hasta ponerse frente a mí—. No voy a consentir que vengas a insultarme en mi propia casa.

—¿Insultarte? Eres tú quien ha insultado a tu propia familia. Pensé que eras otro tipo de hombre. —Mi discurso avanzaba deprisa al margen de mi raciocinio. No pensaba nada de lo que estaba diciendo. Me sentía sumamente enfadada con aquel hombre y di rienda suelta a mi lengua—. Sentía pena por ti, por estar casado con esa bruja de Julia. Un hombre como tú se merecía algo mejor, y de repente resulta que eres el tipo de hombre que no solo engaña a su mujer, sino que lo hace con la amiga de su hija adolescente.

En ese punto mis palabras eran dardos de furia envenenada, pero la verdadera ira estaba en los ojos de Alexander que, parado junto a mí y clavándome su mirada iracunda, ahogó una palabra que se convirtió en suspiro. Se dirigió a la puerta del despacho y la abrió. Con una mano en el pomo y con la otra que me invitaba a salir por ella, dijo lo peor que me podía haber dicho:

—Tienes esta noche para recoger tus cosas. Mañana por la mañana te quiero fuera de toda mi propiedad. Sin despedidas, no quiero que veas a mis hijos.

Me quedé paralizada unos segundos. No había medido las consecuencias, no había siquiera pensado en la reacción que podían provocar mis palabras. Por un instante tuve deseos de suplicarle, de arrodillarme si hacía falta, con tal de que me permitiera ver a Teo y a Carolina. Pero no hice nada parecido. Tan solo me quedé mirando sus ojos verdes, furiosos, llorosos: toda una tempestad albergada en sus pupilas. Mi mente hizo, entonces, una de esas trastadas que nos hace el cerebro en los momentos más inoportunos y recordó la canción de Casablanca, el olor a leña y los adornos del árbol de Navidad.

Capítulo 22

POR LA PUERTA DE ATRÁS

Nevaba cuando salí del refugio. Era muy temprano, el día apenas había empezado a clarear. Supongo que hacía frío, pero ya no lo percibía. Todo era muy diferente de hacía cuatro meses. Había llegado a Zumaque guiada por el destino, con pretensiones de tener una vida mejor o, al menos, de maquillar la existencia miserable que había llevado en mi ciudad. Había llegado al pueblo, me habían alojado en la mejor casa de la ciudad, había hecho una amiga de las buenas, me había ganado el aprecio paulatino de mis alumnos y me estaba empezando a enamorar. Parecía que mi vida había tomado la dirección correcta y, en apenas seis días, todo había vuelto a cambiar. Ahora sí que estaba jodida de verdad.

Empezaron a caer unos finos copos. La nieve de Zumaque. La echaría de menos. La recordaría desde mi celda en prisión. Pensé en la guerra de bolas de nieve con los niños y en la caída de Julia cuando la descomunal bola de nieve que le había arrojado le había impactado por error. Me eché a reír y, acto seguido, me puse a llorar. Y llorando en silencio, arrastrando mi maleta fucsia por el suelo húmedo, emprendí la salida de aquella casa para siempre. Al pasar por la fachada de la casa roja, observé su magnificencia una vez más. Maldita casa roja. Malditos habitantes. Ojalá se pudrieran todos. Todos no. Teo no y Carolina tampoco. Ni Guadalupe, que había resultado ser más una aliada que una enemiga. Ni siquiera Julia Díaz. Tampoco ella debería

podrirse; al fin y al cabo, no era más que una víctima de Alexander. Él la engañaba; era normal pagarle con la misma moneda. Sí, Alexander Caballero podía pudrirse. Podían pudrirse él y sus modales de inglés estirado, podían pudrirse él y su palo metido por el culo. Podían pudrirse él y sus malditos ojos verdes. Deseaba no haberlo conocido nunca. Deseaba no haber llamado nunca a ese teléfono, no haber visto nunca el anuncio que me había llevado a aquella casa. Si nunca lo hubiera conocido a él y a la casa roja, no hubiera dolido tanto que me hubiera echado de allí.

No sabía adónde ir. Si Sandra hubiera estado viva, me habría plantado en su casa; ella me habría acogido con los brazos abiertos. Si Sandra hubiera estado viva... Si Sandra hubiera estado viva, no habría pasado nada de lo ocurrido. Ninguna de esta serie de catastróficas desdichas habría tenido lugar. Todo había pasado por Sandra.

¿Por qué, Sandra? ¿Por qué?

Lancé al aire mis preguntas con la débil esperanza de que un susurro gélido procedente del más allá llegara a mis oídos y me diera las respuestas.

Mi maleta fucsia y yo llegamos a la puerta de la casa de Dani. No había nadie más que pudiera alojarme en el pueblo. No le había avisado por miedo a que me pusiera excusas para quedarme así que, cuando abrió la puerta y me encontró tras ella con mi maleta y con las lágrimas que rodaban por mis mejillas, su cara no pudo evitar expresar su sorpresa.

—Me han echado —me apresuré a decir—. Me han echado de la casa roja y no tengo a dónde ir.

Su abrazo me pilló desprevenida. Sí, me abrazó. Me abrazó igual que abraza una madre a un hijo al que ha perdido por unos segundos en el parque. Me conmoví al saber que era bienvenida en su casa. Tal vez hubiera algo que salvar del naufragio, del barco a la deriva que era mi vida.

—Puedes quedarte todo lo que quieras. —Fueron las dulces palabras que utilizó antes de acompañarme al interior.

Me preparó café y lo tomamos juntos sobre la mesa redonda donde habíamos

hecho el amor el día anterior. Después él se marchó a El Alquimista y yo deshice parte de la maleta mientras pensaba, temerosa, en la visita que tenía prevista esa mañana. La más dolorosa de todas.

Mi teléfono sonó. Durante una breve fracción de segundo, albergué esperanzas de que fuera Alexander Caballero, quien me llamaba arrepentido para implorarme que regresara a sus vidas. Pero el número que se reflejó en la pantalla del móvil pertenecía al inspector Ángel de la Monja.

—Buenos días, inspector.

—*Buenos días, señorita Aranda.*

—¿Debo preocuparme por su llamada?

La noche anterior Ricardo me había llamado para informarme de que los resultados obtenidos de las fibras halladas en la escena del crimen pertenecían, tal y como era previsible, a mis orejeras rosas. Ni siquiera me preocupé por ello, ya sabía que los análisis concluirían de esa forma pero, tal y como me había dicho Ricardo, eso no era una causa de peso para acusarme. La transferencia del pelo de mis orejeras a la ropa de Sandra o a alguna parte de su cuerpo era perfectamente posible, puesto que había estado con ella las horas previas a su muerte. Pero, a pesar de ello, no era una buena noticia y la llamada del inspector acrecentó mi temor ante una inminente acusación formal.

—*El análisis de las muestras de fibras ha resultado positivo. El pelo rosa era de sus orejeras.*

—Lo sé, me lo dijo anoche mi abogado. ¿Eso cambia algo en mi situación? ¿Van a volver a detenerme o algo así?

—*No, señorita Aranda, de momento no tiene que alarmarse.*

—Ojalá no hubiera dicho «de momento», pero gracias.

—*Hay una cosa más que quería comentarle de manera extraoficial. Es sobre el señor Ruz. Carlos Ruz.*

—Sí, el profesor de Historia, dígame —añadí intrigada por lo que tuviera que contarme.

—*Lo hemos investigado y hemos hablado con él. Tal y como usted me*

había indicado, mantenía una relación extramatrimonial con la señorita Rueda.

Me emocioné al oírlo de los labios del inspector. Ya no eran solo cosas de la chiflada sospechosa número uno, era algo oficial.

—¿Y bien? —pregunté ansiosa

—*No es el asesino.*

Mi emoción se fue al garete.

—¿Cómo está tan seguro?

—*Estaba en París, en Disneylandia más concretamente. Había pasado allí la noche de Reyes con su familia y regresó el sábado, horas después del asesinato de la señorita Rueda.*

Mierda.

—Vaya, gracias, de todas formas, por habérmelo dicho.

—*Era lo justo. Al fin y al cabo, fue usted quien nos habló de él. Por cierto: ¿qué tal va su investigación paralela?*

—¿Qué investigación? Usted me dijo que no investigara por mi cuenta para no entorpecer la investigación oficial.

—*Y ambos sabemos que usted hizo caso omiso de mi advertencia, así que dígame: si no fue usted, ¿quién cree que mató a su amiga?*

—Creo que pronto podré darle un nombre, inspector, pero necesito hacer una última confirmación. No quiero volver a hacerle perder el tiempo como con el profesor. El próximo nombre que le daré será el del asesino.

—*Admiro su fortaleza, señorita Aranda.*

Lo dijo de verdad, creyendo lo que decía, porque no sabía que por dentro yo estaba derrotada, a punto de levantar la bandera blanca de la rendición. Pero aún debía jugar la última baza. Había un sospechoso marcado con bolígrafo rojo, desde la noche anterior, en mi cuaderno. Pero, antes de inculpar al señor Caballero, debía hablar con la madre de Sandra Rueda.

Capítulo 23

UN CALENDARIO ESTANCADO

Otra vez el dolor de estómago y las náuseas. Corrí al aseo de Dani y vomité en la taza del váter repetidamente. Empezaba a estar harta de ese malestar que aparecía de improviso y alteraba mis planes. No podía visitar a la señora Estévez en ese estado. Necesitaba algo que me cortara los vómitos. Decidí pasar antes por la consulta del doctor para que me recetara algún remedio eficaz.

Llegué allí débil y mareada; las personas con las que me había cruzado en el camino se habían ido desdibujando conforme se acercaban a mi altura. En cierto modo, era de agradecer, así no había podido ver sus caras acusadoras. No pude evitar, en cambio, ver la del doctor Balbuena, que me observaba sin disimular su curiosidad acerca de mi persona. Yo había vuelto a vomitar en el aseo de su consulta un par de veces antes de poder siquiera saludarlo, pero me sentía mejor. Menos mareada.

—¿Desde cuándo estás así? —preguntó el doctor.

—Hace tan solo una media hora. Supongo que es todo debido a la tensión que tengo. —El doctor Balbuena asintió comprensivo, como si empatizara todos los días con presuntas homicidas estresadas—. Pero tengo que ir a un sitio; es urgente y no puedo ir si no paro de vomitar. He venido a que me recete algo para cortar los vómitos. Aunque ahora, que estoy aquí, me doy cuenta de que estoy bastante mejor.

—Está bien, te recetaré algo, pero antes tendremos que saber si, aparte del estrés, hay alguna otra causa que provoque los síntomas.

El doctor comenzó a hacerme una serie de preguntas rutinarias sobre mis hábitos diarios y si estos se habían modificado en los últimos días. Yo contestaba procurando no ser cínica y no mencionar el hecho de la muerte de Sandra, mi detención y demás. Repasaba las paredes, pintadas en verde menta, de su despacho, de las que colgaban orlas y diplomas, títulos y honores conseguidos por un hombre estudioso cuyos huesos habían llegado a parar a Zumaque, al culo del mundo, exactamente igual que los míos. Me detuve en un almanaque de pared que se había quedado estancado en el mes de mayo del año anterior, como si dejarlo suspendido en primavera consiguiera retrasar el invierno o hacerlo menos virulento. El doctor se dio cuenta de mi mirada fija sobre el almanaque y comentó:

—Son adelfas. Bonitas, ¿verdad?

Me fijé, entonces, en la fotografía que acompañaba a los días del mes de mayo. Era una imagen de un denso arbusto plagado de llamativas flores rosas, como las que lucían en el jardín trasero de Dani.

—Sí que lo son. Son muy bonitas —contesté.

—Tan bonitas y comunes como peligrosas. —Me quedé mirando extrañada al doctor después de su comentario—. ¿No lo sabías? Contienen oleandrina, una sustancia altamente tóxica que se encuentra en sus tallos y sus hojas.

—¿Y es mortal?

—Puede serlo. Depende de las cantidades que se ingieran. El funcionamiento del sistema nervioso se ralentiza y puede dejar de funcionar. Depende también del organismo de cada persona; algunas son inmunes a su toxina. Pueden presentarse tan solo un leve sarpullido o vómitos y diarrea. —Me quedé helada; una idea horripilante se había cruzado por mi mente y el doctor pareció haberla advertido—. Pero, tranquila, lo tuyo seguramente no sea más que una gastroenteritis —dijo el doctor soltando una carcajada.

El doctor Balbuena siguió reconociéndome mientras mi mente trabajaba a

mil por hora. Mi cerebro comenzó a abrir cajones de información guardada en sus recovecos y realizó unas conexiones más que perturbadoras.

—Doctor Balbuena, ¿conocía usted al antiguo dueño de El Alquimista?

—Claro que sí, el bueno de Juan. Era un tipo estupendo —contestó él con la mirada perdida, recordando quizás algún tiempo pasado—. ¿Es que tú lo conocías?

—¿De qué murió? —inquirí ignorando su pregunta.

—Empezó a tener achaques y murió en poco tiempo. Un infarto. Nadie se lo esperaba en realidad, pero bueno, era un hombre un poco obeso que no llevaba los hábitos más saludables.

—¿Se le hizo autopsia?

—No fue necesario. Como te digo: no llevaba precisamente una vida sana. Después de cerrar el bar pasaba las noches en El Cuervo bebiendo whisky. Pero ¿a qué viene ese interés en la muerte del bueno de Juan?

—Si Juan no hubiera sido gordo y no le hubiera gustado el whisky, ¿diría usted que pudo haber muerto por una intoxicación de adelfa?

—¿Cómo se le ocurre algo así? De verdad que siento haberte hablado de esa planta y haber alimentado así tu imaginación.

—Por favor, doctor, solo dígame si los síntomas previos a su muerte cuadraban con un envenenamiento.

—Pues sí, claro, igual que cuadraban con muchas otras posibles causas rocambolescas.

Ignoré su ironía y pregunté:

—¿Puedo pedirle un favor?

—Tú dirás, Diana.

—Sáqueme sangre y envíela a cualquier laboratorio que conozca donde puedan buscar restos de oleandrina. Pagaré lo que sea necesario.

Capítulo 24

SECRETOS DESVELADOS

Me dolía la cabeza y, aunque ya no vomitaba, seguía débil y muy fatigada cuando llegué a la puerta de Ultramarinos Rueda. Temblaba, y lo hacía por muchos motivos. El primero de todo, por la certeza que tenía en mi alma de que Dani me había estado envenenando. Todas las veces que me había empezado a encontrar mal, desde aquel supuesto virus que me había tenido aislada en casa varios días, había tomado café o comido bollos de canela servidos por Dani. El mismo Dani que había regresado de improviso al pueblo y, pocos meses después, había heredado una cafetería que había pertenecido a un hombre que había empezado a tener problemas de salud desde su llegada. El mismo Dani que tenía adelfas en su jardín. El mismo Dani que me había hecho el amor en la mesa redonda del comedor.

A lo mejor estaba paranoica, pero habían matado a una chica, por lo que la posibilidad de que hubiera un asesino en Zumaque no era una fantasía. ¿Pero por qué iba a querer Dani envenenarme? ¿Y qué relación podía tener con la muerte de Sandra? ¿Qué tenía que contarme Sandra el día que la mataron? ¿Y Alexander Caballero?, ¿qué tenía que ver con todo esto? Por cada duda aclarada surgían dos nuevas. Me estaba acercando al final del camino, pero quedaban unos cuantos escollos que sortear. Tal vez Lucía Estévez pudiera ayudarme. Si me abría la puerta, claro.

—¿Qué haces tú aquí? Vete o llamaré a la policía.

Lucía Estévez era una sombra de sí misma. Su rostro, ya envejecido con anterioridad, ahora parecía casi el de una anciana. No quedaba un resto de vida en su mirada; su cuerpo era solo el envoltorio desvencijado de un alma que vivía en contra de su voluntad.

—Lucía, por favor, déjeme entrar. Yo no maté a Sandra. —Se apresuró a cerrar la puerta, pero tuve tiempo de esgrimir mi último argumento antes de que la cerrara del todo—. Creo que sé quién lo hizo.

Lucía Estévez detuvo el previsible portazo. Supongo que pensó que no tenía nada que perder, que tal vez aquella chica que la gente decía que había matado a su hija no era culpable. O tal vez solo sentía curiosidad por las mentiras que podía llegar a decir una asesina. En cualquier caso, se apartó de la puerta y me dejó pasar.

No esperaba que me preparara una manzanilla o que me invitara siquiera a sentarme, pero no podía hablar con ella en la tienda, necesitaba subir a su casa.

—¿Podemos subir a su casa? Lo que tengo que contarle es delicado.

Ella dudó pero, en lugar de negarse de primeras, me preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué vas a contarme ahora de mi hija? La policía ya me ha hablado del profesor de Historia, si es a lo que has venido.

—No, no se trata del profesor. Es acerca de... acerca de... —La madre de Sandra me miraba impaciente—. Alexander Caballero.

Todos sus músculos faciales se tensaron al oír su nombre, igual que siempre que se había mencionado la casa roja o a alguno de sus miembros en su presencia. Ella sabía de la relación de su hija con él. Estaba segura.

—Sígueme —ordenó mientras se dirigía a las escaleras que conducían a la vivienda. La obedecí con cierta sensación de triunfo.

Se sentó en un viejo sofá de tela estampada con flores. Me senté junto a ella.

—¿Qué sabes de Alexander Caballero? —preguntó sin rodeos.

Cogí aire antes de contestar, consciente de que podía echarme de su casa después de lo que iba a contarle.

—Estoy convencida de que Sandra y Alexander tenían una relación sentimental.

La perplejidad asomó a la cara de Lucía Estévez antes de dar paso a una mueca que pretendía ser un esbozo de sonrisa amarga. No me creía. Reafirmé mi hipótesis.

—Los sorprendí abrazados en la biblioteca de la casa roja el mismo día de la muerte de Sandra.

Dos enormes lágrimas cayeron de sus ojos, los cuales cubrió de inmediato con el hueco de las palmas de sus manos antes de estallar en audibles sollozos. Dudé si posar mi mano en su rodilla a modo de consuelo. Lo hice y me equivoqué, pues Lucía Estévez apartó mi mano como si el contacto conmigo le abrasara la piel y las entrañas.

—Así que por eso la mataste, ¿no? —Su mirada se llenó de odio y se levantó del sofá. Yo también me levanté y retrocedí dos pasos, temiendo de veras por mi integridad personal—. Te habías enamorado de Alexander, creíste que estaban liados y los celos te consumieron. ¡Maldita seas!

—No, no, yo no la maté. Tiene que creerme. —Ella avanzaba hacia mí inyectada en furia y yo retrocedía al mismo tiempo—. Ella era mi amiga, y yo, yo... yo la quería. —También yo estallé en lágrimas.

Lucía se derrumbó, cayó de rodillas al suelo y comenzó una letanía inconsolable.

—Ella era mi niña, ella era mi niña preciosa, era mi niña... ¿Quién me la mató?

Me arrodillé junto a ella.

—Voy a averiguar quién lo hizo, estoy muy cerca. Pero tengo que descartar a Alexander primero.

—Él no lo hizo —dijo levantando la cabeza y mirándome con sus ojos bañados en lágrimas.

—Le digo que los vi abrazados ese día. Si estaban liados, existe la posibilidad de que...

—No estaban liados.

—¿Cómo está tan segura?

—Porque Alexander era su padre.

La respuesta ensordeció el mundo alrededor. El tiempo se detuvo mientras mi mente, embotada, trataba de asimilar la información recibida. Lucía Estévez se levantó del suelo y se enjugó las lágrimas, como el fénix que renace de sus cenizas, como quien se ha quitado de encima un peso que llevaba cargando sobre sus espaldas por demasiado tiempo.

—Prepararé té —dijo calmada, serena. Ya no me creía la asesina de su hija.

Unos minutos después, frente a las tazas humeantes, Lucía me confesó el secreto que la había atormentado durante veinticinco años.

—Gerardo, mi marido, no era un mal hombre; en realidad, de lo único que puedo acusarlo es de haber sido tremendamente aburrido. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de casarme. Llevábamos solo dos años de matrimonio y los días junto a él se me hacían interminables. Sus charlas eran insípidas y el romanticismo no era algo que él conociera. Montamos la tienda juntos. Nos iba bien como empresarios, pero como pareja éramos una estafa. —Bebió un sorbo de té antes de continuar—. Una tarde, él había salido de viaje para hablar con representantes y yo estaba sola en la tienda, leyendo una novela de Corín Tellado. Sonaba una canción de Sinatra en la radio, tal vez fuese «Strangers in the night»; no lo recuerdo con seguridad, pero lo que nunca olvidaré son los ojos verdes del muchacho que había parecido de improviso en la tienda. Era el mismísimo Alexander Caballero, el hijo pródigo de Zumaque. Habíamos sido compañeros en el instituto. A mí siempre me había gustado, ¡a todas nos gustaba Alexander! Pero él siempre parecía inaccesible. —Me fastidió reconocerme en aquellas palabras—. Se había marchado a estudiar a la universidad y llevaba años sin verlo; estaba aún más guapo que entonces. Se acercó a mí, me dio dos besos y me dijo: «Lucía Estévez, me alegro de verte y de verte así de bien». Yo era diferente entonces. Era bonita, aunque no tanto como Sandra. Él venía a comprar unos cigarros, pero

comenzamos a charlar y lo invité a unas cervezas allí mismo, en la tienda. Era agradable conversar con un hombre como él. Cuando llegó la hora de cerrar, eché la llave con él dentro. Estábamos un poco borrachos y Sinatra parecía sonar en bucle. Pasó lo que tuvo que pasar. Supongo que Frank tuvo la culpa. —Esbozó una sonrisa al recordar la historia. Yo sentí celos. —Solo fue esa noche. De madrugada él se marchó y jamás volvimos a estar juntos. Pero cinco semanas después la regla no llegó y Gerardo y yo no habíamos hecho el amor en dos meses. Las cuentas no salían. No salieron nunca. Gerardo nunca me preguntó nada, pero cambió de actitud. La niña no era suya y él nunca llegó a quererla. Solo fue cuestión de tiempo que nos dejara. No lo culpo.

—¿Y Alexander? ¿Se lo dijo?

—Él había regresado para establecerse en el pueblo, había comprado la casa roja para reformarla y estaba a punto de casarse con su novia de la universidad. Yo estaba casada. No había nada que decirle. Pero un día, después de que Gerardo se marchara, coincidimos en la plaza. Él había comprado el periódico y yo esperaba mi turno para comprarle chuches a Sandra. Moras. Moras rojas. Le encantaban las moras rojas. —El recuerdo volvió a ensombrecer su mirada—. Entonces Alexander vio a la niña y se reconoció en ella, en su pelo negro y su tez clara, en sus labios gruesos... De alguna forma lo vio claro. Me preguntó si era su hija y yo le dije que así era. Desde ese momento me suplicó formar parte de la vida de la niña. Al principio me negué; ¿qué diría la gente? Pero él insistió. No solo comenzó a pasarme dinero para todo lo que Sandra necesitaba, también venía a verla siempre que podía. La única condición era que nadie lo supiera nunca.

La historia de Lucía Estévez me había dejado rota de dolor. Pobre Alexander. Había perdido a una hija y ni siquiera podía exteriorizarlo. Y yo había ido como una estúpida a acusarlo de haber mantenido una relación con su propia hija. No me extrañaba que me hubiera echado de la casa. Debería haberlo hecho a patadas. Alexander Caballero era el padre de Sandra Rueda. Algunos cabos sueltos comenzaron a atarse en mi cabeza. Todo cobraba un

nuevo sentido.

—¿Quién más lo sabía aparte de ustedes, sus padres? ¿Lo sabía Sandra? ¿Lo sabía alguien más?

—Sandra lo supo desde los dieciocho. Quiso ir en busca de su padre, el que ella creía que la había abandonado, y tuve que contarle la verdad: que aquel hombre tan simpático y guapo que venía a la tienda y charlaba tanto con ella era su verdadero padre. Alexander se alegró mucho de no tener que volver a fingir con su propia hija. Según supe por Sandra, Julia Díaz se enteró también y no le sentó nada bien. Para ella mi hija era un estorbo, y los únicos hijos de su marido eran los que ella había parido. Siempre ha sido una zorra.

—¿Y Carolina? ¿Sabía ella que Sandra era su hermana?

—Sí, acabó enterándose. Solo hacía un par de años que lo sabía y, aunque al principio no se lo había tomado muy bien, acabaron siendo lo más parecido a dos hermanas, con peleas incluidas.

«SANDRA RUEDA NO ES QUIÉN TÚ CREES». Recordé el anónimo de Carolina. Y tanto que no lo era.

—Lucía... —La tomé de las manos; ya mi piel no le quemaba—. Siento todo esto. Siento haber venido aquí con ideas equivocadas. Pero, en realidad, su historia me ha resuelto muchas dudas que traía; ahora estoy convencida de quién fue el asesino.

—¿Quién?! —preguntó suplicando Lucía Estévez.

—No quiero volver a adelantarme. Aún necesito conocer el móvil, el motivo por el que quería verla muerta. A ella... y a mí.

—¿Cómo...? —La madre de Sandra estaba tan desconcertada como yo había estado hasta hacía poco.

—El día de su muerte, Sandra dijo que quería hablar conmigo, tenía que contarme algo que nunca llegó a contarme. ¿Le mencionó algo sobre eso?

—Sí, ahora que lo dices, esa tarde, después de volver de la casa roja, fue a por un libro a la biblioteca. Llegó apresurada y se fue corriendo a su cuarto, pero antes comentó algo sobre que tenía que verte. Parecía realmente afectada,

pero en ese momento no le di importancia. Pensé que sería cualquier tontería de ella, uno de esos dramas que montaba por nada.

—Dice que se fue corriendo a su cuarto cuando volvió de la biblioteca... ¿le importa si echo un vistazo?

—Vale, pero tendrás que entrar tú sola, yo aún no he podido hacerlo.

El dormitorio de Sandra parecía esperar su regreso; aunque la policía ya había estado allí, casi todas sus cosas seguían como ella las había dejado. Me pareció olerla al entrar en la estancia, casi podía percibirla, casi podía oír su risa desenfadada llenándolo todo de vida. En una pared tenía pegado un tablón de corcho donde había colgado fotos. Sobre todo eran fotos de ella en diferentes lugares con poses de lo más diversas. En todas aparecía radiante. Había reservado un espacio para una foto de las dos. Una instantánea que nos habían tomado en algún momento de la noche de su cumpleaños. La noche que me había unido a Carolina, la noche que casi me enamoro de Dani, la noche que le había regalado el colgante con el que luego la estranguló. Sentí ganas de vomitar y esta vez no creía que fuese cosa de las adelfas.

Había un montón de libros en una estantería de pie con baldas de madera, y había unos pocos sobre su escritorio. Los abrí para comprobar cuál de ellos había cogido de la biblioteca. No esperaba encontrar nada concreto y, sin embargo, lo que encontré cambió el curso de esta historia para siempre. Al hojear sus hojas, de entre las primeras páginas de una novela de Isabel Allende, una fotografía inesperada cayó al suelo. Cuando la recogí sentí que suelo se resquebrajaba una vez más bajo las suelas de mis zapatos. No podía ser. Lo que contemplaban mis ojos, la escena retratada en la instantánea era algo imposible y, sin embargo, allí estaba: una estampa inmortal que a todas luces había provocado el asesinato de Sandra Rueda.

Capítulo 25

EL PUENTE DE LOS SUEÑOS OLVIDADOS

El Puente de los Sueños Olvidados no era un lugar cualquiera. Más allá del *boom* de su popularidad, gracias a su denominación y a las *selfies* en redes sociales, el aura que lo rodeaba te hacía sentir como si pisaras un lugar sagrado, como si antiguos druidas lo hubieran rodeado de un campo de protección mágico. Y allí, en aquel lugar que parecía inmortal, había hallado la muerte Sandra Rueda. Allí, donde unos meses atrás me había dicho que su único sueño era ser feliz, había regresado yo para vengar su crimen.

Me había citado allí con Dani. Lo llamé y le dije que era urgente, que había descubierto la verdad sobre el asesinato de Sandra. No había sido fácil hacer esa llamada. ¿Cómo le habla una a la persona que sabes que ha intentado envenenarte? Pensé que, después de las adelfas y de todo lo que había descubierto esa tarde sobre Dani, sobre Alexander y sobre Sandra, nada podría inmutarme ya y, sin embargo, aquella foto volvió a provocar un maremoto de confusión, incredulidad e ira. ¿Había alguien en el mundo en el que pudiera confiar? Una vez más, esa tarde, los flecos que faltaban para que todo encajara se volvieron transparentes; aquella fotografía había resuelto el misterio. Había llegado la hora de la verdad.

Pasaban las cinco de la tarde, y en pocos minutos la luz del día comenzaría a apagarse. El aire de enero erizaba cada vello de cualquier hueco de piel que quedara libre de ropa. Algunas hebras de hielo se habían fraguado sobre el

agua del arroyo, y las hojas caídas en el suelo lucían gélidas de escarcha. Pasaban cinco minutos de la hora a la que habíamos quedado. Recé con todas mis fuerzas para que Dani acudiera a la cita; todo dependía de eso. Al fin oí pasos acercarse, pero no eran los de él.

Sus tacones repiqueteaban en la calzada. Cuando la vi no podía creerlo, pero allí estaba, con su melena pelirroja refulgente y sus andares felinos. Rita. Mi Rita.

—Diana, cariño, ¿cómo estás? —preguntó ella como si nada, como si fuera lo más normal del mundo encontrármela en un puente a quinientos kilómetros de distancia de su casa. Extendió los brazos para abrazarme y yo retrocedí dos pasos para evitar su contacto.

—¿Qué haces aquí, Rita?

—Vine a verte, cielo. Estoy preocupada por ti, necesitaba saber qué tal lo estás llevando. Me acerqué a la cafetería y Dani me dijo que podía encontrarte aquí.

Hizo un nuevo intento fallido de abrazarme.

—¿Qué Dani? ¿Dani, el tío con el que te liaste un día en la biblioteca de la facultad? ¿Dani, el que compartió un anuncio en Facebook que tú me enseñaste? ¿Dani, el que te besa en esta foto, donde llevas un jersey que te compraste este mismo verano? —pregunté a voces mientras le enseñaba la fotografía que había encontrado entre las páginas del libro de Sandra.

Esta vez fue ella quien retrocedió. Se puso en alerta. Permaneció en silencio buscando, tal vez, la respuesta adecuada, aunque ambas sabíamos que no existía ninguna respuesta a esa pregunta que la dejara en buen lugar. Inicé mis acusaciones.

—Dime, Rita: ¿fue esto, tal y como creo, un plan orquestado por ti desde el principio? ¿Os habíais compinchado para traerme hasta aquí?

Rita dejó a un lado su falsa expresión de compasión y empatía hacia mi persona y adoptó su verdadero rostro, el de una bruja malvada.

—¿Acaso vas echarme eso en cara, Diana? Deberías darme las gracias por

haberte mandado aquí a vivir en una mansión y haber permitido que ligaras con mi novio.

—Claro que sí, Rita, muchas gracias. ¡Eres tan generosa!

—Ya me conoces —dijo ella con toda su desfachatez

—A ver si lo he entendido bien, ya sabes lo cortita que soy a veces: según mis datos, Dani compartió el anuncio y tú pensaste que era una buena idea que yo viniera aquí. Me lo enseñaste, contrataste a la vidente que había venido a comprar bombillas para acabar de convencerme de venir a Zumaque y le diste a tu novio detalles sobre mí para que me conquistara con facilidad. ¿Voy bien?

—Vas muy bien, cariño, no eres tan cortita como todos pensamos. Habría que matizar algún detalle, pero sí, casi lo estás clavando.

Reprimí mis impulsos de estamparle su bonita cara contra la baranda de piedra del puente y continué con mi versión de los hechos.

—Supongo que Dani me quería cerca para poder ir envenenándome poco a poco con extractos de hoja de adelfa que iba poniendo en mi café cuando tenía oportunidad.

—También puso algo en los bollos de canela —añadió Rita como si todo aquello la aburriera.

—Lo curioso es que he tardado algunas horas en darme cuenta de que tú estabas implicada, de que tú eras la organizadora del plan. ¿Por qué iba a querer mi amiga del alma acabar con mi vida? No tenía sentido. Y de repente, ¡clic!, la bombillita se me ha encendido. El piso de mis padres. Mi piso. El que te dejaba a ti en el testamento que hice el año pasado. En serio, Rita, ¿por un maldito piso de tres dormitorios?

—¿Crees que vamos a vivir en tu piso de mierda? Compraremos algo en condiciones, lejos de este patético pueblo de paletos, cuando lo venda y Dani venda la cafetería.

—Ah, claro, la que consiguió envenenando a su antiguo dueño. Desde luego, sois dos almas gemelas.

—¿A que sí?

—Y cuando casi estaba todo resuelto, va Sandra y descubre una fotografía de los dos. Vaya, vaya, qué contratiempo.

—Esa puta era una metomentodo, pero cometió el error de decírselo a Dani antes que a ti. «O se lo dices tú esta noche, o se lo digo yo mañana como muy tarde», eso le dijo la idiota. Había que matarla, no había más remedio si queríamos vivir juntos fuera de este sitio infernal.

—¿Y por qué quisisteis echarme la culpa de su asesinato?

—Eso fue cosa de la poli. Yo no te quiero en la cárcel. Te necesito muerta. ¿A qué crees que he venido?

—A terminar lo que Dani no ha podido.

—Pero qué lista eres, cariño.

Rita se llevó la mano al interior de su abrigo y, de un bolsillo interior, extrajo un arma. Me apuntó con ella a la cabeza. Tuve tiempo de ver su dedo índice presionando sobre el gatillo. A cámara lenta. Iba a dispararme. Estaba a punto de morir a manos de mi amiga por un piso de tres dormitorios. El disparo debió de oírse en kilómetros a la redonda.

Todo sucedió muy rápido. Yo me había agachado y había esquivado la bala por escasos milímetros. Los pájaros salieron huyendo de entre las copas de los árboles. Se oyó un segundo disparo en nuestros pies. Rita se giró, aún con el arma en la mano, intentado averiguar la procedencia de la segunda detonación. Un nuevo disparo tronó en el bosque. Reconocí la figura de Ángel de la Monja, que emergía de entre los árboles. Rita también lo vio y lo apuntó con el arma. Supongo que lo sensato habría sido salir huyendo, refugiarme bajo el puente, ponerme a salvo, en definitiva. Pero una voz llegó a mis oídos, provenía del arroyo y decía: «¡Ser feliz! Ser feliz y disfrutar de la vida. ¿No es ese el sueño de todo el mundo?». A menos de dos metros divisé un grueso leño junto al arroyo y, en mitad de la confusión de disparos, me hice con él. El golpe que le asesté en la cabeza no fue tan contundente como para dejarla inconsciente, pero fue suficiente para hacerla caer sobre el suelo y que su mano aflojara la empuñadura del arma. Le arrebaté el revólver. El inspector

de la Monja se acercó y, sin dejar de apuntarla con su pistola, sacó unos grilletes del bolsillo de su gabardina y le esposó las muñecas.

—Buen trabajo, Diana.

Había avisado al inspector de que me reuniría con el asesino de Sandra y lo haría confesar. De hecho, la grabadora de mi móvil aún seguía registrándolo todo. No había sido tan tonta como para pedirle protección. No quise decirle el lugar donde nos habíamos citado. Había seguido mis pasos de cerca los últimos días y estaba convencida de que volvería a espiarme. Por suerte para mí, no me había equivocado.

Observé a Rita aún en el suelo, esposada y llorando. El demonio vencido.

—Oye, Rita, solo una preguntita más: ¿también le dijiste a Dani que debía hacerme el amor sobre la mesa del comedor? Porque lo hizo de maravilla.

Capítulo 26

AQUÍ Y AHORA

Las flores rojas del zumaque empiezan a florecer. La primavera se hace de rogar aquí, pero finalmente está llegando. Han transcurrido tres meses desde el asesinato de Sandra, y poco a poco la vida se abre camino de nuevo.

Era curioso cómo se habían desarrollado los acontecimientos el fatídico día del crimen. Sandra había encontrado la cartera de Dani en la biblioteca; la había olvidado allí un par de horas antes. Había ido a devolvérsela a la cafetería, pero la había registrado antes de hacerlo y había encontrado la foto que lo relacionaba sentimentalmente con Rita. Ella había visto fotos de Rita que yo le había mostrado. Las cosas no le cuadraban. Le había insistido en que fuese él quien me lo dijera antes que ella. Pero Dani no lo había hecho y se había asegurado de que ella tampoco lo hiciera. Esa noche, tal y como confesó tras el interrogatorio del inspector Ángel de la Monja, había quedado con Sandra, después de asegurarse de que yo ya no estaba, y la estranguló con el collar. Seguía las instrucciones de Rita. Así había sucedido. Tan sencillo, tan frío, tan inverosímil. Una pareja maquiavélica que llevaban juntos poco más de un año. Un plan que se había empezado a forjar poco después de que yo nombrara a Rita como mi heredera en caso de que algo me ocurriese. Simplemente tuvo que esperar la oportunidad y esta llegó cuando Dani le habló de que necesitaban una profesora interna en Zumaque. ¿Quién iba a relacionarlos? Habían procurado no dejarse ver juntos. Los fines de semana

que Dani iba a ver a su familia, en realidad iba a ver a Rita. Quedaban en cualquier lugar que no fuese ninguna de sus ciudades de origen. No habían colgado ni una sola foto juntos en las redes. Si yo aparecía muerta, ¿cómo alguien iba a culpar a Rita si ella vivía a cientos de kilómetros? En cuanto a Dani, él ya había asesinado una vez, mediante el veneno de las adelfas, al dueño de El Alquimista, y nadie lo había pillado. Si le había funcionado una vez, ¿por qué no iba a funcionar una segunda? Pero el plan se precipitó cuando Sandra encontró el único fallo: la foto de los dos que Dani llevaba oculta en su cartera. Tuvo que matar a Sandra y no había tiempo para adelfas. Un estrangulamiento improvisado del que casi se libra cuando me detuvieron. Tanto él como Rita están ahora en la cárcel a la espera del juicio. No se saldrán con la suya. Eso, al menos, dice de la Monja y también Ricardo, que sigue siendo mi abogado y ha vuelto a ser un amigo. No he tenido buenas experiencias con los amigos, pero supongo que no todos querrán asesinarme. Las pruebas confirmaron que había restos de oleandrina en mi cuerpo y las confesiones grabadas de los dos no dejan lugar a dudas. Tardarán muchos años en volver a ver la luz del sol.

Como decía: la primavera está llegando y las cosas comienzan a mejorar considerablemente.

Teo y Carolina están bien, muy bien. Teo ganó junto a su equipo la liga de fútbol y lo nombraron mejor jugador del equipo. Carolina está sacando unas magníficas notas y piensa matricularse en Historia del Arte cuando acabe el bachillerato. Todos los fines de semana acude a clases de pintura en la ciudad, aprovecha cuando baja a ver a su madre. Julia Díaz se ha mudado de allí, ya no esconde su relación con el doctor Ferrer. Me han dicho algunos testigos que hasta la han visto sonreír alguna vez.

Alexander también sonríe. Al principio fue complicado, estaba sumido en la tristeza pero, desde que todos supieron que él era el verdadero padre de Sandra, ha llevado un mejor duelo. Una forma de superar la pena es expresándola. Al igual que Lucía Estévez, Alexander jamás superará la

pérdida de su hija, pero poco a poco está asumiendo su ausencia. Alexander... La vida se me antoja insoportable sin él. Creo que me enamoré de él nada más verlo bajar del Range Rover en la estación de Patones la tarde en que llegué. En realidad siempre lo supe; su sola presencia nublabá mis sentidos, pero era algo imposible. No quise ahondar en mis sentimientos. Cada día que pasaba una nueva vivencia, me alejaba más de él y, sin embargo, pese a todo lo pasado, aquí estamos. Él me ha perdonado. Ha perdonado incluso lo imperdonable, lo que me atormenta cada día: el hecho de que su hija haya muerto por mi culpa. Pero frente a tanta adversidad, frente a tanto sufrimiento, se ha abierto un fino haz de luz en nuestra sangre, un deseo apremiante de estar juntos que está venciendo lentamente al dolor. El señor Caballero, el elegante *gentleman* de sangre inglesa, tan educado como estirado, se ha dejado llevar y ha sucumbido a los encantos de la señorita Aranda. Bromeamos a menudo sobre ello. Hemos hablado de dejar Zumaque cuando llegue el verano. Demasiados recuerdos tristes. Quiere vender la casa roja y que nos mudemos a la ciudad. Los niños están de acuerdo. También Guadalupe, que estaría más cerca de su madre.

Ambos, él y yo, visitamos cada semana el Puente de los Sueños Olvidados y hablamos de Sandra. Podemos sentirla; ella está con nosotros y le gusta cuando sonreímos. Escribo estas líneas y aún me arde en los labios el último beso de Alexander. Es el bálsamo que lo cura todo. Mi preámbulo de Navidad. Estoy convencida de que, a partir de ahora, la vida será más amable con nosotros.

Me llamo Diana Aranda y esta es mi historia, pero también la de Sandra Rueda, que cumplió su sueño de ser feliz lo que duró su corta vida. Me corresponde a mí y a todos los que la conocimos perpetuar su sueño para que no se olvide y es por ello que tengo el firme propósito de ser feliz durante el resto de mis días.

Veó a Teo y a Carolina jugar desde la ventana de la sala de estudios y mi corazón se expande. Guadalupe está preparando pollo a la miel para cenar y

Alexander ha bajado a la bodega a por un buen vino. Tengo que concluir esta historia; mi teléfono está sonando. Es el inspector Ángel de la Monja.

FIN

Si te ha gustado

El puente de los sueños olvidados

te recomendamos comenzar a leer

Arriésgate conmigo

de *Fernanda Suárez*



Prólogo

—¡Basta, Cassandra! Es una orden, deja de molestarme con algo tan insignificante, tengo muchos deberes y no quiero perder el tiempo contigo — gritó furioso el duque de Windsor a su hija; era un hombre despreciable al que solo le interesaba el dinero, su esposa había muerto al dar a luz a Cassandra, su única hija mujer, aunque poco le importaba, si tan solo hubiera tenido otro varón, su muerte habría valido la pena, pero ni eso pudo hacer esa insignificante mujer.

—Pero no es justo, padre, esta es apenas mi segunda temporada y tengo varios posibles pretendientes, no puedes decirme algo así. —Eduardo suspiró frustrado y dejando a un lado los documentos que tenía en sus manos, se levantó de su escritorio y caminó hacia ella en una sutil amenaza.

—¿Qué parte no entendiste, Cassandra? Si no encuentras un esposo en esta temporada, yo mismo me encargaré de buscártelo, ya sabes las condiciones, por lo menos debes tener claras las más importantes: debe ser un hombre adinerado, con un título acorde al de nuestra familia, todo un caballero, las demás ya las sabes, no me importa la edad o si es agradable para ti, agradece que te estoy dando la oportunidad de presentarme opciones, la última palabra solo la tengo yo, si no fuera porque suelo estar muy ocupado, yo mismo te habría buscado esposo y ya estarías casada. —La joven miró a su hermano, suplicándole ayuda, pero Alfred simplemente esquivó su mirada, poco o nada era lo que él podía hacer, miles de veces había intentado hablar con su padre, pero temía empeorar la situación, por ahora lo único que podía hacer era apoyar a su hermana desde las sombras.

—¿Y si me enamoro del hombre incorrecto? —preguntó ella en un susurro; la verdad era que siempre había soñado con encontrar al amor de su vida, un hombre que la amara, que se dedicara a hacerla feliz, alguien con quien tener

una familia, un futuro.

—¿Amor? —preguntó su padre burlonamente—. No existen ese tipo de estupideces.

—Pero no es lo que quiero, padre —gritó la joven Cassandra fuera de sí, le costaba mantenerse callada cuando se veía directamente afectada por esto, pero su padre estaba cerca de perder la paciencia, no le daba lo que merecía porque tenía bailes a los que acudir.

—No es mi problema lo que quieras, Cassandra, es una decisión tomada, agradece que te estoy dando una última opción —dijo con furia, estaba harto y su hija no estaba ayudando en nada a sus nervios.

—Papá... —susurró Alfred cansado de ver el sufrimiento de su hermana, pero la mirada de su padre lo hizo callar de inmediato.

—Es mi hija y seré yo el que decida, que agradezca que le estoy dando la oportunidad de elegir, tiene desde hoy hasta que se termine la temporada, si no, la próxima la empezara como mínimo comprometida, no me sirve tenerla aquí, tiene una buena dote, un apellido importante y una familia reconocida, es hermosa, le será sencillo elegir. —La joven se sentía derrotada, las opciones empezaban a agotársele, todos los caballeros que había conocido cumplían con las condiciones de su padre, pero no con lo que ella quería para su vida.

—Es muy poco tiempo —susurró ella, era su última esperanza.

—No es mi problema, pero para que veas que soy un buen padre, en el siguiente baile te presentaré a los caballeros que me gustan, tú podrás elegir, si es que eres capaz de conquistarlos, si no, pues al final yo elegiré y punto. — La tomó del brazo con demasiada fuerza y prácticamente la arrastró fuera de su despacho—. Ahora, no me molestes. —Cerró la puerta de un portazo dejándola con la palabra en la boca y un millón de lágrimas a punto de mojar sus mejillas.

La joven subió a su habitación y se encerró a llorar, siempre pensó que si era buena hija y hacía lo que se le pedía, tendría libertad de elegir lo único que quería: un esposo, uno que la amara de verdad, ella no quería ser una moneda

de cambio más, pero ahora sus sueños se veían frustrados por su padre.

Perosin imaginárselo, esa misma tarde, llegaba a Londres Nicholas Weasley en el carruaje de su familia, quien miraba curioso por su ventana; no era la primera vez que venía a Londres, pero es que esta vez era diferente, pues esta vez venía a quedarse.

Se detuvo frente a lo que sería su nuevo hogar, una enorme edificación de piedra con hermosos jardines a su alrededor, era un lugar bastante bonito, aunque demasiado grande para gusto del nuevo duque, no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, pero era hora de ajustarse a lo que le correspondía, ahora tenía un título y varios negocios por sacar adelante, pero estaba decidido a hacerlo, después de todo fue lo único que obtuvo de su padre.

Tenía varias obligaciones, como encontrar un nuevo mayordomo, según le dijo su cuñado, el hombre había muerto hacía poco, y como había nuevo duque, él mismo se encargaría de encontrar uno que se amoldara a sus necesidades.

—¿Y qué más se supone que debo hacer? —susurró con cansancio para sí mismo, pero no quería ni pensar en la respuesta, casi podía escuchar la voz de su cuñado en aquella discusión que mantuvieron al llegar.

—Bueno, a mi parecer, buscar esposa, ya tienes veintinueve, es tu deber tener un hijo y seguir con tu legado —dijo el príncipe tranquilamente.

—Yo no tengo legado, soy un bastardo —masculló Steve agobiado, era demasiado.

—Eres el nuevo duque de Devonshire, no un bastardo, eres el reconocido hijo del anterior duque, deja la estupidez, tienes un legado y necesitas tener a quien heredarlo.

—Bien, ya, entendí, debo buscar una esposa y tener un hijo. ¿Algún consejo?

—El príncipe miró a su cuñado y amigo.

—Paciencia, amigo mío, sabes que tu inicio en la sociedad no será sencillo, la reputación que tienes no ayuda mucho, pero llegará la chica para ti, es imposible que todas huyan, tienes un título, eres el cuñado del príncipe y

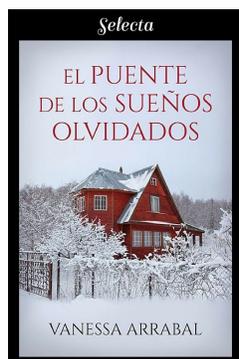
sobrino del rey, tienes una gran fortuna. —El duque hizo una mueca de disgusto, no le gustaban esas palabras.

—No quiero una mujer hueca a la que solo le interese mi dinero o mi título, sería muy aburrido pasar mi vida junto a una mujer así, sería atrofiante.

—Entonces suerte encontrando a tu chica —dijo el príncipe saliendo.

Oh sí, sí que iba a necesitar suerte.

Una joven aparece muerta en un pintoresco pueblo de montaña. Diana Aranda no parará hasta averiguar la verdad.



Diana Aranda llega a la tranquila localidad de Zumaque para trabajar como profesora interna en una aislada mansión conocida como La Casa Roja. No tardará en descubrir las complicadas relaciones que se entretajan entre los habitantes del pueblo. En un lugar donde todos parecen ocultar secretos, Diana tendrá que hacer frente a un obstáculo inesperado: la detención por el asesinato de su propia amiga.

«Alguien en Zumaque, en ese pueblo donde nunca pasaba nada, había estrangulado a una chica de veinticuatro años y había abandonado su cadáver junto al Puente de los Sueños Olvidados. Y yo estaba dispuesta a averiguar quién lo había hecho. Debía hacerlo, tenía dos poderosos motivos para dar con el culpable: por un lado librarme de una condena injusta por asesinato y por otro lado, vengar la muerte de Sandra Rueda».

Misterio, amor, amistad y suspense se dan la mano en esta historia que no podrás dejar de leer hasta que descubras quién mató a Sandra Rueda.

Vanessa Arrabal Téllez nació en Nerja (Málaga), un 26 de febrero de 1979. A muy temprana edad descubrió el placer de la lectura y de la escritura, plasmando en papel las historias que acudían incesantes a su mente. Cursó estudios de Turismo, pero nunca dejó de lado la pasión por escribir. Gracias a la gran acogida que tuvieron sus relatos en diversos certámenes, se decidió finalmente a escribir su primera novela *Los hombres de Atenea*. Actualmente continúa residiendo en Nerja, lugar de inspiración de sus historias, compaginando su tiempo entre el trabajo, la escritura y su familia.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Vanessa Arrabal

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-59-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

[1] *Rapid Eye Movement*. En español, «Rápido Movimiento del Ojo», una etapa del sueño profundo.

Índice

El puente de los sueños olvidados

Primera parte

- Capítulo 1. Un cambio de aires
- Capítulo 2. Bienvenida a Zumaque
- Capítulo 3. La casa roja
- Capítulo 4. La chica nueva
- Capítulo 5. Primera lección
- Capítulo 6. El alquimista
- Capítulo 7. Pensamientos renovados
- Capítulo 8. El ulular del búho
- Capítulo 9. El cumpleaños
- Capítulo 10. Señorita Meticoná
- Capítulo 11. La primera nevada
- Capítulo 12. Preámbulo de Navidad
- Capítulo 13. La noche del crimen

Segunda parte

- Capítulo 14. Detenida
- Capítulo 15. La lista de sospechosos
- Capítulo 16. El funeral
- Capítulo 17. El profesor misterioso
- Capítulo 18. Algunas respuestas
- Capítulo 19. Una casa con jardín
- Capítulo 20. Despeinada
- Capítulo 21. Palabra de caballero
- Capítulo 22. Por la puerta de atrás
- Capítulo 23. Un calendario estancado
- Capítulo 24. Secretos desvelados
- Capítulo 25. El puente de los sueños olvidados
- Capítulo 26. Aquí y ahora

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Vanessa Arrabal](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)